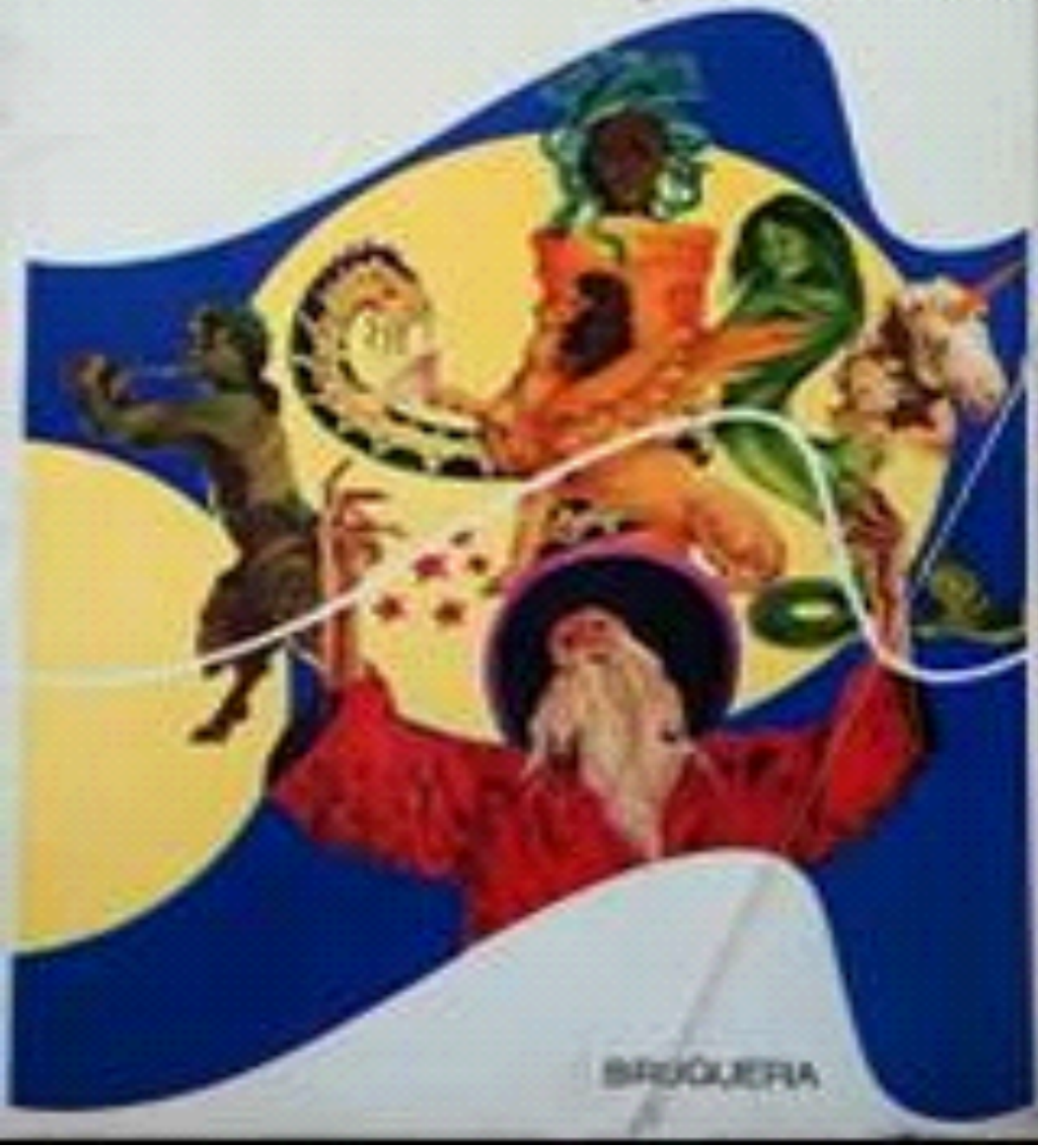
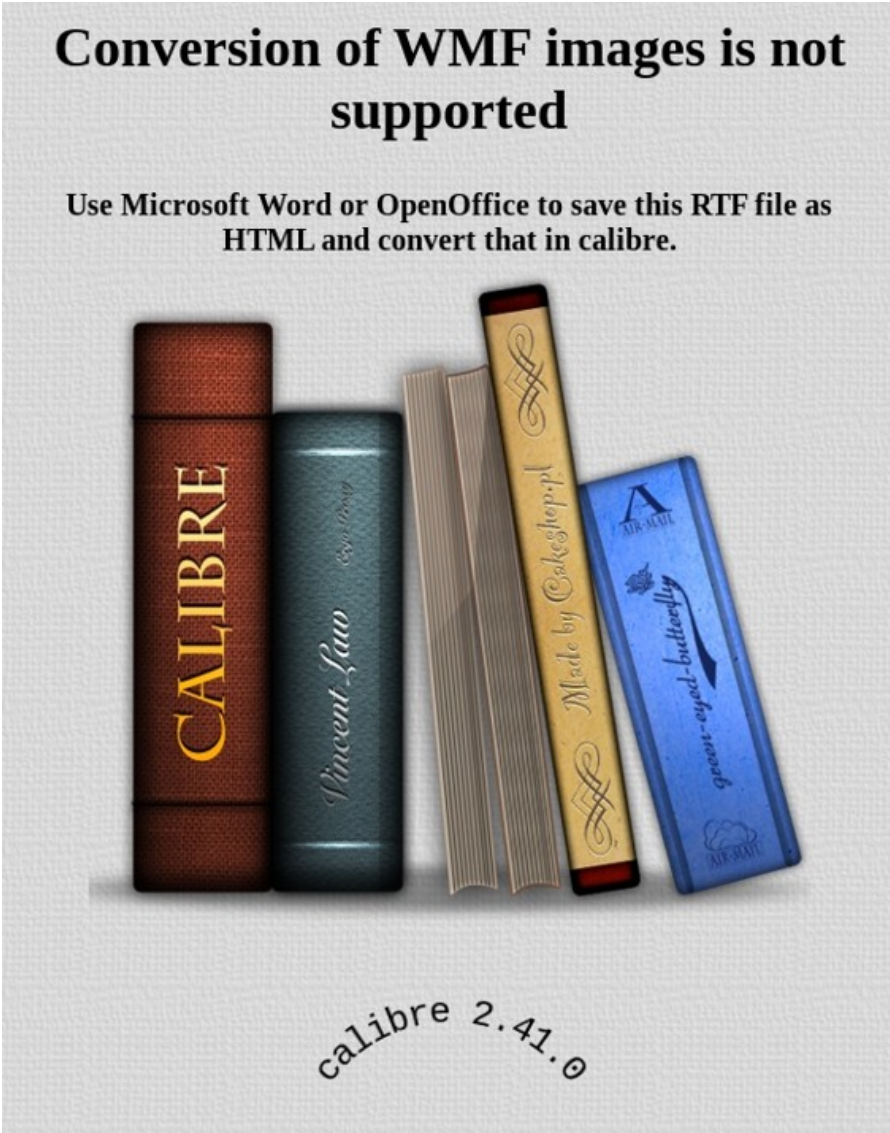
El circo del Dr. Lao

CHARLES G. FINNEY



BRUGUERA

El circo
del Dr. Lao
CHARLES G. FINNEY
BRUGUERA



Charles G. Finney

El circo del Dr. Lao

Título original: *The circus of Dr. Lao*

Charles G. Finney, 1933

Traducción: Manuela Díez

RESEÑA

El circo del doctor Lao es uno de los pilares de la literatura fantástica mundial. Sin embargo, no se encuentra en la misma liga que los gigantes del género, como el *Señor de los Anillos* o las *Crónicas de Narnia*.

En un día tan ordinario como cualquier otro, la calma se ve rota en el ficticio poblado de Abalone, Arizona, debido a la llegada de un extraño circo. Lo interesante de este circo es que está poblado por seres fantásticos verdaderos, pero las maravillas del circo son ignoradas olímpicamente por los apáticos e ignorantes pobladores.

La mejor forma de leer la novela es como una alegoría, menos ingeniosa que los *Viajes de Gulliver* de Swift, pero mucho más cáustica en su descripción del ciudadano promedio estadounidense. Se observa un escondido pero latente desprecio, como si se pudieran establecer paralelos entre las vidas de las personas que acuden y el propio circo, un paralelismo roto solamente por la rutina y el tedio que conforma sus vidas.

Es interesante, y cómico en el sentido más oscuro del término, observar las apagadas reacciones de los palurdos asistentes ante las maravillas presentadas por el anciano chino: una medusa, una anciana sirena, el místico griego Apolonio de Tiana, un travieso sátiro, un monstruo marino, un hombre lobo y mucho más.

El libro es extremadamente corto, sólo medio centenar de páginas de extensión, por lo que no comentaré nada relativo a la trama, para no echarla a perder.

En 1964 se realizó una adaptación fílmica llamada *Las 7 caras del Dr. Lao*.

Un clásico de la literatura fantástica, extremadamente corto, un bocadillo de un par de horas de lectura. Con un estilo narrativo un poco pasado de moda, pero aún así vale la pena leerlo. Tiene una virtud que han perdido las novelas de la actualidad: es directo y al punto. No tiene paja, subtramas o patrañas metidas con calzador.

PRESENTACIÓN
El circo que somos

La súbita irrupción en lo cotidiano de lo numinoso, como factor más o menos perturbador, es sin duda uno de los recursos básicos de la narrativa fantástica de todos los tiempos, y en gran medida expresa la dialéctica de lo racional y lo irracional, de lo consciente y lo inconsciente: expresa la vaga e inquietante sensación —tan intensa en Lovecraft— de que el «orden» que nos rodea no es tan sólido como se pretende, de que la parte más vasta de nuestros conocimientos son sus lagunas, y de que en esas lagunas, como en las ciénagas jurásicas, acechan inimaginables horrores primigenios.

Y cuando la fantasía se asocia con la ironía para poner al descubierto no sólo la inestabilidad de nuestras convicciones y valores, sino también su mezquindad y estulticia, el efecto puede ser —suele ser— demoledor. No nos extrañe, pues, que los más agudos críticos de todas las épocas hayan recurrido a menudo a esta mezcla explosiva, y que las fantasiosas sátiras de un Voltaire o un Swift suscitaran las reacciones más airadas por parte de los cancerberos del orden establecido, que veían —y con razón— en tales obras aparentemente festivas, una grave amenaza para sus pretenciosos templos ideológicos de cartón-piedra.

El circo del Dr. Lao es, en este sentido, una abra modélica, o, para decirlo en términos convencionales, un clásico en su género. Su estructura narrativa es de una sencillez diáfana y de una belleza igualmente clara. Su crítica, tan corrosiva como sutil, evita toda estridencia, toda Fácil caricatura, para ir desnudando suave, pero implacablemente, como al acaso, las miserias y contradicciones de nuestra sociedad neurótica.

A lo largo de esta exquisita narración, uno no puede dejar de preguntarse quiénes son en realidad los patéticos bufones, los animales enjaulados, los grotescos fenómenos de barracón. Uno no puede dejar de preguntarse de qué lado de la lona está en realidad el circo, de qué lado de la equívoca barrera que separa el sueño de la vigilia están las auténticas pesadillas.

CARLO FRABETTI

EL CIRCO DEL DR. LAO

El día tres de agosto apareció en la quinta página del *Abalone (Arizona) Morning Tribune* un anuncio de ocho columnas de ancho y cincuenta centímetros de largo. En unos caracteres tipográficos que iban gradualmente del cuerpo noventa y seis al pequeño cícero, podía leerse que aquel día llegaría a Abalone un circo y que sus tiendas se desplegarían en un terreno vacío que había junto al río Santa Ana, un lugar pelado que no había sido invadido por el crecimiento de la ciudad y que estaba rodeado de todo tipo de casas y apartamentos.

Mediante una redacción muy florida, el anuncio hacía unas afirmaciones que ni siquiera Phineas Taylor Barnum se hubiera atrevido a hacer. Aseguraba que el personal femenino del espectáculo era de una hermosura imposible de igualar en ninguna edad dorada de belleza o preparación física. La mente de los hombres no podía concebir mujeres más bellas que las de su circo. Ni aunque se criara toda la raza humana para conseguir la belleza femenina, de la misma forma que todo el ganado de Jersey se criaba para lograr buenos filetes, se podrían lograr mujeres tan encantadoras como las que aparecían en su espectáculo… Sí, eran las mujeres más hermosas del mundo; y de todo el mundo, no solamente del mundo presente; eran las mujeres más bellas que habían existido desde que el mundo era mundo y que jamás existirían.

Y no menos sensacionales que las mujeres eran los animales salvajes que se mostraban en aquel circo. Nada de elefantes, tigres, hienas, monos, osos polares o hipopótamos; todo el mundo ha visto ya todo eso muchas veces y en todas partes. La visión de un león africano ya no tenía en aquel tiempo ningún interés; era algo tan anodino como ver un aeroplano. Pero existían animales que no había visto nunca ningún hombre; unas bestias más feroces de lo que nadie pudiera imaginar: serpientes de una perfidia que iba más allá de toda comprensión; extraños híbridos que superaban los que la fantasía pudiera formar en las más terribles pesadillas.

Además, a lo largo del camino que conducía al circo había una gran cantidad de jaulas y casetas en las que se mostraban seres curiosos del mundo inferior, macabros trofeos de antiguas conquistas, superhombres resucitados de la antigüedad. Nada de sopladores de vidrio, espíritus u hombres-rana, sino auténticas monstruosidades nacidas de cerebros histéricos más que de entrañas enfermas.

Habría además una persona que adivinaba el futuro. Pero no una gitana, ni una rubia gorda susurrando cosas feas acerca de

hombres oscuros en su vida, ni un místico con turbante hablando de constelaciones; no, este adivinador ni siquiera sería visible a los visitantes, y por supuesto no le tomaría a nadie la mano para decirle unas cuantas generalidades acerca de las líneas de la palma. Este ser anónimo, oculto tras el velo de su misterio, te hablaría de las cosas que sucederían en tu vida con el transcurso de los años. Y se te prevenía de no entrar en su tienda, a menos que desearas saber de verdad lo concerniente a tu futuro, porque nunca, bajo ninguna condición, te mentiría acerca de lo que te iba a pasar; ni tampoco te será posible, después de conocer tu futuro, prever de ninguna forma sus desagradables consecuencias. Ahora bien, lo que no haría es vaticinar nada referente a la política o a cuestiones internacionales. Era, evidentemente, capaz de hacerlo, pero el dueño se había dado cuenta de que tales profecías, en la medida en que eran invariablemente ciertas, habían sido utilizadas en otro tiempo de forma deshonesta por financieros y políticos sin escrúpulos; lo que significaba que la humanidad se había convertido en una cuestión de ganancia personal, y eso no era ético en absoluto.

Y había un espectáculo sólo para hombres. Era más educativo que pornográfico. No prometía exhibir cabras hermafroditas, ni garañones que mostraban su lascivia corriendo tras las mujeres. Ni tampoco ningún espectáculo de *strip-tease*. Sino que a partir de dramas y sueños eróticos de tiempos pasados se había elegido a un personaje de aquí, un episodio de allí, una visión furtiva de cualquier parte, y todo ello en combinación producía un efecto que no sólo no olvidaría ningún hombre normal durante bastantes días, sino que procuraría recordar vívidamente. A causa del carácter especial de esta parte del circo, sólo se permitiría la entrada de los hombres mayores de veintiún años, y preferentemente casados; y quedaba absolutamente prohibida la entrada a cualquier hombre que estuviera bajo la influencia del alcohol.

En la tienda principal del circo propiamente dicho, animada con escenas coloristas que superarían las de la imaginación más viva, se desarrollaría un espectáculo formidable. Ante sus ojos se levantará la aterradora ciudad de Woldercan y el terrible templo de su terrorífico dios Yottle. Y ante sus ojos tendrá lugar la ceremonia del sacrificio ofrecido a Yottle: una virgen será santificada y muerta para propiciar a esta deidad, anterior al propio Bel-Marduk, y la principal, más poderosa y más vengativa de todas. Once mil personas tomarían parte en el espectáculo, todas ellas resudas según la usanza de la antigua Woldercan. Y el propio Yottle haría su aparición, mientras sus adoradores cantaban el canto de las esferas. Durante la ceremonia se desencadenarían rayos y truenos, y hasta sería posible que se sintiera

un ligero terremoto. En conjunto era la cosa más tremenda que jamás se había visto bajo la lona. Entrada al recinto del circo, 10 centavos; 25 centavos a la gran carpa; los niños en brazos, gratis; la entrada a los espectáculos exteriores a la carpa, 10 centavos. La entrada al espectáculo sólo para hombres, 50 centavos. El desfile a las anee de la mañana. El circo se abre a las dos de la tarde; el espectáculo principal comienza a las 2.45, La función de la noche, a las 8. Vengan, rengan todos al mayor espectáculo de la Tierra.

La primera persona en notar algo raro en el anuncio, aparte de sus exageradas promesas, fue si corrector de pruebas del Tribune cuando buscaba errores tipográficos la noche anterior a que saliera en el periódico publicado. Para el señor Etaoin, el corrector de pruebas, un anuncio no era más que un anuncio, una masa de palabras que había que revisar para evitar posibles errores tanto por omisión como por comisión, errores de forma y de fondo. Y sus meticulosos y astigmáticos ojos bailaban sobre los tipos de aquel anuncio que llenaba toda una página, deteniéndose al descubrir cualquier alteración el tiempo suficiente para que su lápiz lo indicara en el margen de la prueba; luego seguían bailando sobre los grupos de palabras hasta el fin. Después de haber leído el anuncio y de corregir todo lo que había que corregir, lo volvió a repasar desde los caracteres mayores a los más pequeños por si había omitido algo en la primera lectura. Y mirándolo en perspectiva descubrió que era anónimo, que exageraba hasta los extremos más insospechados las maravillas del espectáculo, pero que no decía de qué espectáculo se trataba, que no aparecía ningún nombre en medio de toda aquella superabundancia de descripciones.

«Aquí hay algo que va mal», reflexionó el señor Etaoin. Y llevó el ejemplar del anuncio al jefe de publicidad del Tribune para pedirle su opinión.

—Mire —le dijo—, aquí hay un anuncio de un circo que ocupa toda una página y no hay ni una palabra en la que se mencione de qué circo se trata. ¿No es extraño? ¿Es así como se anuncian en los periódicos? Por lo general, estos empresarios de circos pierden la cabeza porque sus nombres aparezcan en el encabezamiento.

—A ver —dijo el jefe de publicidad, tomando el ejemplar—. Dios mío, qué divertido. ¿Pero quién se ha encargado de esto?

—En el recibo aparece el nombre de Steele —informó el corrector de pruebas.

El encargado de los anuncios, Steele, fue llamado al despacho.

—Mire esto —le dijo el jefe de publicidad—. No hay ningún nombre ni nada por el estilo en este anuncio. ¿Qué me dice de ello?

—Bueno, señor, no sé —dijo Steele vagamente—. Un anciano chino me trajo el original esta mañana, pagó el importe del anuncio y dijo que había que reproducirlo exactamente como estaba escrito en el original. Dijo que dejaba a nuestro juicio los tipos de letra y todas esas cosas, pero que las palabras deberían ir exactamente como él las traía. Le dije que estaba de acuerdo, tomé el dinero y el anuncio y eso es todo lo que sé sobre este asunto. Él insistió mucho en que no debíamos cambiar nada.

—Bueno, pero ¿no querría que apareciera su nombre aquí, en alguna parte? —insistió el corrector de pruebas.

—Que me aspen si lo sé —dijo Steele.

—Hagámoslo aparecer tal y como está —concluyó el jefe—. Tenemos el dinero. Y eso es lo importante en nuestro negocio.

—Pues aquí va a pasar algo —dijo el corrector—. ¿Han leído esta parrafada?

—No, no lo he leído —dijo Steele.

—Yo no leo un anuncio desde hace diez años —dijo el jefe—. Sólo miro de qué tipo son, pero no los leo.

—Muy bien —dijo el señor Etaoin—, irá tal y como está. Usted es el jefe.

La segunda persona que notó algo fuera de lo normal en aquella página del periódico fue la señorita Agnes Birdsong, profesora de inglés. Había dos palabras que la inquietaban: pornográfico y hermafrodítico. Sabía lo que significaba pornografía, pues lo había mirado en el diccionario después de leer una revista Jurgen del señor Cabell. Pero hermafrodítico la tenía desconcertada. Pensó que sospechaba que sabía lo que significaba; detectó las sombras del dios y de la diosa, pero su maridaje adjetival la dejaba perpleja. Lo sopesó un poco y luego alcanzó el diccionario. Un guardián del lenguaje no podía escatimar datos. Las definiciones la dejaron más sabia, pero no más triste. Volvió al anuncio, preguntándose cuál sería la furtiva visión que se contemplaría a través del agujero de la tienda donde se desarrollaba el espectáculo. Sopesó lo que sería aquel sueño erótico en

la tienda de un circo. Por un momento deseó ser un hombre. Pensó, y rápidamente desechó tal pensamiento, vestirse de hombre y colarse en el espectáculo.

—Iré a ver el desfile —decidió la señorita Agnes Birdsong.

Los niños del fontanero Rogers descubrieron el anuncio cuando buscaban la página de los cómics. Era una ocasión tremenda. Un circo en la ciudad aquel mismo día y ellos ni siquiera se habían enterado de que llegaba. Una parada de dos horas que pasaría a dos manzanas de distancia de la casa de los Rogers. Payasos. Elefantes. Tigres. Calíopes. Música. Caballos. Pompas y fanfarria. La luz amarillenta de Abalone adquirió un tinte dorado para los hijos del fontanero Rogers porque había un circo en la ciudad.

—No os hagáis demasiadas ilusiones, ¿eh, niños? —dijo el fontanero con aprensión—. No sé si podréis ir o no. (No había tenido trabajo desde el primer día de la depresión). Además, no creo que tenga mucho de circo todo eso.

Les arrebató el periódico y leyó el anuncio…

Cien mil personas tornarán parte en el espectáculo…

—¡Qué condenados mentirosos! —dijo el fontanero Rogers—. Apenas hay tanta gente en Abalone.

—Ay, John —dijo la señora Rogers sorprendida—. No deberías hablar de esa forma delante de los niños.

Pero John no la estaba escuchando. Estaba leyendo lo referente a las mujeres del circo.

—¿Sabes lo que te digo? Vamos a ir, Sarah —dijo finalmente—. Los niños no han ido a ver nada desde hace mucho tiempo. Puede que no tarde en encontrar trabajo. Estos tiempos malos no pueden durar mucho.

A las nueve en punto el jefe de policía leía el anuncio. Se volvió hacia la mesa del sargento.

—Oye, no tenía la menor idea de que hoy viniera un circo a la ciudad. ¿Sabías tú algo de esto?

—No —dijo el sargento—. De cualquier forma, no presto ninguna atención a los circos. No he estado en ninguno desde que era

un muchacho. Y, además, nunca me gustaron todas aquellas malditas cosas infernales.

El jefe telefoneó a la oficina central de la ciudad.

—Oye, es acerca de ese circo que según anuncia el periódico va a venir hoy a la ciudad.

¿Sabéis algo de eso?

Escuchó durante un momento.

—Sí… sí… no… eso me pregunto yo… No lo sé… Sí… no… oh, claro… Sí… sí… no…

Mmmm. Adiós.

—¿Y bien? —preguntó el sargento.

—El jefe dice que anoche llegó un viejo chino y sacó un permiso para un circo antes de que dejara la oficina a última hora. Dice que el chino posee el consentimiento escrito del propietario para utilizar el terreno vacío para la representación.

—¿Y bien? —repitió el sargento.

—Bueno, tú envía a un par de muchachos allí esta tarde para que den un vistazo —dijo el jefe—. Supongo que está todo en orden, pero no deja de parecerme raro. ¿Has oído alguna vez que un chino regentara un circo?

—No, yo no he prestado atención a ningún circo desde que era pequeño —respondió el sargento.

Un oficial de tráfico del ferrocarril leyó el anuncio a las siete treinta, mientras desayunaba, antes de ir a trabajar. Detrás de una de sus orejas asomaba tentadoramente un grano que pedía a voces ser apretado. Tenía el cabello seco, fino, de un tono castaño desvaído y necesitado de un peinado más intensivo. Su carne era la de un hombre que no es ni viejo ni joven, pero tirando más a lo primero que a lo último, más repulsiva que tentadora. Los caníbales podían habérselo comido; unos marineros hambrientos en un naufragio nunca lo hubieran hecho. Una mujer poco exigente podría haberlo amado; una reina del cine, nunca. No era un oficial de tráfico demasiado bueno. El cielo tal vez podría recompensarle; este mundo, nunca. Sus dos hijos se preguntaban a veces cómo se verían sus manos esposadas, sus pies

en zapatillas de ballet, su nariz en un barril de cerveza. Leía el anuncio con aprensión, diciéndole con petulancia a su mujer:

—Ya tenemos uno de esos malditos circos en la ciudad. Pero no ha venido por ferrocarril; debe de haber utilizado sus propios transportes. Menos trabajo que tenemos. La verdad es que cada vez tenemos menos. Me he enterado de que no quieren ya más hombres del tráfico en los ferrocarriles. Cuando eso suceda, ¿qué diablos vamos a hacer?

—Oh, no empieces ahora a atormentarte —le dijo su mujer—. Déjalo para cuando realmente tengas motivo para hacerlo.

Un inspector de carreteras del estado venía de hacer su vigilancia nocturna en la autopista de California y al entrar en un restaurante para desayunar se encontró a un compañero procedente de Nuevo México. Vieron el anuncio en un periódico del restaurante.

—¿Viste algún circo venir por tu sector anoche? —preguntó el inspector Número Uno.

—No —respondió el inspector Número Dos.

—Yo tampoco. Deben de haber venido por ferrocarril. Si no tienes nada que hacer esta tarde podríamos ir a ver ese maldito circo.

—Bueno —dijo el inspector Número Dos—. A mí me gustan esas malditas cosas.

Un abogado que se enorgullecía de sus conocimientos de historia y de religión leyó el anuncio y se quedó boquiabierto con eso de «la ciudad hace tiempo muerta de Woldercan» y del «Terrible dios Yottle». Se lanzó hacia su enciclopedia para refrescar la memoria. No pudo encontrar ni la ciudad ni la deidad. Tampoco estaba seguro acerca de Bel-Marduk, de forma que lo consultó también. Sin embargo, Bel sí aparecía.

«Yottle —pensó el abogado—. Woldercan… vaya bola. Alguien ha montado un buen montón de patrañas. Se pasan todo el tiempo enloqueciendo a la gente. Me pregunto qué concepto puede tener un circo de un dios anterior a Bel-Marduk. Oh, Dios mío, ¿qué es lo que inventarán después? Me parece que iré a echarle un vistazo al espectáculo. No tengo nada mejor que hacer que aburrirme mortalmente».

Una tal señora Howard T. Cassan, viuda, leyó el anuncio a las

diez menos cuarto.

«… A la entrada habrá un adivinador… velado por el misterio… profecías invariablemente ciertas…». La señora Cassan iba siempre a visitar a las personas que adivinaban el porvenir. Cuando no tenía ninguna a mano, consultaba las cartas. Le habían vaticinado el futuro las suficientes veces como para que hubiera podido llenar noventa y siete años más de vida y encontrarse con todo un regimiento de hombres altos y morenos.

—Iré y le preguntaré a ese hombre… veamos… sí, le preguntaré acerca de esa fuente de aceite con la que he soñado —se dijo la señora Howard T. Cassan.

Dos jóvenes que estudiaban en el Este, Slick Brorniezchski y Paul Conrad Cordón, y que se encontraban de paso en Abalone, Arizona, tras un viaje por el viejo México, leyeron el anuncio y decidieron ir a ver el circo.

—Entraremos en ese espectáculo sólo para hombres —dijo Slick.

—De acuerdo; y nos emborracharemos como esponjas también —dijo Paul—. Negar la entrada a hombres bajo la influencia del alcohol es un desafío que ningún Sigma Omicron Beta puede ignorar.

El señor Etaoin, corrector de pruebas del *Tribune*, repasó de nuevo el anuncio mientras desayunaba a las diez y media para ver si había pasado por alto algún error la noche anterior. Le satisfizo no encontrar ninguno. Contempló la página en conjunto, recreándose en el efecto logrado con los espacios blancos en torno a los tipos negros, sopesando el uso restringido de bastardilla, admirando los tipos de letra elegidos. No pudo sustraerse al atractivo de lo que estaba mirando.

«¿De qué tipo de espectáculo se tratará? —pensó el señor Etaoin—. Me parece que iré a verlo».

El señor Larry Kamper leyó el anuncio con curiosidad mientras esperaba la llegada del próximo tren sentado bajo las palmeras en el parque cercano a la estación de ferrocarril. Larry no sabía qué tren estaba esperando, ni en qué dirección iría, ni adonde quería ir. Pero eso no le importaba. Acababa de ser licenciado del ejército, le quedaba todavía algo de dinero, era razonablemente su propio dueño y estaba relativamente libre de preocupaciones. Su última dirección permanente había sido la Compañía E, 15.° de infantería de los

EE.UU., Campamento Americano, Tientsin, China. Le habían conducido a Fort Mason antes de su vuelta a América en un transporte del ejército, se le había pagado todo lo que se le debía, y ahora se encontraba haciendo un viaje turístico por el Sudoeste en autobús. Por eso estaba allí, bajo las palmeras, en el parque cercano a la estación, esperando el primer tren que llegara en cualquier dirección, y leyó con curiosidad el anuncio del Tribune. Y mira por dónde, sobre aquel viajero del mundo fue a caer un poco de nostalgia, y el fantasmal grito que surgía de lo más profundo de su ser le golpeó en las orejas; no había estado en un circo desde hacía diez años; ser un muchachito de nuevo; temblar a la vista de extraños animales; volver a sentir el sencillo escalofrío de la admiración. Sería muy grato; sería estupendo. Larry el soldado de infantería, Larry el combatiente, Larry el hombre que no perdía ocasión de irse con prostitutas, Larry el del lenguaje grosero, leyó el anuncio y decidió quedarse para recuperar su infancia. Se puso en pie y echó a caminar hacia los terrenos del circo.

Cuando había caminado seis manzanas de Main Street, Larry Kamper se topó con el desfile. Dándose cuenta de que era demasiado temprano para que comenzara el espectáculo, se introdujo entre la masa de mexicanos que llenaban la calle para echarle un vistazo a la procesión.

Estuvo a punto de echarse a reír cuando la vio. Sólo tres pequeños y temblorosos carromatos, el primero de los cuales estaba conducido por un anciano chino, el segundo por un hombre pálido con barba y el último por un tipo con aspecto de judío que llevaba un sombrero coronado de cuernos de cabra. Había una gran serpiente gris enroscada en el carromato del chino, un oso en el segundo y un perro verde en el último.

—Eh —dijo un hombre que estaba junto a Larry—, ¿qué tipo de animal es ese que tira del primer carro?

Larry miró y vio un caballo con un largo y delgado cuerno blanco en la frente.

—No es más que un fraude —dijo Larry—. ¿Cómo los llaman? ¿Unicuernos? No. ¿Monocuernos? No… esto… ¿Unicornios? Eso es. Un unicornio. El tipo ése ha debido coger un caballo y lo ha convertido en unicornio pegándole un cuerno a la cabeza.

—Sí, pero yo no he visto nunca un caballo como ése —dijo el hombre—. Mire su cola. ¿Ha visto alguna vez un caballo con una cola como ésa?

—Bueno, yo no entiendo un pimiento de caballos —dijo Larry—. He estado seis años en infantería. Pero eso no es un unicornio; y lo sé por la sencilla razón de que los unicornios no existen, ni jamás existieron.

—Está bien, señor, pero eso no es tampoco un caballo —insistió el hombre—. Yo me he criado entre caballos, y le puedo asegurar que eso no es un caballo.

—Entonces debe de ser algún tipo de monstruosidad —dijo Larry. Y luego añadió—: Pero, bueno, ¿qué diablos es esa cosa que conduce el último carro?

El hombre lo miró y dijo:

—No es más que un tipo con unos cuernos en la cabeza. Otro truco, supongo.

—Yo nunca había visto un hombre como ése —dijo Larry—. Mírele los pies.

—¿Qué les pasa a sus pies?

—Bueno, los levanta con demasiada rapidez y los pone sobre el suelo sólo un segundo. Y lleva puestos unos zapatos increíblemente divertidos, si es que se les puede llamar zapatos. Y mírele la cara. ¿Ha visto alguna vez una cara como ésa?

—Sí —dijo el hombre—. Montones de caras como ésa. ¿Qué tiene de malo?

—No sé —dijo Larry—. Es todo bastante raro, de cualquier forma. ¡Una parada circense con sólo tres carros! Dios mío. En, ¿qué clase de animal es ese que va en el último carro?

—Ahora sí que no puedo contestarle, hermano. Es una especie de perro, ¿no?

—Eso no es un perro —negó Larry.

—Bueno, dejémonos ya de tonterías —protestó el hombre—. ¿Sabemos acaso cuál de los dos se está equivocando?

—Oh, al diablo con el desfile —dijo Larry—. Tengo algo de dinero. Vamos a tomarnos unas cervezas.

—De acuerdo —dijo el hombre.

Entraron en el establecimiento de Harry Martínez.

—Dos cañas —le dijo el hombre a Harry Martínez.

—No, no —dijo Larry—. Yo lo único que quiero es una cerveza.

—Eso significa aquí cerveza; es una forma de hablar en español —dijo Harry, sonriendo.

Larry comprendió.

—Si es así, muy bien. ¿Qué le ha parecido la parada?

—No le he prestado mucha atención —dijo Harry—. Pero no puedo imaginarme por qué pusieron a ese hombre en el segundo carro. ¿Qué era? ¿Un salvaje de Borneo o algo así?

—¿Hombre? —dijo el compañero de Larry—. Yo no vi a ningún hombre en esos carros. Había una serpiente y un oso y algo que parecía una especie de perro, pero no vi ningún hombre. ¿Viste tú alguno? —le preguntó a Larry.

—Ahora ya no sé qué diablos vi —dijo Larry.

—Bueno —dijo Harry Martínez—, aquí estoy yo para decirle lo que han visto unos buenos ojos, y en la jaula del segundo carro de la parada vi a un hombre. Parecía un ruso o algo así. Lo que no sé es qué clase de animal era el que arrastraba el segundo carro; ¿puede decírmelo alguno de ustedes?

—Yo no me fijé —dijo el compañero de Larry.

—Yo tampoco —dijo Larry.

—Bueno —dijo Harry Martínez—, pues yo sí. ¿Han oído hablar alguna vez de una esfinge?

—¿Esas enormes estatuas que hay en Arabia?

—Sí. Bueno, pues lo que arrastraba el segundo carro parecía una esfinge. Claro que se trataba de un truco. Supongo que sería una mula grande disfrazada de león.

—No —dijo Larry—. Ahora me acuerdo. No era una mula.

—Bueno, entonces, ¿qué diablos era? —preguntó su amigo.

—No lo sé, pero no era una mula, de eso estoy seguro —dijo Larry, acabándose su cerveza.

—Otras dos cervezas —pidió su amigo.

—Enseguida —dijo Harry Martínez.

El señor Etaoin, corrector de pruebas del *Tribune*, salió del restaurante situado en la Main Street y vio que la parada se aproximaba. Encendió un cigarrillo y esperó a que pasara.

Cuando estuvo frente a él, parpadeó preguntándose si sería verdad lo que veía. Una anciana le golpeó suavemente en un brazo. La acompañaba un niño.

—Por favor, señor, ¿puede decirnos qué clase de serpiente es la que va en ese carro? ¿La han capturado aquí, en Arizona? Nosotros somos del Este, ¿sabe?, y todavía no conocemos los animales de aquí.

El señor Etaoin observó el reptil encerrado en la jaula del lento carromato. No tenía escamas. Su piel era lisa y gris.

—No sé qué es, señora —dijo—, pero no se trata de una serpiente de Arizona, de eso estoy seguro. No se encuentran tan grandes aquí. A decir verdad, no sé en qué lugar del mundo pueden encontrarse serpientes tan grandes como ésa.

—Tal vez sea una serpiente marina, abuela —dijo el niño.

—Puede que sí, ¿por qué no? —dijo el señor Etaoin.

Se les acercaron dos hombres más.

—Por Dios, pero si es una serpiente enorme —dijo uno de ellos —. ¿De qué clase será?

—Es una serpiente marina —dijo el niño.

—¿Ah, sí? —dijo el hombre—. Siempre oí hablar de cosas de ésas, de mitos de esa especie, ya saben. Pero es la primera vez que veo una de verdad. De modo que eso es una serpiente marina, ¿eh? Pues es un monstruo.

El hombre que iba con él, preguntó:

—¿Qué está naciendo ese hombre en la segunda jaula?

—Eso no es un hombre, Bill; es un oso. ¿Es que no ves bien?

—A mí me parece un hombre —dijo Bill—. ¿Qué opina usted, amigo? —le preguntó al señor Etaoin.

—Mis gafas están un poco polvorientas —dijo el corrector de pruebas—, pero a mí me parece un hombre que camina como un oso.

—Bueno, yo diría que es un oso que camina como un hombre —dijo el hombre que había hablado primero—. Un hombre que camina como un oso… ja, ja. ¡Eso ha estado muy bien! ¿Adónde va a ir dentro de esa jaula? ¿Eh?

—Pues claro, es un ruso, ¿no? —dijo la anciana.

—Buen Dios, señora —dijo Bill—. No somos tan malos aquí en Arizona. No nos dedicamos a raptar rusos y a ponerlos con los animales; por lo menos, hasta ahora no.

—Eh, vamos —le dijo el primer hombre a Bill—. No le hables así a una señora. Fuiste tú quien dijiste que se trataba de un hombre, ¿no?

¿Cuál es la diferencia si se trata de un ruso o no? Le ruego que le excuse, señora.

—¡Me importa un pimiento tanto si es un ruso como si es un esquimal o un demócrata! —dijo Bill—. Por Dios que eso no es un oso.

—¡En mi vida oí hablar tan mal! —dijo la anciana—. Si es eso lo que significa para usted la caballerosidad del Oeste, lo mejor que puedo hacer es regresar a Sedalia cuanto antes.

El señor Etaoin dijo, por iniciar una conversación:

—¿Qué especie de caballito es ese que tira del último carro?

—Eso no es más que un común, vulgar, cotidiano e inútil caballito —dijo Bill, sarcásticamente—. No pienso ponerme a discutir sobre eso, compañero. Discúlpeme, señora, por haber hablado como lo hice antes. No me siento muy bien esta mañana.

Entonces, el niño aseguró:

—Es un burro, ¿verdad, señor?

—Piensa lo que te parezca, muchacho. Por mí como si es un

morsa.

—¿Cómo es que está tan amarillo? —preguntó el primer hombre.

—Parece como si estuviera hecho de oro —dijo la anciana ingeniosamente.

Bill comenzó a reír.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡El asno dorado! ¡El asno dorado!

El compañero de Bill le tiró del brazo.

—Vamos, Bill, déjalo ya. La gente está comenzando a reírse de ti.

—¿Son todos así en Abalone? —preguntó la anciana al señor Etaoin.

—No, no todos. Sólo uno o dos.

Los dos jóvenes universitarios que regresaban del Este salieron de su hotel y se metieron en su viejo coche. Slick Bromiezchski conducía mientras Paul Conrad Cordón le hacía advertencias:

—Frena, chico, por todos los diablos, frena.

Rodaban por Main Street cuando les detuvo un semáforo en rojo. Entonces frente a ellos pasó la parada.

—Ahí está el circo —dijo Slick—. ¿Dónde está el espectáculo para hombres?

—Paciencia —le recomendó Paul Conrad—. No van a poner el espectáculo en la parada. Es el plato fuerte de la representación.

—Qué porquería de parada —dijo Slick—. Un viejo chino con un pie en la tumba; un personaje que parece un Cristo; y aquel tipo que parece el fauno de Rodin… ¿o estoy pensando en Praxíteles? Bueno, da igual. ¿Qué opinas de eso, Paul?

—¡El fauno de Rodin! —dijo Paul—. En eso precisamente estaba yo pensando. La siesta del fauno. Ninfas. Ya sabes.

—Claro. Pero ¿por qué ese particular torrente de elucubraciones?

—Es por el tipo de los cuernos en la cabeza —dijo Paul—. Supón que fueran reales.

—Muy bien. Estoy suponiéndolo tan fuerte como puedo. ¿Y ahora qué?

—Pero, bueno, ¿es que puedes imaginarte a un auténtico sátiro conduciendo una mula dorada por la calle principal de una ciudad?

—Claro. Yo puedo imaginármelo todo. Y ahora, ¿qué?

—Oh, nada. Déjalo. El tiempo vuela. Será mejor que vayamos a los terrenos del circo.

Mientras se dirigía a hacer unas compras, la señora Howard T. Cassan se vio detenida momentáneamente por la parada.

«Dios mío, qué animales tan horribles —pensó—. Me pregunto cuál de ellos será el adivinador… cuál de los hombres, claro».

Desde una ventana situada sobre su cabeza le gritó una mujer:

—Perdone, por favor, ¿puede decirme si desde donde está usted le es posible ver con claridad si lo que hay en el segundo carro es un hombre o un oso?

—Pues creo que es un oso —le respondió la señora Cassan, gritando a su vez—. Aunque no sé qué tipo de oso.

—La señora de la esquina dice que es un oso, Joe —dijo la mujer.

—Y un cuerno, un oso —se oyó la voz de Joe—. ¿Crees que no distingo a un ruso cuando veo uno?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Cassan.

El abogado que se vanagloriaba de sus conocimientos extraprofesionales contemplaba la parada con aire de tolerancia junto con su mujer desde la puerta de la cocina.

—Resulta bastante penoso, ¿verdad? —dijo—. Un pobre espectáculo de vía estrecha como ése disfrazando a sus animales para que parezcan seres mitológicos. Y ni siquiera está bien hecho. Por ejemplo, ese caballo disfrazado de esfinge. Mira qué cara de mujer loca le han puesto. Desde aquí puede apreciarse que es de papel maché o de algo similar. Y esos absurdos pechos colgándole.

—Bueno, Frank —dijo su mujer—, no seas vulgar, por favor. ¿Qué estará haciendo aquel hombre en una jaula? ¿Está también disfrazado?

—Pero eso no es un hombre, querida; es un oso. Desde aquí se diría que es un gran oso pardo.

Su mujer fingió olerle el aliento.

—¿Has estado bebiendo, Frank? ¿Piensas que no soy lo suficientemente inteligente como para no distinguir a un hombre de un oso?

Frank la miró con una mezcla de burla y alarma.

—La semana pasada te dije que fueras a graduarte de nuevo la vista, querida. Voy a llevarte yo mismo hoy después de comer para que el doctor te ponga un par de lentes bien gruesas. ¡Un hombre, ja, ja, ja!

Su mujer se enfurruñó.

—Haces que me enfurezca cuando bromeas de esa forma. Quiero decir, cuando te ríes así. Lo haces a propósito. Sabes perfectamente bien que es un hombre; intentas burlarte de mí.

El abogado la miró de una forma extraña.

—Muy bien, cariño —le dijo tranquilamente—, es un hombre. Vamos, dejemos eso y comamos.

Cuando se sentaron sonó el teléfono. Frank lo descolgó.

—¿Diga?

—¿Frank?

—Sí.

—Soy Harvey. ¿Habéis visto la parada que acaba de pasar?

—Sí.

—Helen y yo también la hemos visto. Pero no podemos ponernos de acuerdo acerca de lo que había en la segunda jaula. ¿Te fijaste? Hemos tenido casi una disputa, y pensé que lo mejor era llamaros para zanjar el asunto. Helen sostiene que dentro había un

oso, pero yo pienso que era un ruso. ¿Qué pensáis vosotros que era?

—Estamos también indecisos —dijo Frank, y colgó.

El inspector Número Dos vio la parada mientras sacaba la cabeza por la ventanilla del coche para llamar al inspector Número Uno, que caminaba hacia él por la Main Street. El inspector Número Uno se metió en el coche y se puso a mirarla con él.

—Hombre, eso sí que es una serpiente grande —dijo—. Me recuerda aquel enorme ejemplar que maté en la carretera de Beexwax la primavera pasada. El bicho tenía dieciséis anillos.

—Entonces debía de tener dieciséis años —dijo el inspector Número Dos.

—Ah, siempre me imaginé que sería algo así. ¿Qué tipo de oso es aquél de allí? ¿Un oso pardo de Sonora?

—Yo no veo ningún oso.

—Pues está justo allí, en el segundo carro.

—Tú estás dormido todavía, compañero; es un hombre. Parece un ruso.

—¿Sí? ¿Y quién es? ¿Trotski?

—Yo no sé quién es, pero de lo que estoy seguro es de que no es un oso. ¡Eh, mira ese perro! ¿Habías visto antes un perro verde?

—Hay muchas cosas en esta parada que no había visto antes. Pero ¿qué te hace pensar que eso que hay en la jaula del medio no es un oso?

—Pues porque he visto osos y he visto hombres; y puedo diferenciar a un hombre de un oso sencillamente con sólo ver a uno de ellos; y eso es un hombre, no un oso; y estoy cansado de discutir acerca de una cosa tan tonta.

—Está bien —dijo el inspector Número Uno—. No vayas a enfadarte por eso. No pienso discutir contigo. ¿Qué piensas del perro?

—Bueno, es el perro más grande que había visto nunca, pero lo que me llama la atención es su color. Y mira, sus dientes también son verdes. ¿Qué clase de perro será? —No tengo la menor idea. Mira qué burrito tan mono está tirando del último carro.

—Eso no es un burro.

—Bueno, ¿qué diablos es entonces? ¿Un elefante?

—Pero, bueno, ¿qué es lo que te pasa hoy? Sabes perfectamente que no es un burro. Sabes que los burros están cubiertos de pelo. Los burros no están hechos de cristal como ése. Y sabes que no se mueven de esa forma.

—Bueno, pues se parece a un burro.

—Sí, hombre. Y también pensabas que aquel hombre se parecía a un oso. No sé qué te ha cogido hoy.

—¡Por Dios, aquello era un oso! Será mejor que te controles, muchacho. En este estado hay unas mansiones especiales en donde encierran a los tipos que dicen cosas tan divertidas como tú. —El inspector Número Uno salió del coche—. Y no sigas diciendo esas cosas tan divertidas cuando estés de servicio esta noche, o alguien más digno de confianza va a ocupar tu puesto, ¿comprendes?

El inspector Número Dos encendió un cigarrillo. Un policía amigo suyo se le acercó y le amonestó por detenerse allí durante tanto tiempo.

—Escucha, Tom —dijo el inspector—, ¿has visto la parada que acaba de pasar?

—Sí, he visto esa cosa absurda. Qué oso más grande llevaban en uno de los carros.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el inspector, y puso el coche en marcha.

La mujer del oficial de ferrocarriles le llamó a las once en punto.

—Ed —le dijo—, ¿has visto la parada del circo? Los niños quieren ir a verla, pero pasa tan lejos de casa que tengo miedo de dejarlos. ¿Crees que merece la pena verla?

—Sí, yo acabo de verla ahora —dijo Ed—. Todo lo que tienen son tres carros arrastrados por caballos o algo así. Estoy seguro de que estaban disfrazados. No comprendo como pudieron llegar a la ciudad. Esos animales no han podido ir tirando de esos carros durante todo el camino desde California o desde donde quiera que vengan. No, no

creo que les guste a los niños. Hay una enorme serpiente en uno de los carros y un salvaje o algo así en otro; en el último había un perro de aspecto muy divertido. Pero no creo que vaya a gustarles a los niños. No hay payasos ni nada por el estilo.

Uno de sus compañeros que había escuchado la conversación, dijo:

—¿Dónde estaba ese salvaje, Ed? No debo de haberlo visto.

—En el carromato del medio.

—Jo, jo, jo. Eso no era un salvaje; era un oso grande. Qué divertido, un par de chicos que estaban enfrente cometieron la misma equivocación. Pensaron que el oso era un hombre. ¡Ja, ja, ja!

—Bueno, pues yo estoy seguro de que lo que vi se parecía a un hombre —insistió Ed.

—Tú que te has estado preocupando tanto toda la mañana por ese circo —le dijo el sargento al jefe de policía—, ahí tienes la parada… ¿Por qué no sales y le echas una mirada?

El jefe de policía decidió que así lo haría. El viejo chino que conducía el primer carro notó la presencia de uniformes y saludó a la autoridad investida. El unicornio notó también los botones dorados, y levantando su único cuerno hacia el cielo, relinchó y se levantó sobre sus patas traseras. El anciano chino le golpeó con su látigo y su fogosidad disminuyó.

—Es curioso —comentó uno de los policías—. ¿Cómo tendrá ahí ese cuerno? Nunca había visto un caballo con un cuerno.

—Eso no es un caballo —dijo otro policía—. Es un unicornio.

—¿Qué es un unicornio?

—Bueno, creo que es una especie de cruce entre caballo y rinoceronte. Proceden de Armenia, me parece, o de alguna maldita parte similar.

—Ah, claro, ya me acuerdo de haber leído algo acerca de ellos en el colegio cuando era pequeño. ¿No eran tremendamente raros?

—Sí. Más raros que el infierno.

—Hombre, qué serpiente más grande hay allí. Me pregunto de

qué especie será.

—A mí me parece una boa constríctor.

—No —dijo uno de los policías motorizados—. No es una boa constríctor. Es una anaconda de Sudamérica. Teddy Roosevelt capturó una cuando fue a cazar allí hace unos años.

—¿Es venenosa?

—Oh, claro. Esos bichos tienen veneno suficiente para matar a un regimiento completo.

—¡Jesús! ¡Eso sí que es una serpiente!

—Yo las he visto mayores cuando estoy lleno de alcohol —dijo un enorme polizonte gordo.

Los demás policías se echaron a reír y estuvieron de acuerdo con su compañero.

El sargento, que había estado contemplando la parada desde la ventana, llamó al jefe de policía.

—Eh, jefe, deberíamos tener un carro como ese del medio para atrapar a los borrachos, como ese que hay ahí dentro.

—Sí —dijo el jefe—; es una buena idea. Pero ¿de cuál me estás hablando ahora?

—Del que va en el carro.

El jefe soltó una carcajada.

—Je, je, el viejo Baldy ha confundido un oso con un hombre. Me temo que te está fallando la vista.

—Yo no veo ningún oso, jefe —dijo el policía motorizado.

—Pues está enfrente de tu estúpida nariz. Quítate las legañas y podrás verlo.

—Que me condene si eso es un oso —insistió el de la moto.

—Bueno —dijo el jefe disgustado—. Hay dos clases de personas con las que no quiero discutir: ni con una mujer ni con un maldito loco. ¡Y tú no eres una mujer!

La señora Rogers preguntó a sus tres hijos si se habían divertido con la parada.

—No —dijo Willie—. No había payasos, ni elefantes ni nada.

—Pues yo, sí —dijo Alice—. Iba la mulita más bonita que he visto. Toda brillante, como si fuera de oro o de algo por el estilo.

—A mí me gustó el gran perro verde —dijo la pequeña Edna.

—¿Un perro verde? —preguntó la señora Rogers—. Pero, Edna, ¿qué estás diciendo?

—Bueno, era verde, mamá. Tan verde como la hierba. Sólo que no ladraba ni metía ningún ruido.

—Y había también una cosa que se parecía a esa estatua que hay sobre la mesa —dijo Willie.

—¿Qué estatua? —preguntó la señora Rogers.

Willie señaló un objeto.

—Ésta. ¿Cómo se llama, mamá?

—Bueno, se llama esfinge, pero estoy totalmente segura de que no has visto ninguna esfinge en la parada del circo.

—Sí que la vimos, mamá —dijo Alice—. Una auténtica esfinge viva. Parecía una mujer con cuerpo de león. Tiraba de un carro que llevaba una jaula con un oso enorme.

—No era un oso —dijo Edna.

—Era un oso —insistió Alice.

—Era un hombre. —Era un oso.

—Era un hombre.

—Oh, cielos. ¡No empecéis así ahora! —dijo la señora Rogers —. ¿Qué era, Willie, un oso o un hombre?

—Yo creo que era un ruso —dijo Willie.

La señora Rogers se sentó.

—Los niños veis a veces unas cosas más raras… ¿Qué más cosas había, Alice?

—Bueno, había un hombre que tenía cuernos en la cabeza como los de una cabra; y había un chino; y una serpiente; y un hombre que se parecía a Dios.

—Oh, Alice —dijo la señora Rogers—, ¿cómo puedes decir una cosa así?

—Bueno, es que se parecía a esos grabados de Jesús que hay en el libro de la escuela dominical, ¿no es verdad, Edna?

—Sí, exactamente igual —dijo Edna—. Barba y cabellos castaños y largos, túnica blanca y todo eso. Aunque parecía terriblemente viejo.

—Bueno, ¿y eso era todo lo que había en la parada? —preguntó la señora Rogers.

—Eso era todo, mamá. No había payasos, ni elefantes, ni camellos ni todas esas cosas.

—¿No había ningún caballo?

—Había uno con un cuerno en la cabeza, pero tenía una cola muy divertida —dijo Edna.

—Pues ha debido de ser una parada muy rara —dijo la señora Rogers—. Me hubiera gustado verla.

Poco después llegó el señor Rogers con una expresión divertida en la cara.

—¿Qué sucede? —le preguntó su mujer.

—No sé —dijo el fontanero—, pero esa parada que acabo de ver no parecía normal. Oh, sí, antes de que se me olvide; tengo trabajo, Sarah, un trabajo de nueve meses que comienza mañana.

—¡Bueno, gracias a Dios! —exclamó la señora Rogers—. ¿Dónde? ¡Dímelo rápido!

—Oh, con el equipo de mantenimiento en el hotel. Pero quería hablarte de la parada. No había visto nunca una cosa semejante. Llevaban una serpiente que medía unos veinte metros de largo. Y había también un chino. Un viejo pájaro divertido. Oh, sí, pero de lo

que quería hablarte es de un oso que llevaban en una jaula. Había un tipo junto a mí que intentaba convencerme de que era un hombre. ¿Has oído hablar de una cosa así? ¡No se puede confundir a un oso con un hombre! Al principio pensé que estaba bromeando, pero luego siguió en sus trece tercamente, de modo que le dejé pensando que se trataba de un hombre. ¿Has oído alguna vez una cosa semejante?

—Sí —dijo la señora Rogers—. Esta mañana he oído una considerable cantidad de cosas acerca de ese mismo tema.

—¿Cómo es eso?

—Oh, los niños fueron también a ver la parada.

—¿Ah, sí? ¿Fueron? Eso está bien. Ellos no pensarían que el oso era un hombre, ¿verdad?

—Willie pensaba que era un ruso —dijo la señora Rogers.

A las once menos cuarto la señorita Agnes Birdsong, profesora de inglés, estaba en Main Street esperando que pasara la parada y sintiendo que estaba haciendo una pequeña locura. Y se sintió mucho más loca cuando vio lo pequeña y triste que era la parada. La señorita Birdsong era bonita, con sus ligeras ropas de verano; era bonita y lo sabía, y siguió allí de pie, mirando.

Al principio no logró identificar a los animales. Luego se dijo para sí:

—Pues claro, eso es un unicornio. —Luego recordó que los unicornios no eran más que productos de la imaginación—. Es un truco —se corrigió a sí misma.

Contempló la serpiente con una ligera sensación de mareo. Odiaba las serpientes; aquel enorme gusano gris de lengua amarillenta con la garganta color escarlata y unos ojos que parecían dos piedras preciosas la incomodaba y asustaba. Supongamos que se escapa. Por supuesto, estaba bien encerrada, pero supongamos que se escapa. Qué horrible. El sonriente y anciano chino, notando su preocupación, se volvió y con él látigo azuzó a la serpiente. Ésta silbó como un camión fatigado y se desenroscó.

La señorita Agnes se estremeció.

Después se fijó en la esfinge, en el hombre barbudo que la conducía y en el hombre que iba en la jaula del carro. El viejo

barbudo estaba ensimismado; llevaba las riendas flojas entre las manos; sus pensamientos, bien lejos de Abalone y de la tarea de conducir aquel carro, danzaban en alguna esquina oculta del universo de su mente. La esfinge, dándose cuenta de la distracción de su conductor, cogió las riendas entre los dientes y dio un tirón que estuvo a punto de arrancárselas de las manos.

—Presta atención a lo que llevas entre manos, Apolonio —le espetó la esfinge.

La señorita Agnes estuvo a punto de caerse sentada en el suelo de pura sorpresa. Miró a las personas que la rodeaban, pero no parecían haber oído aquellas palabras. La señorita Agnes se tocó el pulso.

—Soy una chica tranquila e inteligente —se dijo con resolución —. Soy una chica tranquila e inteligente.

Entonces pasó el último carro, tirado por el asno dorado y conducido por el sátiro. Éste tenía en la nariz un pequeño anillo de oro; en el asiento, junto a él, estaba su flauta. A la señorita Agnes le pareció que olía como una cabra. Su torso era ancho como el de un corredor de maratón; tenía hierba verde entre las pezuñas. En su cabello había quedado prendida una hoja. Vio a la señorita Agnes; cubrió sus ojos con una mano para evitar el sol y la contempló. Luego se volvió en su asiento y siguió mirándola, mirándola y mirándola como si a lo largo de sus numerosos años no hubiera visto nada parecido a ella.

—Soy una chica tranquila e inteligente —se repetía la señorita Agnes para tranquilizarse—. Soy una chica tranquila e inteligente y no he visto a Pan en Main Street. Sin embargo, iré al circo para asegurarme.

A las doce y cuarto el señor Etaoin, el corrector de pruebas del Tribune, se dirigió a la redacción del periódico para ver si podía conseguir un pase para entrar en el circo.

El director le dio uno.

—Los trajo un viejo chino esta mañana. Un pájaro divertido. Hablaba un buen inglés. No quiso publicidad gratis para su espectáculo. Dijo que comprendía que era costumbre de los periodistas entrar en todos los espectáculos sin pagar nada tuvieran o no tuvieran pase, de modo que nos trajo unos pocos para evitar problemas. Ah, por cierto, Etaoin, ¿vio la parada esta mañana? Yo no pude ir, pero

por lo que he oído, ha sido una cosa bastante peculiar.

—Más que peculiar, era inusitada —manifestó Etaoin—. ¿Ha oído algo acerca de un oso que parecía un hombre?

—No —dijo el director—, pero he oído algo de un hombre que parecía un oso.

—Bueno, da lo mismo —dijo el corrector de pruebas.

—¿Y qué hay de ese unicornio? —preguntó el director.

—Sí, también tenían un unicornio.

—¿Ah, sí? Y me parece que también me han hablado de una esfinge. —Había una esfinge también.

—¿Ah, sí?

—Uh, uh. Y también estaban allí el asno dorado de Apuleyo y la serpiente de mar y Apolonio de Tiana y un sátiro.

—Vaya colección tan completa —dijo el director—. ¿No ha olvidado nada?

Etaoin pensó un poco.

—Ah, claro —dijo—; lo olvidaba. Estaba también ese ruso.

A las dos menos cuarto, el señor Etaoin se dirigió a los terrenos del circo con la intención de ver los espectáculos de las casetas laterales antes de que se abriera la gran carpa para la representación principal. Su pase le permitía entrar en todas ellas. Por lo tanto, sería absurdo no aprovecharlo totalmente, desperdiciar la ocasión de entrar en todas partes gratis. El dinero estaba hecho para comprar cosas con él, pero los pases servían para llevarte a los lugares por nada. La libertad de la prensa.

Mientras caminaba por las calles de Abalone notó que hacía calor. Etaoin reflexionó sobre el hecho de que era mucho mejor que hiciera calor que frío, puesto que allí se alcanzaban temperaturas de varios grados bajo cero. Abrigos, bufandas, calcetines gruesos. Y cada vez que entraba por una puerta los cristales de sus lentes se empañaban por el cambio de temperatura, y entonces tenía que quitárselos y mirar las cosas con ojos acuosos mientras los limpiaba. El invierno era una lata. Siempre con temor a que llueva o nieve. Y el

único hielo que el señor Etaoin deseaba ver eran los pequeños cubitos hechos en los frigoríficos. En los cables de teléfonos estaban posados los pájaros, con los picos abiertos por el calor. Oleadas de calor se desprendían de los edificios como si fueran de celofán.

Cuando llegó a los terrenos del circo casi se había olvidado del mismo. Y mientras se dirigía hacia las tiendas se puso a pensar qué diablos hacía allí, en aquel campo polvoriento y bajo un sol ardiente a aquellas horas del día. Entonces se fijó en un gran cartel rojo y blanco en el que ponía:

EL CIRCO DEL DOCTOR LAO

«De modo que es así como se llama», pensó el señor Etaoin.

Todas las tiendas eran blancas y no tenían forma de tienda, sino de grandes huevos duros puestos de pie. No se veían tenderetes a la vista, ni vendedores ambulantes. No había ruido. No había paja. Ni olor a elefantes, ni trabajadores. Ni gruesas mujeres vendiendo perros calientes. Ni estacas con las que se aseguran las tiendas al suelo a cada nueve pasos.

En el recinto había algunas personas junto a las tiendas, pero éstas permanecían con las puertas cerradas; guardaban su misterio como capullos de gusanos de seda; y mientras, el sol azotaba los terrenos del circo de Abalone, Arizona.

Entonces sonó un gong que rompió aquel ardiente silencio. Sus gritos metálicos rodaron en oleadas de irritante sonido. Olas de calor irritaban la piel. Olas de polvo cegaban los ojos. Olas de ruido dañaban los oídos. Y el gong sonaba, sonaba y sonaba. Se abrió una de las tiendas, mostrando una plataforma a la que saltó un chino; inmediatamente después, el ruido cesó y el hombre de la plataforma comenzó a hablar al público. El Circo del Doctor Lao estaba en marcha.

«Éste es el circo del Doctor Lao. Vamos a enseñarles cosas que ustedes no conocen. Les hablaremos de lugares a los que nunca irán. Hemos buscado por todo el mundo para capturar a las bestias de este maravilloso espectáculo, desde las montañas en donde soplan los vientos desatados hasta las islas acariciadas suavemente por el aliento del céfiro.

No nos hemos ahorrado dolores para conseguirlo, y hemos logrado desentrañar los secretos más antiguos y nos hemos elevado hasta el cielo y hemos descendido a los infiernos, porque queríamos hacer un espectáculo diabólico. Y las cosas que verán permanecerán encendidas en sus cerebros, aun cuando las nieves del invierno hayan congelado los ardores del verano.

Porque éste es el circo del Doctor Lao.

Y la juventud puede venir, y transcurrir la edad, ¡pero ya no habrá más circos como éste!».

El pequeño hombre amarillo comenzó a saltar y danzar en la plataforma acompañado por una extraña música; aquella multitud de hombres negros, rojos y blancos le contemplaron maravillados por su éxtasis.

La música cesó, el chino desapareció. En todas las tiendas ondearon banderas que advertían a la concurrencia que lo que ocultaban les sería revelado previo un cierto pago. La multitud perdió su identidad; el individuo recuperó la suya, buscando lo que pensaba que le gustaría más. El señor Etaoin no tenía muy claro adonde deseaba ir primero. Sobre él ondeaba una pancarta que proclamaba: SE ADIVINA EL FUTURO.

—Iré a que me adivinen el futuro —se dijo el señor Etaoin; y penetró en la tienda.

La señorita Agnes Birdsong, profesora de inglés, llegó a los terrenos del circo a las dos y diez. Aparcó limpiamente su limpio cupé en el lado opuesto de la calle, levantó las ventanillas, salió, cerró las puertas y se dirigió hacia la multitud de tiendas del circo.

Sobre la plataforma situada frente a una de las tiendas, el viejo barbudo que se mostrara ensimismado mientras conducía su carro en la parada de la mañana, estaba haciendo la presentación del espectáculo. Se trataba del discurso de presentación más pobre que la señorita Agnes había escuchado en su vida, y los había oído terribles. El viejo hablaba con una voz fina y débil, de apariencia extemporánea, y frecuentemente tenía que pararse para pensar en lo que había de decir después. Estaba hablando de los espectáculos que se desarrollarían en las tiendas:

—… ndo en aquella tienda de allí, la tercera detrás de la grande, podrán ver a la quimera, un animal muy curioso. Supongo que ninguno de ustedes sabe lo que es una quimera, pero no importa;

vayan a verla de todas formas. Por descontado que no les hará daño; al cabo de los años se ha vuelto un ser muy amable. Creo que ahora se está pelando, quiero decir que su parte leonina se está pelando, de modo que no parecerá muy vistosa; pero podrán hacerse una idea de lo que es. Y el Doctor Lao estará allí para responder a todas las preguntas que deseen hacerle con respecto a la quimera. Un animal muy curioso. Tengo entendido que están prácticamente extinguidos. No sé dónde habrá podido encontrarla el doctor. En la tienda siguiente creo que está el hombre lobo; sí, el hombre lobo está en la siguiente a la quimera. Supongo que todos saben lo que es el hombre lobo. Una bestia muy interesante, ciertamente. Más tarde, en el mes de octubre, se convierte en una mujer y así permanece durante seis semanas. El período de metamorfosis resulta curioso de observar. Lástima que ahora no esté cambiando de forma. Imagino que todos querrían ver cómo un lobo se convierte en una mujer. Le alimentamos a base de cordero. Pero el Doctor Lao les explicará más cosas. Creo que está muy versado en el tema del hombre lobo. A veces le he oído. Pero para ser franco debo reconocer que no sé demasiadas cosas acerca de esa bestia. Luego, en otra tienda, está la medusa. Yo mismo realizaré actos mágicos en mi tienda. Y, veamos, estoy seguro de que les interesará ver a la sirena, porque en este lugar desértico, alejado del océano, esos seres marinos han de ser bastante desconocidos. Luego está el perro de los bosques, que probablemente ninguno de ustedes habrá visto, porque es natural de las tierras de praderas y pantanos. El espectáculo para hombres se desarrollará en la última tienda. Creo que el baile de la fertilidad del sacerdote negro acaba de empezar ahora. Por supuesto, esa tienda es para hombres solamente.

«Estoy encantado de ver a tantas personas aquí esta tarde, y estoy seguro de que el Doctor Lao está igualmente encantado. Tuvo grandes problemas para reunir a todos esos animales, y sé que todos ustedes están interesados en los animales extraños. Oh, sí, olvidaba hablarles del huevo de roe. Está en una tienda allí detrás, no estoy seguro de cuál. Es un huevo enorme, casi tan grande como una casa, y exuda agua salada. Estoy convencido de que a todos les interesará ver el huevo de roe. El Doctor Lao les explicará cosas acerca de él en la tienda. Creo que es la tercera empezando por allí, pero no estoy seguro. Supongo que debería familiarizarme con el emplazamiento de los diversos espectáculos. Bueno, supongo que todos están cansados de oírme hablar y desean ir a ver los espectáculos. Y recuerden que ejercito mi magia en la tienda que hay justo enfrente.

El viejo descendió lenta y dolorosamente de la plataforma y se dirigió a través de la muchedumbre hacia la tienda en donde practicaba su magia. Unos pocos le siguieron. La señorita Agnes

Birdsong permaneció indecisa. Entonces, por el rabillo del ojo, vio al anciano chino pasar con una taza de té en una mano y una pipa de opio en la boca. Le detuvo.

—¿Doctor Lao?

—Sí, señora.

—¿Dónde está la tienda de Pan?

—No tenemos a Pan en este circo, señora. Usted está pensando sin duda en el sátiro que conducía uno de nuestros carros esta mañana en la parada. Está en aquella tienda. La entrada son diez centavos. Si desea verle, puede pagarme a mí y dirigirse directamente a ella. En este momento estamos escasos de personal que se encargue de vender las entradas.

La señorita Agnes le dio dos monedas al chino y, asegurándose a sí misma que era una chica tranquila e inteligente, entró en la tienda para ver al sátiro.

Estaba tumbado sobre un entramado de parra, y su fina y puntiaguda barba tenía pámpanos enredados. Había estiércol incrustado en los cascos, y sus manos eran huesudas y retorcidas, al tiempo que sus dedos acababan en unas uñas largas, ásperas y amarronadas. Entre los cuernos tenía una calva rodeada de cabellos grises. Tenía las orejas muy afiladas, y sus músculos, alargados y finos, se amontonaban en sus brazos. Los músculos de las piernas estaban ocultos por su pelo de cabra. Le sobresalían las costillas. Los hombros se alzaban casi a la altura de las orejas.

Sonrió a la señorita Agnes, cogió su flauta y comenzó a tocar. Una suave música de caramillo danzó en el aire denso de la oscura tienda. Se levantó y bailó al son de su propia música, moviendo levemente su cola de cabra, a veces incisiva, a veces ondulante. Sus pies se movían ligeros, mientras las pezuñas marcaban el ritmo de las notas de la flauta golpeando el sucio suelo con su sonido peculiar. El olor a cabra se hizo más fuerte.

La señorita Agnes permaneció allí asegurándose a sí misma que era una persona tranquila. El sátiro se movía a su alrededor, agitando el caramillo, agitando la cabeza, moviendo las caderas, moviendo los codos. El caramillo sonaba, sonaba y sonaba. La puerta de la tienda se cerró. En torno a la señorita Agnes, el viejo hombre-cabra galopaba. Su música petulante sonaba en sus oídos como si fueran pequeños cascabeles. Una oleada de sensaciones nerviosas se apoderó de ella e

hizo que su corazón latiera con más fuerza. Por sus venas corría veloz la sangre, y se puso a temblar de la misma forma que habían temblado las ninfas griegas cuando el mismo sátiro, veinte siglos más joven, había tocado y bailado para ellas. Ella temblaba y le miraba. Y la flauta sonaba, sonaba, sonaba.

Él estrechó los círculos de su danza hasta el punto de que sus codos le rozaban los brazos desnudos y sus muslos la ropa. Tras sus cuernos se abrieron pequeños sacos de almizcle perfumando el aire… preludio del celo. Le rozó la punta del dedo del pie con una pezuña. El dolor asomó a sus ojos y le brotaron lágrimas. Le pellizcó el muslo mientras danzaba a su alrededor. El pellizco fue doloroso, pero ella sintió que el dolor y la pasión iban parejos. El olor que brotaba del sátiro era enloquecedor. La tienda estaba impregnada de almizcle. Ella se dio cuenta de que estaba sudando, de que le corrían gotas de sudor por los brazos y de que tenía el cuerpo empapado. Sabía que sus piernas brillaban de sudor. El sátiro bailaba desenfrenadamente junto a ella y su huesudo pecho se movía al ritmo de su respiración. Finalmente arrojó el caramillo a un rincón de la estancia y a continuación la abrazó. Le mordió los hombros y sus pezuñas se introdujeron entre sus muslos. La saliva de los labios del sátiro se mezcló con el sudor que rodeaba la boca de la mujer, y ella se dio cuenta de que estaba gritando, que se caía, que se desmayaba, que el mundo giraba lentamente, que la gravedad disminuía, que la vida comenzaba.

Entonces se abrió la puerta de la tienda y entró el Doctor Lao.

—El sátiro —dijo— es tal vez la figura más encantadora de la antigua mitología politeísta griega. Al combinar en su ser las formas de hombre y de cabra, el resultado es una figura que sugiere fertilidad, dado que tanto los hombres como las cabras son animales que desarrollan al máximo las actividades concupiscentes. Efectivamente, los sátiros griegos eran una especie de deificación de la lujuria, semidioses silvestres, deidades de los bosques. Y, de hecho, los bosques son todavía los lugares favoritos de los amantes que intentan escapar a la curiosidad de las miradas.

«Capturamos este espécimen cerca de la ciudad de Tu-jeng, en el norte de China, cerca de la Gran Muralla. Quedó cogido en una red cerca de una pequeña cascada, red que habíamos colocado para capturar a una quimera. De paso diré, aunque entonces no lo sabíamos, que resulta imposible capturar una quimera con red, porque su aliento ardiente la quemaría. Pero de eso hablaremos después.

»Los sátiros no son omnívoros como los hombres, sino herbívoros como la cabra. A éste le damos avellanas, bayas y hierbas. También come lechugas y algunos repollos. Rechaza siempre las cebollas y los ajos, sin embargo. Y no bebe nada más que vino.

»Observe que lleva un anillo dorado en la nariz. No sabemos qué significa. Lo tenía cuando le capturamos, pero no sabemos cómo llegó a su nariz.

»Observe también que este sátiro es muy viejo. No me cabe la menor duda de que se trata de uno de los sátiros originales de la antigua Hélade. Obviamente, al ser semidioses, los sátiros viven mucho, muchísimo tiempo. Supongo que este ejemplar debe de tener unos dos mil trescientos años, aunque Apolonio, mi colega, se inclina a pensar que tiene aún más. Si pudiera hablar nos contaría cosas muy curiosas acerca de su existencia. Cómo el advenimiento de la hostil deidad cristiana le condujo a él y a los de su especie fuera de las colinas helénicas para buscar refugio en tierras extrañas. Algunos de sus parientes se dirigieron a la Europa del norte para convertirse en dioses extraños, como Adonis, que se convirtió en Balder, o Circe, que fue una de las Lorelei, o los Lares Domestici, que se convirtieron en relojes de cuco o figuras de adorno. Sí, imagino que podría decirnos muchas cosas.

»Pero lo más interesante de todo sería la narración de su viaje a China, su aturdimiento ante los templos barnizados, su disgusto ante los vinos calientes y con especias chinos y su tristeza por las doncellas chinas de pies vendados que no podían danzar al son de su flauta. Un semidiós perdido.

«Imagino que los sátiros se originaron en los viejos tiempos pastorales, cuando los hombres permanecían largas temporadas en las colinas con sus rebaños. Entre otras cosas, para divertirse y para tranquilizar a sus rebaños, los pastores tocarían flautas como la suya. Y también, sin duda, durante las noches pasadas en las colinas junto al fuego, los pastores soñarían con el amor; los hombres sueñan con el amor, ya lo sabe; lo hacen cuando están solos. Pues bien, ellos soñarían con el amor, y sus sueños serían de tal potencia que les parecerían realidad. En las mágicas noches de luna llena tal vez alguna cabra hembra se convertiría en una doncella encantadora… Y después nacerían extraños seres que parecerían bebés lanudos. En su frente llevarían los cuernos de la madre; sus pies serían pezuñas como las suyas. Pero el resto sería como los hombres. Finalmente se convertirían en hombres cabra. Robarían el laúd de su padre y se irían dando saltos. Las gentes sencillas les verían a las orillas de los lagos, y

un nuevo dios pastoral habría nacido…

»El sátiro se sentaría junto a un lago y se pondría a tocar su música, y los pececillos imitarían los movimientos de una danza, porque la música que sale de la flauta de un sátiro es irresistible. Sigue tocando su flauta, y las hojas de los árboles bailan, y los gusanos sacan sus cabezas fuera de sus agujeros y se retuercen, y bajo la roca el escorpión abraza al escorpión en cálido y orgiástico arrobamiento… Y de vez en cuando una ninfa se acercaría para observarlo entre los árboles…

»Pero todo eso sucedía hace mucho tiempo, y éste es un sátiro viejo, viejísimo. Dudo que ahora pueda hacer otra cosa aparte de tocar. Vayamos a la tienda siguiente a ver a la serpiente marina. Por aquí, por favor.

La familia Rogers en pleno llegó a los terrenos del circo un poco después de las dos. Los niños estaban excitados porque iban a ver un circo; la madre estaba feliz porque su marido volvía a tener trabajo.

—Bueno, no vamos a gastarnos un montón de dinero —dijo el papá—, pero podemos visitar una tienda o dos y luego pasar a ver el espectáculo principal. ¿Qué tienda deseáis visitar primero, niños?

Incapaces de ordenar su mente, los chicos discutían entre sí.

—¿Sabes? —dijo la señora Rogers, después de escucharlos un rato—. Iremos a ver a ese oso, hombre, ruso o lo que quiera que sea. Realmente estoy deseando verlo para descubrir cuál es la causa de tantas discusiones.

El fontanero John estuvo de acuerdo; la familia se puso a buscar la tienda del oso. Pero no podían dar con ella. Entonces el Doctor Lao apareció de nuevo en la plataforma, recitó su poema de nuevo y comenzó otra vez a hablar sobre el espectáculo.

John Rogers se dirigió a la plataforma y le llamó:

—Eh, doc, ¿dónde tienes a ese enorme oso tuyo? Queremos verle de nuevo. Ese que estaba en la parada esta mañana.

—Mí no sabe nada acerca de un oso —dijo el doctor y continuó con su discurso:

»En la tienda de la derecha, señoras y señores, encontrarán al

mundialmente conocido taumaturgo Apolonio de Tiana, nacido en el tiempo de Cristo. “Sócrates —acostumbraban decir entonces—, deja a los hombres en la tierra, Apolonio los transporta al cielo; Sócrates no es más que un sabio. Apolonio es un dios”. Bien, pues él está allí, en esa tienda, preparado para realizar un milagro o dos para su edificación. Observarán que es un hombre muy viejo. Está vivo desde que comenzó la era cristiana y los años comienzan a notársele. Además, acaba de aprender el inglés hace muy poco tiempo; no se rían, pues, con sus confusiones. Recuerden que es el hombre que permaneció durante cinco años en completo silencio escuchando el consejo de su corazón, el hombre que conversaba con los astrólogos de Caldea y les decía cosas con las que ellos ni tan siquiera habían soñado, el hombre que profetizó la muerte del emperador Domiciano, el hombre que superó las ocho pruebas de Mitra. En la tienda de la derecha, señoras y caballeros. Diez centavos la entrada. Los niños en brazos, gratis.

—Eh, doc —dijo el fontanero Rogers de nuevo—. ¿Por dónde encontraremos al gran oso?

Deseamos verlo de nuevo.

—Mí no sabe nada acerca de un oso —dijo el Doctor Lao, y continuó:

»En la tienda de mi izquierda, señores, se encuentra una de las mujeres más sorprendentes, una medusa. Si se le mira a los ojos te convierte en piedra.

El doctor abrió la puerta de la tienda que había junto a él y apareció una figura de piedra.

—Esto es lo que queda de una persona de la última ciudad donde estuvimos. No quiso seguir mi consejo de contemplar a la medusa a través de su imagen reflejada en un espejo. Por el contrario, atisbo tras las cortinas que la ocultan a las miradas y la miró directamente a la cara. Y esto, señoras y caballeros, es lo que queda de él. No es una estatua muy hermosa, ¿verdad? Permítanme que les niegue, señoras y caballeros, que cuando entren en esa tienda, por su propio bien, la contemplen sólo a través del espejo.

John Rogers tiró del extremo de la bata del doctor.

—Queremos ver el oso grande, yo, mi mujer y mis hijos. ¿En qué tienda está?

El doctor Lao se estremeció sobre la plataforma.

—¿Pero qué diablos pasa con esa historia del oso? Mí no sabe nada de oso. Si usted no gusta este espectáculo, es libre de marcharse. —A continuación, el doctor extendió los brazos y prosiguió con su discurso.

«Probablemente, el más extraño de todos los animales, y ciertamente uno de los que ninguno de ustedes debe dejar de ver, es esta bestia única entre todas las bestias, el perro de los bosques. Criado en las praderas del norte de China, este animal es el símbolo viviente de la vegetación, de la fecundidad, de la vida perenne, del estado transicional entre el vegetal y el animal. Los mayores científicos del mundo han estudiado a este perro y no llegan a decidir si es flora o fauna. Cuando ustedes lo examinen, señoras y caballeros, se darán cuenta de que, pese a que su forma no difiere de la de un perro normal, sus diversas partes corporales son las de las plantas. Sus dientes, por ejemplo, son duras y finas espinas; su cola es un manojo de helechos; su pelo es hierba; sus uñas son metálicas; su sangre es clorofila. Seguramente es éste el animal más curioso que vive bajo la capa del cielo. Le alimentamos a base de manzanas y avellanas verdes. A veces, pero no con demasiada frecuencia, come también frutos de dióspiro.

Permítanme que les recomiende, señores y señoras, que vayan a ver el perro de los bosques aunque se pierdan la sirena o el hombre lobo. El perro es único.

—Creo que no vamos a sacar mucha información de este viejo chino —le dijo el fontanero a su mujer—. Vayamos a ver antes cualquier otra cosa; tal vez encontremos al oso después.

—Bueno —dijo la señora Rogers—, podríamos ir a ver al mago. Creo que a los niños les gustará.

Y así el fontanero y su familia se dirigieron hacia la tienda de la derecha para ver la actuación de Apolonio. A excepción del mago, eran los únicos en la tienda.

Apolonio les lanzó una mirada soñadora mientras iban entrando.

—Serán diez centavos por persona —dijo. John Rogers le tendió medio dólar. El taumaturgo puso la moneda en una caja de puros vieja y movió la cabeza—. Y ahora, ¿quieren decirme qué tipo de magia desean ver? —preguntó.

—Yo quiero que usted saque un cerdo de esa bolsa —dijo Alice, tendiéndole una bolsita de dulces.

—Elemental, mi pequeña, elemental —dijo Apolonio. Metió dos dedos en la bolsa de caramelos y sacó un cochinillo chino. Éste se movió, tembló y estiró sus pequeñas patas. El mago se lo tendió a Willie—. Quédate con él, niño. Aliméntalo bien. Algún día dará una sabrosa carne.

—Oh, Dios mío —dijo la señora Rogers—, no tenemos ninguna habitación donde meter un cerdo. Nuestro piso es muy pequeño, ¿sabe?

—Qué pena —dijo Apolonio. Le quitó a Willie el cerdo de las manos y volvió a ponerlo en la bolsa—. Era un bonito ejemplar. ¿Qué quieren que haga ahora?

—¿Conoce algún juego de cartas? —preguntó el señor Rogers.

—Montones de ellos —dijo Apolonio. Se metió la mano en el bolsillo de la túnica, sacó un mazo de cartas y las sujetó con una mano. Las cartas subieron y bajaron componiendo graciosas espirales y parábolas, mezclándose y desintegrándose, pero regresando siempre limpiamente al paquete rectangular.

—Esto no es magia —comentó el mago—. Esto es destreza manual. ¿Desean que convierta para ustedes vino en agua? —

—¿Y por qué no convertir agua en vino? —preguntó el fontanero.

—Puedo hacerlo igualmente —dijo el mago. Tomó un cuenco de agua e hizo unos pases con las manos sobre ella. Cambió de color; un suave olor a vino se difundió por el aire.

Tendió el cuenco al señor Rogers—. Beba un trago.

John lo probó.

—Jerez —dijo.

Apolonio probó a su vez.

—Yo diría que es moscatel —le corrigió—. ¿Qué opina usted, señora?

La señora Rogers probó el vino.

—Se parece un poco al de la iglesia —dijo ella—. Claro que es el único vino que yo había bebido, de modo que no puedo hacer comparaciones.

—Bueno, no es vino sacramental —dijo Apolonio—. De eso estoy seguro. Pero bébanselo antes de que el Doctor Lao lo vea. No le gusta que haya alcohol en los terrenos del circo.

Edna Rogers se dirigió a su madre.

—Mamá, que haga algo que nos guste —rogó.

—¿Te gustan las flores? —preguntó Apolonio.

—Un poco —dijo Edna.

—No, no nos gustan —dijo Willie.

—Oh, sí, unas flores para los niños —dijo la señora Rogers.

El taumaturgo hizo unos pases en el aire y comenzaron a caer pétalos de rosa sobre los hombros de toda la familia. Hizo unos pases más y crecieron violetas a sus pies. Por los laterales de la tienda trepaban unas flores negras ribeteadas de amarillo. Entre las violetas comenzaron a salir flores malva con delgadas hojitas verdes. Una enorme flor gris flotaba sobre sus cabezas. Tenía barba como una cabra. Fuertes espinas ribeteaban sus pétalos.

Apolonio contempló aquella flor perplejo.

—Dios mío —dijo—. Nunca había hecho una flor como ésa en toda mi vida. Me pregunto de qué tipo podrá ser. ¿Lo sabe usted, señor?

—No —dijo el fontanero—. Yo no sé nada de flores, excepto las más comunes, como geranios y cosas así.

—Bueno —dijo Apolonio—, sea lo que sea, es una enorme fealdad.

—Opino que hace usted los trucos más hábiles que he visto —dijo la señora Rogers—. ¿No es cierto, niños?

Tocado en lo más profundo de su ser, el mago dijo:

—No son trucos, señora. Trucos son cosas que engañan a la gente. En última instancia, los trucos son mentiras. Pero éstas son

flores reales, y el vino era vino auténtico, y aquello fue un cerdo real. Yo hago magia, no trucos. Yo creo; yo transformo; yo coloreo; yo transustancio; yo desintegro; yo recompongo; pero nunca hago trucos. ¿Les gustaría ver una tortuga? Puedo crear una tortuga magnífica.

—Sí —dijo Willie—. Yo quiero ver una tortuga.

El mago apartó algunas violetas hasta dar con el suelo desnudo. Luego tomó tierra con las manos, la moldeó entre sus dedos, ablandándola, dándole forma, golpeándola. Se convirtió en algo amarillo, grueso y maleable.

—¡Oh, oh! —exclamó Alice—. Se está convirtiendo en una tortuga. Oh, qué truco más maravilloso.

Apolonio colocó la tortuga en el suelo. Tenía la cabeza dentro de la concha. La golpeó en la espalda.

—Normalmente es así como sacan la cabeza —explicó.

Al cabo de un momento la tortuga sacó la cabeza. Pero en vez de una cabeza tenía dos. Dos cabezas opuestas, unidas por el cuello. Las dos cabezas abrieron sus cuatro ojos y sus dos bocas y gritaron. Luego cada una de ellas intentó dirigirse en una dirección.

—Oh, Dios mío —dijo Apolonio disgustado—. Lo he estropeado todo ahora que quería realizar un acto de la más pura magia para ustedes. ¡Y me ha salido una cosa tan monstruosa! ¡Dos cabezas! Les aseguro que estoy avergonzado de mi ineptitud.

—Oh, no tiene importancia —dijo el fontanero—. De todas formas me imagino que estas cosas son difíciles de hacer.

En aquel momento entró un grupo de personas en la tienda, entre las cuales estaba el Doctor Lao.

—Esto, Apolonio —le dijo el doctor en voz baja—, le prometí a esta gente que resucitarías a un hombre para ellos. Lo harás, ¿verdad? Todos tienen un gran interés en vértelo hacer.

—¿De veras? —respondió él a su vez en un susurro—. Pero doctor, ¿tenemos algún cadáver?

—Voy a ver —dijo el chino.

La gente se esparció entre las flores y se asustaron al ver a la

tortuga con las dos cabezas. Ésta acabó por esconderlas de nuevo dentro de la concha. Una enorme señora gorda entró en aquel momento. Miró hacia el suelo para ver lo que había a sus pies.

—Dios todopoderoso, Luther, ¡ahí hay una tortuga! —gritó.

—¿Dónde? ¿Dónde? —gritó Luther nervioso—. ¿Dónde diablos está, Kate?

—Justo bajo mis pies —sollozó Kate.

—No le hará daño —le dijo el señor Rogers—. Creo que es una tortuga domesticada.

Luther apartó a Kate y observó el quelonio.

—A mí no me parece domesticada.

—Tenía dos cabezas, ¿verdad, mamá? —dijo Willie.

—Dios mío, ya sabía yo que había algo raro en ella —dijo Luther.

En aquel momento entró el Doctor Lao con un enorme bulto entre los brazos.

—He conseguido uno —le susurró a Apolonio—. Ahora, hagan el favor de ponerse todos en el borde de la tienda —les dijo el doctor —. Apolonio de Tiana va a realizar el acto mágico más grande realizado desde hace siglos. Ante sus ojos le devolverá la vida a un cadáver. Ante sus ojos, la muerte será vencida. Y no les costará más de lo que han pagado por entrar en esta tienda. Permanezcan contra la lona, señoras y caballeros; ¡permanezcan contra la lona, por favor! Dejen a este hombre el espacio que necesita.

Apolonio se acercó al envoltorio y lo abrió. Un hombre pequeño, uno que había sido trabajador de algo, quedó al descubierto. Tenía puesto un pantalón, unos zapatos viejos del ejército, una camisa azul y un viejo sombrero de vaquero. En la sudorosa banda de cuero del sombrero aparecían las iniciales «R. K.», floridamente delineadas con una pluma. Los nudos de los zapatos parecían haber sido hechos por un marinero.

Apolonio colocó el cadáver boca arriba y le puso los brazos por debajo de la cabeza. Luego le dobló las rodillas y le separó un poco las piernas, de forma que el cadáver parecía un hombre dormido en una

posición muy poco confortable.

Apolonio comenzó a rezar una oración en voz baja. Sus ojos adquirieron un color profundamente verde. Una extraña sustancia le manaba de las orejas. Mientras tanto seguía rezando, y rezando y rezando. Enviaba su terrible invocación al sutil espíritu de la vida.

Luego, súbitamente, cuando todos estaban más atentos a la escena, el hombre volvió a la vida, se sentó, tosió y abrió los ojos.

—¿Dónde demonios estoy? —quiso saber.

—Está en un circo —dijo el doctor.

—Bueno, pues déjenme salir de aquí —dijo el hombre—. Tengo asuntos que atender.

Se puso de pie y comenzó a caminar ligeramente.

Luther le tomó del brazo cuando ya estaba llegando a la puerta.

—Escuche, señor, ¿estaba usted realmente muerto? —le preguntó.

—Más muerto que el infierno, hermano —le contestó el hombre, y salió apresuradamente de la tienda.

Hacia las dos y media llegaron dos policías a los terrenos del circo para echar un vistazo al espectáculo y asegurarse de que allí no se desarrollaba nada contrario al interés del público. Uno de los agentes era un muchachote gordo y de aspecto ignorante; el otro era un hombre alto, delgado y feo. Llevaban sus uniformes, cinturones Sam Browne, pistolas e insignias brillantes. En cuanto los vio, el Doctor Lao se dirigió hacia ellos.

—¿Qué suceder? ¿Alguien robado? ¿Qué hacer dos policías en este lugar? ¡Éste es mi espectáculo!

—No se ponga nervioso —dijo el policía gordo—. Sólo hemos venido a echar un vistazo. No vamos a arrestar a nadie a menos que sea necesario. Somos oficiales. ¿Qué tal si pasamos a ver uno de esos espectáculos de las tiendas?

—Considérense en su casa, caballeros —dijo el Doctor Lao—. Vayan adonde les apetezca. Daré instrucciones a los taquilleras para que les dejen pasar adonde deseen.

—Ésa ya es otra forma de hablar —dijo el policía.

—Todas las tiendas están abiertas. Vayan a las que deseen, por favor —dijo el doctor—. Ahora tendrán que perdonarme; debo de ir a hacer mi discurso sobre la medusa.

Los policías merodearon por allí durante un rato, escudriñando las tiendas, inspeccionando con la mirada a la gente y saludando a los amigos. Atraparon a un muchacho mirando por debajo de la lona de una de las tiendas. Le cogieron, le hicieron apartarse de allí y le enviaron a su casa llorando. Luego decidieron ir a ver uno o dos espectáculos.

—Podemos ir de uno en uno para no perdernos nada —dijo el policía feo.

—De acuerdo —dijo el policía gordo con cara de ignorante—. ¿Has visto alguna vez un circo tan raro?

—Nunca —contestó su compañero—. Entremos aquí.

Entraron en la tienda de la medusa. El interior estaba pintado de un tono amarillo cremoso, y había pálidas estrellas de plata esparcidas por las paredes. Un espejo enorme colgaba de la pared opuesta. Delante del espejo había un cubículo cerrado hacia la entrada que se reflejaba en el espejo, de forma que no se podía ver nada del interior del cubículo si no era a través del espejo. Tanto el espejo como el cubículo estaban acordonados de forma que nadie se pudiera aproximar demasiado a ninguno de los dos.

Sentada en un sofá en el interior del cubículo estaba la medusa arreglándose las uñas. Su juventud era sorprendente. Su belleza, desconcertante. La gracia de sus miembros, enloquecedora. La escasez de sus ropas, azorante. Un lagarto corría por una de las paredes del cubículo. Una de las serpientes de la cabeza de la medusa se lanzó hacia él y le capturó. Las otras comenzaron a luchar con ella por la posesión del lagarto. El espectáculo era espeluznante.

—¿Qué diablos de mujer es ésa? —preguntó el policía gordo con cara de ignorante.

—Señoras y caballeros —dijo el Doctor Lao—. Ésta es la medusa. Es una medusa sonora procedente del norte de México. Al igual que sus hermanas Gorgonas, tiene el poder de convertir en piedra a todo aquel que la mire de frente. Por ello hemos colocado este espejo para salvaguardar a los visitantes. Permítanme que les

niegue, señoras y caballeros, que se contenten con verla reflejada y que no la miren directamente. Si alguno hace eso, los resultados serán lamentables.

»Sin embargo, contemplemos primero a las serpientes. Observarán que la mayoría de ellas son tantillas, esos pequeños bichos marrones con anillos negros en el cuello. Sin embargo, en la parte posterior de su cabeza podrán ver algunas serpientes grises con manchas negras. Esas serpientes son nocturnas, *hypsiglena ochrorhymcus*, como se denominan en latín. Y en su flequillo, serpientes de Arizona. Una de ellas acaba de coger un lagarto, como algunos de ustedes deben haber visto. Sus serpientes nocturnas también comen lagartos, pero las tantillas no prueban más que orugas y otros pequeños gusanos similares; alimentarlas resulta a veces difícil en los lugares fríos.

»Creo que fue un doctor de Belvedere el primero que señaló que las serpientes de las medusas eran siempre las especies más comunes de la localidad en la que ésta hubiera nacido; que nunca son venenosas; que abarcan varias especies diferentes; que se alimentan independientemente de la mujer a la que adornan. Este doctor de Belvedere se interesó principalmente por las serpientes y sólo de forma secundaria por la propia medusa, de modo que sus observaciones dejan mucho que desear. No obstante, yo he hecho un estudio de ésta y de otras medusas, lo que me permitirá explicarles algunas cosas acerca de ellas.

»El origen de las medusas es un enigma para la ciencia. Su lugar en la escala de la evolución, un misterio. Su finalidad en la gran balanza de la vida, un secreto. En efecto, pertenecen a ese fantástico mundo inferior de seres no biológicos cuyos miembros más destacados son la quimera, el unicornio, la esfinge, el hombre lobo, el perro de los bosques y la serpiente marina. Lo denomino orden no biológico porque no obedece a ninguna de las leyes naturales de la herencia y del cambio condicionado por el entorno, no presta atención a las leyes de la selección de los más aptos, se burla positivamente de cualquier intento por parte del hombre de establecer para ellos un ciclo vital racional, es posiblemente inmortal, incuestionablemente inmoral, da muestras de actividad anabólica, pero no catabólica, está en celo, engendra y cría, pero no se reproduce, no pone huevos, no construye nidos, busca, pero no encuentra, camina, pero no descansa. Los miembros de este orden son los animales que el Señor de los Hebreos no creó para poblar su edén; no se encuentran entre los productos de los seis días de trabajo. Son las diversiones del universo en vez de las especies. Son los extraños hijos de la lujuria de las esferas.

»Los místicos explican todo aquello que la ciencia no puede. Escuchen: Cuando esa grande y misteriosa fecundidad que poblaba los mundos por orden de los dioses había acabado con sus alumbramientos, cuando ya habían acabado su trabajo las comadronas celestiales, cuando la vida había comenzado en el universo, la matriz primigenia se encontró con que todavía no estaba exhausta, con que sus lomos eran aún potentes. Así pues, aquella aterradora fertilidad se tumbó en su lecho para un alumbramiento final y parió todos aquellos seres de pesadilla, aquellos abortos del mundo. Los antiguos representaron esta primera procreación con la figura de Diana de Éfeso, la cual tenía extraños animales corriendo a su alrededor y subiéndosele a los hombros, jugueteando entre los pliegues de sus vestidos, peleándose entre los rizos de sus cabellos. La propia Naturaleza debió soñar probablemente con esa primera maternidad cuando hizo evolucionar a los sapos de los países del istmo del sur, esos fantásticos sapos que llevan a sus criaturas pegadas a la piel de su espalda. ¡Sí! Tal vez a través de la piel de la espalda de esa poderosa madre de vida llegaron aquellos seres antibiológicos. No lo sé.

»En fin, la medusa que tenemos aquí es una medusa joven. Considero que no debe de tener ni cien años de vida. Expertos en mujeres me han dicho que es inusitadamente atractiva, que posee una belleza mucho más adorable que la de las más bellas criaturas humanas. Y debo reconocer que en la flexibilidad de sus brazos, en la turgencia de sus senos, en los rasgos de su rostro hay sin duda mucho de aquello que al hombre le parece arte. Pero es una medusa irritable. A veces intento hablar con ella, saber lo que piensa acerca de su situación, allí sentada contemplando un mundo que se refleja en un espejo, potencialmente capaz de arrasar toda una ciudad por el mero hecho de pasearse por sus calles mirando a los transeúntes.

»Pero todavía no quiere hablar conmigo. No hace más que lanzarme miradas de aburrimiento a través del espejo. O tal vez sean de compasión, o de burla, sobre aquel escenario de serpientes, soñando, sin duda, con el último hombre al que ha aniquilado.

«Recuerdo un suceso acaecido hace ya algunos años, cuando exhibíamos nuestro espectáculo en la ciudad china de Shanhaikwan, que está situada en el extremo norte de la Gran Muralla. La medusa y alguno de los otros seres que se exhiben en mi circo se hallaban mareados a causa de una larga travesía por mar, y todos estábamos preocupados por lo que podía representar nuestra ruina. Pues bien, colocamos nuestras tiendas en Shanhaikwan y pensamos permanecer allí hasta que nuestros animales se recuperasen. Era verano y la brisa procedente de las montañas de Manchuria era refrescante. No había

amenaza de guerra, aunque aquél era el punto más conflictivo de todo el mundo, y decidimos permanecer allí durante un tiempo y recuperar nuestra acostumbrada ecuanimidad.

»Había marineros en la ciudad, marineros procedentes de otros países que habían abandonado sus naves de guerra para disfrutar de un permiso en la costa; y vinieron a ver mi circo. Eran una panda de borrachos, pero pagaban lo que costaba la entrada y les dejamos pasar. Vieron a la medusa, y como eran unos auténticos asnos pensaron que no era más que una chica a la que yo había puesto un gorro de serpiente en la cabeza para impresionar a la gente. ¡Como si uno tuviera que echar mano de tales cosas para impresionar a la gente! Sin embargo, como decía, pensaron que la medusa era un truco; pero quedaron enamorados de su belleza y planearon entre todos raptarla una noche, llevársela a la playa, violarla y luego dejarla allí.

»Y así, una noche oscura en la que la luna había quedado oculta tras un banco de nubes, esos marinos llegaron sigilosamente al circo y con sus navajas hicieron un boquete en la tienda de la medusa y por él entraron con la intención de llevársela. La noche era tan oscura que no les permitía ver su cara, de modo que por el momento quedaron a salvo.

»Apolonio y yo regresábamos de la ciudad, y mientras nos acercábamos charlando a nuestra tienda nos dimos cuenta de lo que estaban haciendo. Yo estaba encolerizado y tuve la intención de lanzar sobre ellos a la serpiente de mar; pero Apolonio me dijo que no lo hiciera, que la luna estaba a punto de salir y que de lo que pudiera suceder después tendrían que ocuparse ellos mismos. Así pues, me tranquilicé y nos quedamos allí, mirando y esperando.

«Eran diez marineros borrachos. Sus blancos uniformes brillaban fantasmagóricamente en la negrura de la noche. Como ya he dicho, abrieron un boquete en la tienda con sus navajas, sacaron a la medusa y se dirigieron con ella hacia la playa. Cuando ya habían atravesado las dunas, la luna salió de entre su velo de nubes. Y deduzco que los marineros debían de estar en aquel momento formando un semicírculo en torno a la medusa, porque a la mañana siguiente, cuando Apolonio y yo bajamos allí, había diez marineros de piedra así dispuestos sobre la arena, tal y como ella les había dejado después de mirarlos; en sus estúpidas y borrachas caras se mantenía aún sus borrachas miradas lascivas. Y así deben de permanecer aún hoy, puesto que su lascivia quedó grabada en la piedra viva.

»Como les digo, pues, no es conveniente hacer tonterías con una medusa. ¿Hay alguna pregunta que alguno de ustedes desee hacer? Si no la hay, les sugiero que vayamos a ver a la esfinge.

Una mujer alta y gruesa del grupo dijo:

—Bueno, no me creo ni una sola palabra de todo lo que usted ha dicho. Nunca escuché tantas tonterías juntas en mi vida. ¡Convertir a la gente en piedra! ¡Qué idea!

El hombrecillo que estaba junto a ella le dijo:

—Vamos, Kate, no digas esas cosas delante de toda esta gente.

—Tú cállate, Luther. ¡Pienso decir todo lo que me venga en gana!

El Doctor Lao dijo:

—Señora, el papel de escéptica no le va; hay cosas en el mundo que ni la experiencia de una vida entera transcurrida en Abalone podría concebir.

Kate dijo:

—Está bien, ¡se lo demostraré! ¡Le haré quedar como un mentiroso delante de todas estas personas!

Y Kate, atravesando los cordones de separación, se introdujo en el cubículo donde yacía la medusa.

—En nombre de Buda, ¡deténganla! —gritó el Doctor Lao.

Pero Kate ya había descorrido las cortinas y había introducido su cara por una esquina del cubículo.

—Eh —comenzó a decir. Pero antes de que pudiera pronunciar una sílaba más ya se había convertido en piedra.

Más tarde, cuando ya no había nadie a su alrededor preguntándose qué hacer con aquello, un geólogo de la universidad se puso a examinar a Kate.

—Sólida calcedonia —comentó—. Nunca vi una variación de color más bonita en toda mi vida. Calcedonia camelia. Sería una magnífica piedra para la construcción.

Ed y Martha, el oficial de tráfico de ferrocarriles y su mujer, llevaron a sus dos hijos al circo a las dos y veinticinco.

—Vaya —exclamó Martha—, no había visto nunca un circo tan extraño en mi vida. ¿Estás seguro de que es aquí, Ed?

—Absolutamente seguro, querida.

—Bueno, pues entonces será mejor que echemos una ojeada a las tiendas. Aquí hay una con una sirena. Entremos.

—Pero Martha, odio gastar dinero en algo que es obviamente una farsa. Los dos sabemos que no existen las sirenas. Miremos por ahí un poco más. La idea de gastar dinero para ver algo que sé perfectamente que es un engaño me resulta repugnante.

—A lo mejor no es un gaño, papá —sugirió Ed junior.

—No se dice gaño, cariño —corrigió pacientemente la mamá.

—Vayamos a ver la serpiente —sugirió el pequeño Howard.

—Ooooh, las serpientes ponen a mamá tan nerviosa —dijo la madre estremeciéndose.

—Bueno, pues ¿qué vamos a hacer? ¿Vamos a pasarnos todo el rato paseando? —preguntó Howard.

—No le hables así a tu madre o papá va a meterte dentro un poco de respeto cuando volvamos a casa —amenazó el oficial de tráfico. Howard comenzó a llorar.

—Y no comiences con tus lloriqueos o puede que comience a hacerlo ahora mismo.

Howard dejó de llorar.

—A lo mejor este perro de los bosques es interesante —dijo Martha, leyendo lo que ponía el letrero de la tienda cercana.

—No —dijo Ed—, no lo es. Es sólo un perro pintado de verde. Lo vi esta mañana en la parada.

—Ay, papá, vamos a ver algo —rogó Ed junior.

—Francamente, Martha —dijo Ed—, no creo que haya nada aquí que merezca la pena verse. No deberíamos haber venido. Nunca

pensé que nadie se atreviera a mostrar al público como gran atracción toda esa colección de tonterías.

En aquel momento el Doctor Lao salía de la tienda de la medusa.

—¿Qué suceder? Ustedes siempre pensar que les están engañando. Yo no burlarme de nadie. Ustedes venir aquí a echar una mirada. Pues echan una mirada. Por Dios, yo no les obligo a nada. Pasen, deje de obligar a su familia a quedarse fuera. Aquí no engañar a nadie. Por Dios, es mi espectáculo.

Empujó al oficial de tráfico y a su mujer dentro de la tienda del huevo de roc y se fue a ocuparse de sus asuntos.

—Es el jefe del circo —explicó Ed, avergonzado, a su mujer—. Me temo que se ha enfadado por lo que he dicho acerca de que se trataba de una superchería. ¿Qué es eso que hay ahí?

—El cartel dice que es un huevo de roc —dijo Martha.

El huevo se alzaba como una luna delante de ellos. Las irregularidades de su cáscara eran tan grandes como pelotas de golf. Exudaban una fina secreción acuosa.

—Parece un huevo, de acuerdo —convino Ed—. Pero está clarísimo que ningún huevo puede ser tan grande.

—Bueno, pues éste lo es, ¿no, papá? —preguntó Howard.

—Así parece, hijo; así parece.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Quedarnos aquí mirándolo nada más? —preguntó Ed júnior.

—No seas impaciente, cariño —dijo mamá.

—Te diré lo que es eso —dijo el oficial de tráfico—. No es un huevo. Está hecho de hormigón o de algo por el estilo, y no es más que una farsa. No puede haber un huevo tan grande.

—Pues éste lo parece, papá —dijo Howard.

—Vamos, Howard —le previno mamá.

—¿Qué es toda esa agua que corre por ahí? —preguntó Ed junior.

—Oh, muchas veces el hormigón suda cuando la temperatura es muy caliente, si no es de buena calidad —dijo el papá—. ¿Ves? Es poroso y acumula agua en las noches frías. Luego, cuando hace un calor como el de esta tarde, el agua sale fuera. Lo llaman acción capilar.

—Eh, papá, tú lo sabes todo, ¿verdad? —dijo Howard.

—Bueno, sé diferenciar un trozo de hormigón de un huevo cuando lo veo —admitió el oficial de tráfico.

Entonces el huevo comenzó a emitir sonidos crujientes. Pareció moverse un poquito, mientras de su vértice procedían sonidos como si alguien golpeara la cáscara.

—Es el calor que lo hace dilatarse —explicó el papá.

El golpeteo se hizo más fuerte y lo acompañaba un irritante crujido. El huevo se movió y rodó un poco.

—Retroceded un poco —dijo el papá—. Parece como si eso fuera a darse la vuelta.

Un sonido de algo que se desgarraba vino de la parte superior del huevo y un trozo de cáscara cayó a sus pies. Un pico amarillo del tamaño de la reja de un arado salió fuera del huevo.

—Dios mío, está abriéndose la cáscara —dijo la mamá.

—Todo el mundo atrás —ordenó el papá.

La parte superior del huevo crujió y se rajó, del agujero salió la temblorosa cabeza de una cría de roc que les miró. Su piel grisácea estaba adornada por feos y enormes cañones y el amarillo de las comisuras de su pico era tan amarillo como la mantequilla. Entonces el huevo se abrió en dos y el polluelo de roc se quedó llorando sobre un pequeño trozo de cascara. Abría la boca demostrando tener un hambre terrible.

—Vamos, salgamos de aquí —dijo el oficial de tráfico.

—No era hormigón, ¿verdad, papá? —preguntó Howard.

—Por favor, Howard, ahora no te pongas a hacer más preguntas —dijo la mamá.

Papá dijo:

—Vámonos a casa, Martha, no me gusta este lugar.

—Muy bien —convino Martha, sonriendo.

En la curva cercana al borde de los terrenos del circo, un gran furgón les impedía sacar su coche. Unos cuantos hombres de aspecto rudo estaban introduciendo una gran masa de piedra en el interior del furgón. El oficial de tráfico reconoció al hombre que estaba junto al furgón y le llamó:

—¡Eh, Luther! ¿Qué es lo que has hecho, comprar una estatua en el circo?

Luther le miró entristecido.

—Esto no es una estatua —dijo—. Es Kate.

—Dotado de la fragancia de las praderas, del césped y de los lugares plenos de zarzas, el perro de los bosques es un elemento único en el misterioso léxico de la vida. La mayor parte de las otras curiosidades del circo, siento decirlo, poseen algo de maldad o de histeria, pero no sucede así con este magnífico perro. Es tan dulce como el heno recién cortado que todavía guarda capullos de flores silvestres en él. Es tan soleado como las mañanas que tanto adoran sus padres los prados. Es una magnífica bestia, si se le puede llamar así. Aunque me refiero a él en género masculino, tal designación es muy equívoca. Porque, de hecho, este perro tiene sexo en la misma medida en que lo tiene un nenúfar. Es el único de su especie en todo el mundo; ni se aparea ni engendra; ni pare ni cría. Este perro no es más masculino que un rábano ni más femenino que una berza, es menos carnal que una azucena y tan poco sensual como un rosal.

»Lo encontramos en el norte de China, en la zona de los canales donde se cultivan los campos de arroz y donde crecen las hierbas. Durante mucho tiempo esa zona no había sido más que un trozo de tierra polvorienta sin rastro alguno de verdor. Luego se construyeron los canales, llegó allí el agua y sobre su seca piel comenzaron a crecer cosas verdes. Todo lo que parecía muerto renació a la vida. Lo que había parecido estéril brilló de fertilidad. Y como un símbolo de todo aquel conjunto de fecundidad exuberante, las hierbas y las praderas, las flores y los matorrales dieron un poco de sí mismos y crearon este perro, cosa auténticamente única en los anales de la horticultura.

»La primera vez lo vimos jugando entre los matorrales, saltando, brincando, mordiendo manzanas, haciendo pequeños agujeros en el suelo y poniendo semillas dentro de ellos. Asustado por

nuestra presencia, comenzó a correr y desapareció con tanta rapidez por entre los matorrales que el ojo humano era incapaz de ver por dónde había ido. Su bello color verde nos atrajo poderosamente. En todo el mundo no habíamos visto nunca un perro tan maravilloso.

»De forma que lo capturamos. Nos miraba con sus extraños ojos, ojos que eran como vainas verdes de semillas. Era muy dócil. Su cola de helechos se movía ligeramente. De su boca salía clorofila. En torno a su cuello se enroscaba una fina culebra de hierba, y sus orejas en forma de hojas albergaban verdes insectos y pequeñísimos grillos negros.

«Estaba quieto frente a nosotros, mirándonos. ¡Qué apasionante fue nuestra primera visión de aquella gloriosa cabeza verde! Estaba entre las frescas hierbas; sus madres hierba, las hierbas que él adoraba. Con sus finísimos dedos verdes le acariciaban y parecían querer protegerle de nosotros. Intentaban absorber su verdor con el de ellas, esconderle, protegerle; era su hijo. Les aseguro que nada en el mundo me ha impresionado tanto como la primera visión de ese perro vegetal, y eso que he amado y estudiado a los animales durante más de cien años. En aquella ocasión dije: “He aquí la obra maestra de toda la vida; ante nosotros está este soberbio cuerpo viviente que no es ni planta ni animal, sino un perfecto equilibrio entre ambos. Aquí tenemos una masa de células vivas tan completa en sí misma que ni siquiera exige su reproducción, satisfecho de saber que, aunque reprodujera su forma mil veces nunca superaría su forma actual ni superaría los cambios en su evolución que esas mil generaciones pudieran aportar a su victoriosa completitud”.

»Lo más inmaculado de todo era su concepción entre las hierbas y los humildes prados, a las que todos maltratan, devoran y destruyen. Pero permanecen, y son bellos y no albergan ningún rencor. Pero una vez descendió sobre ellos una gran pasión, una pasión pura que nunca fue claramente comprendida; había implicadas cosas que no eran las hierbas de los prados. Y de esa extraña pasión de las plantas fue concebido y nació este perro floral.

»Me quedé maravillado, porque siempre he creído que la belleza era un logro del sexo. La vida canta una canción de sexo. El sexo es el grito de la vida, la danza de la vida. Criar, criar, criar. Llenar y volver a llenar las entrañas del mundo. Tumescencia y eyaculación. Echar esporas, semillas, huevos. Nacimientos. Esterilidad y muerte.

Eso creía yo que era la vida, y que ésos eran los medios con los

cuales al cabo de infinitos siglos de confusiones y errores, podía producir el ser vivo perfecto.

»Pero ahí estaba ese perro, que no era producto de ninguna selección ni de ningún error, al que le faltaba el deseo y que no llevaba dentro de sí miedos e instintos ancestrales.

»Y me pregunté si no sería ese perro de las praderas el apogeo de todas las cosas que la vida había prometido siempre. Porque en él se conjuntaban belleza, gentileza y gracia; sólo que le faltaba la ferocidad, el sexo y la astucia.

»Y me pregunté: "¿Se tratará de un indicio de la finalidad de la vida?".

El Doctor Lao introdujo su mano en la jaula y acarició la cabeza del perro. El animal suspiró produciendo un sonido similar al que hace el viento al agitar las hojas.

—¿De qué diablos está hablando el chino? —preguntó el inspector Número Uno.

—Que me maten si lo sé —dijo el inspector Número Dos—. Vayamos a ver la sirena. Ese maldito perro me parece una superchería.

Se movía en su tanque de agua salada, mientras su cola de pez formaba burbujas que ascendían por su cuerpo y jugaban con sus senos. Tenía pequeños jirones de espuma marina prendidos en el pelo. Su cola verde mar, llena de escamas, se arqueaba en el agua, y la aleta que en forma de abanico ponía fin a la cola era rosada como la de una trucha. Cantaba una cancioncilla acerca de las lejanas olas de donde la habían traído, y el pez dorado que nadaba junto a ella en el tanque aguzaba sus terminaciones nerviosas para escuchar. La sirena sonrió a los pequeños pececillos rojos, acariciándolos con sus delgadas manos. Ellos se acercaron a ella y se agitaron sobre su espalda y se pusieron a nadar entre sus cabellos. Era graciosa como un pez y hermosa como una muchacha, aunque más extraña que ambos. Y los dos inspectores quedaron impresionados porque no llevaba traje de baño.

—La encontramos en el golfo de Pei-Chihli —dijo el Doctor Lao —. La encontramos entre sus aguas marrones y fangosas. Las aguas eran marrones y fangosas porque en tierra firme había llovido y los ríos arrastraron el barro hasta el mar. Después de encontrarla a ella vimos a la serpiente de mar y la capturamos también. Fue un día muy afortunado. Pero me temo que a veces ella suspira recordando el gran

océano gris. No me gusta en absoluto tenerla encerrada en este tanque, pero no sé en qué otro sitio ponerla. Creo que algún día, cuando nos encontremos presentando nuestro espectáculo en la costa, la dejaré libre. Sí, la llevaré junto al mar y cuando no nos vea nadie la soltaré. La llevaré en brazos hasta el agua y la depositaré en ella ciudadosamente para que pueda irse nadando. Y yo me quedaré allí, como un viejo loco, con el agua hasta la cintura, añorando la belleza que he podido ver y tocar, pero que jamás llegué a comprender completamente; y si alguien me ve allí, con el agua hasta la cintura, seguramente pensará que estoy loco. Pero ¿se imaginan si después de nadar un poco se vuelve y me hace un gesto con la mano? ¿Se imaginan si me envía un beso? ¡Oh, Dios mío, si la hubiera visto cuando era joven! La contemplación de su belleza hubiera podido hacer que cambiara toda mi vida. La belleza puede lograrlo, ¿no es cierto?

»Sí, creo que la llevaré al mar y la liberaré. Y me quedaré allí, viendo cómo se aleja nadando. Pero me sorprendería mucho si se volviera y me dijera adiós con la mano.

¿Cree usted que lo hará, señor?

—Uh, no podría decirle —contestó el inspector Número Dos.

—¿Con qué la alimenta, Doc? —pregunto el inspector Número Uno.

—Con alimentos marinos —respondió el doctor—. Vayamos a ver a la esfinge.

Una cosa con cara de mujer y nariz roma miró a los dos inspectores mientras seguían al chino al interior de la tienda. Su cola leonina se movía lentamente ahuyentando las moscas.

—Usted sólo trae aquí a la gente más extraña, Doctor Lao —se quejó la esfinge.

—Todo sea por el negocio —dijo el doctor.

—¡Dios mío! ¿Puede hablar? —preguntó un inspector.

—Claro —dijo el doctor, mientras la esfinge los miraba con aburrimiento.

—¿Qué es, una esfinge macho o una esfinge hembra? —preguntó el otro inspector.

El Doctor Lao quedó desconcertado.

—Salgamos fuera y se lo diré.

Fuera de la tienda les dijo en secreto:

—Hubiera deseado que no preguntaran eso delante de la esfinge. Porque, ¿saben? no es ni mujer ni hombre. Es las dos cosas.

—Oh, ¿y cómo puede ser eso? —dijo el primer inspector.

—¿Nunca han oído hablar de eso, caballeros? Realmente, estoy sorprendido. Hace mucho tiempo que un hombre llamado Winkelmann lo descubrió mirando detenidamente a las pequeñas esfinges africanas. Son realmente machos y hembras al mismo tiempo. Y eso se llama ser bisexual.

—Bueno —dijo el inspector Número Dos—. Volvamos a echarle a eso una ojeada, Al.

Frank Tull, el abogado, telefoneó a su mujer un poco después de las dos desde su despacho y le preguntó si deseaba ir al circo.

—No —contestó ella—, pero te aconsejo que vayas y le eches de nuevo una ojeada detenida a ese hombre del que tú pensaste que era un oso. Tal vez te des cuenta luego de lo fácil que es que la gente vea una cosa y luego jure que ha visto algo totalmente diferente cuando están en el banquillo de los testigos.

—Oh, querida —dijo Frank—, ¿por qué diablos te empeñas en ser tan desagradable? Pensé que ya habrías olvidado todo eso. Te dije que era un hombre, ¿verdad?

—Sí, pero lo hiciste sólo para contentarme. Y si hay algo que odio es precisamente que me hagan eso, especialmente cuando tengo razón.

—Bueno, pues te propongo una cosa, querida: vienes conmigo al circo y juntos le echamos de nuevo una mirada; y el que esté equivocado de los dos le pedirá disculpas al otro. ¿Te parece?

—¡Por Dios, Frank, sé perfectamente que se trata de un hombre! No veo la necesidad de ir a ese caluroso circo sólo para convencerme de algo que ya sé. Ve tú si quieres; será divertido cuando vuelvas a casa y tengas que pedirme excusas por tratarme como lo hiciste esta mañana.

—No eres nada razonable, querida.

—Por el contrario, me considero como la encarnación de la razonabilidad, teniendo en cuenta la forma en que te mofaste de mí y todas aquellas horribles cosas que me dijiste acerca de mi necesidad de utilizar gafas. Si hubiera actuado de acuerdo con los impulsos que nacían de mi indignación, había hecho una escena que hubiera acabado en divorcio ante los tribunales.

—Escucha, querida, ¿estás todavía dolorida por lo de la parada o es que quieres molestarme?

—No, Frank, no estoy dolorida. Ni tampoco quiero molestarte.

—Bueno, pues entonces me gustaría que cambiaras de opinión y vinieras conmigo.

—No, Frank, de verdad; no tengo ganas de ir. Ve tú y diviértete, cariño.

—Bueno… hasta luego.

—Hasta luego.

Así pues, Frank le dijo a su secretaria que si le llamaba algún cliente le dijera que volvería en media hora. Salió, subió a su coche y se dirigió por Main Street hacia los terrenos del circo.

El abogado Frank Tull era un hombre que tenía muchas partes artificiales. Los dientes le habían sido hechos especialmente para él y se los había adaptado a su mandíbula un cirujano mediante una intervención quirúrgica. Sus ojos, débiles y estrábicos, veían el mundo a través de lentes bifocales tan distorsionadas que sólo a través de ellas podía ser corregida la propia distorsión de sus ojos para percibir las cosas con corrección. Tenía una placa de plata en el cráneo que cubría un agujero que le habían practicado al extraerle un tumor cerebral. Una de sus piernas era de metal y fibra; ocupaba el lugar de aquella otra de carne y hueso que le había dado su madre cuando nació. En su vientre llevaba un aparato que contenía su hernia e impedía que se le salieran los intestinos. Un suspensor impedía que su escroto se columpiara indebidamente. En su brazo izquierdo tenía un cable de platino en lugar del húmero. Una semana sí y otra no iba a la clínica a que le inyectaran salvarsán o mercurio, según lo que le hubieran administrado en la ocasión anterior para prevenir que la spirochaeta pállida ejerciera un poder excesivo sobre su alma. De vez en cuando le aplicaban masajes de próstata y se sometía a profundas

irrigaciones para rectificar otro fallo crónico en su maquinaria. Más esporádicamente, y para mantener el bueno en correcto funcionamiento, se hacía hinchar su pulmón averiado con gas. En una oreja llevaba un aparato para poder captar mejor los sonidos ordinarios. En el zapato de su pie bueno había una horma que impedía que se volviera plano. Un peluquín cubría la placa de plata de su cráneo. Le habían extirpado las amígdalas y el apéndice, le habían sacado piedras del riñón y un cáncer de la nariz. Le habían quitado las hemorroides y le habían sacado agua de la rodilla. A veces le tenían que aplicar enemas y otras abrir un agujero en la garganta para que pudiera respirar cuando se le congestionaban los agujeros de la nariz. Llevaba la cabeza erguida gracias a una argolla de acero, porque se le había roto el cuello. Como miembro de la más fina especie que la vida hubiera producido jamás, no podía truncar una vida de las plantas del campo ni rivalizar con los animales. Como miembro de la sociedad en la que había nacido, era respetado y se cuidaba de que siguiera viviendo, y sobrevivía, sin duda, porque estaba adaptado a ella. Era marido, pero no padre; esposo, pero no amante.

Cuando cien años después de su muerte abrieran su ataúd, todo lo que encontrarían sería cables y metal.

Aparcó el coche, salió y se dirigió caminando hacia el circo.

La quimera estaba durmiendo sobre un montón de arcilla fresca, y tosía mientras dormía; y el hedor de su eructo asfixiaba a los mosquitos que revoloteaban sobre su cabeza. Diminutos habitantes muertos de los estratos más bajos del aire caían como pequeñas motas de polvo sin que ningún réquiem les acompañase en su caída. La quimera durmiente pataleó, siguiendo los dictados de algún sueño de acción; y las grandes uñas de sus garras arañaban la arcilla sobre la que dormía. Sus alas de águila estaban semidesplegadas, en forma de abanico, y de vez en cuando, de improviso, se plegaban. Su cola de dragón se movía reptante como una serpiente, y la púa de metal en la que terminaba hacía pequeños agujeros en la arcilla. Tenía las barbas chamuscadas allí donde las había alcanzado su aliento de fuego. Algunas de las escamas de la cola estaban gangrenadas y se desprendían mostrando la colonia de parásitos que pululaban debajo de ellas. Estaba mudando la piel y le colgaban grandes trozos por el cuerpo, sobre los que cabalgaban buena cantidad de garrapatas. Efundía un repugnante olor a visón, dulzón, desagradable y penetrante.

Frank Tull, el abogado, se quedó mirando a la quimera y se horrorizó al comprobar que no se trataba de ningún engaño.

—¡Dios mío! —dijo uno de los inspectores—. Nunca imaginé que existiera un animal así.

La quimera lanzó un fuerte ronquido. De su nariz salieron chispas, hollín, humo y fuego.

—Por eso tenemos que acomodarla sobre arcilla —dijo el Doctor Lao—. Si le permitiéramos dormir sobre heno lo quemaría en pocos segundos. ¿Saben cómo consigue esa respiración de fuego? Es sencillo de comprender cuando se conoce su metabolismo. La quimera, lo mismo que el habitante de Arizona, el monstruo Gila, no poseen sistema de eliminación en el sentido en que lo tienen los demás animales. En vez de evacuar los excrementos a través del intestino, los quema en su interior y exhala humo y cenizas. Sí, una quimera es una auténtica planta incineradora. Un animal muy poco corriente.

—¿Por qué dice usted que los monstruos Gila no poseen sistema de eliminación? —preguntó el señor Etaoin.

—Bueno, eso es lo que sostiene toda la gente de por aquí —dijo el doctor—. Mucha gente me ha dicho eso. Parece que es así como el monstruo obtiene su veneno: no expulsa sus excrementos sino que los concentra, los intensifica, los pudre y los mezcla con su saliva, de forma que cuando muerde a alguien con sus enormes colmillos lo envenena. Creo que es una interesante teoría. Y prefiero esta explicación a aquélla más racional de los atributos venenosos del Heloderma.

—Bueno, ¿y dónde atraparon a esta simerra, doctor? —quiso saber un campesino.

—Oh, la capturamos hace años en Asia Menor. Las quimeras tienen una debilidad: están enamoradas de la luna. Así pues, cogimos un espejo y lo colocamos en la cima de una montaña en donde quedaba reflejada la luna; este enamorado lunar pensó que aquella brillante bola de plata era la luna y que al fin la podría alcanzar. Entonces descendió gritando de los cielos, se estrelló contra el espejo y nosotros saltamos y le echamos sobre las espaldas una cadena dorada. ¡Y así la capturamos!

—¡Oh, Doctor Lao! —exclamó una mujer reportero del Abalone Tribune—. ¡Espero que algún día me conceda una entrevista y me cuente todas sus maravillosas aventuras!

—Constituirían unos buenos titulares para una ciudad tan

palurda como ésta —afirmó el Doctor Lao.

Un anciano de aspecto adinerado, vestido con pantalones de golf, camisa y calcetines de sport, golpeó a la quimera con su bastón. El monstruo, moviendo la cola como si fuera un caballo espantando a las mocas, arrebató el bastón de la mano del anciano y a él le arrojó al suelo con su punta de metal.

—No haga tonterías con ese animal, señor —le previno el Doctor Lao.

—¿Cómo lo alimentan? —preguntó alguien.

—Con serpientes de cascabel —contestó el doctor.

—Hay muchas por Abalone —dijo uno de los inspectores—. La primavera pasada maté una enorme cerca de Beeswax.

—Usted debe de estar confundido, amigo —le dijo el Doctor Lao—. Los reptiles de estos alrededores no alcanzan nunca un gran tamaño.

—Bueno, pues por Dios que yo maté una enorme —aseguró el inspector.

—Lo que no puedo entender —dijo el viejo de los pantalones de golf— es cómo puede combinar un animal los atributos de un lagarto, de un águila y de un león, como le sucede a la quimera, y tenerlos tan perfectamente unidos. En realidad, no puedo decir dónde acaba el león y dónde comienza el lagarto; todos están unidos en un perfecto equilibrio. ¿Qué tipo de lagarto diría usted que está incorporado en el monstruo, doctor? ¿Puede ser uno de esos de la América Central que llaman iguanas?

—Mí no sabe de qué lagarto habla —dijo el viejo chino.

—Puede que sea la bestia del Apocalipsis —señaló el abogado Frank Tull, que sentía que debía decir algo y no permanecer callado como un idiota.

—Nada de eso —replicó el viejo de los pantalones de golf—. Todos sabemos que nunca ha existido tal cosa. No son más que tonterías bíblicas, si me permite decirlo, mi querido señor. Tonterías bíblicas. Puras tonterías bíblicas. Sí, señor, tonterías bíblicas. Se encuentran a montones en ese viejo libro.

—Bueno, mi papá afirma que la Biblia es un libro magnífico —dijo una chica.

—La quimera —dijo el Doctor Lao— vuela alto con sus incansables alas; tan alto que rara vez ha podido verla ningún mortal. Hace muchos años, en las campañas de Asia Menor del gran Iskander, uno de los capitanes macedonios mató a una quimera con su arco. Se la llevó al museo de Alejandría y allí la hizo disecar por algún olvidado taxidermista egipcio para preservarla para la posteridad. Años después, un monje del Tíbet la vio en el museo, y al volver a su lamaserio hizo una estatua con su figura en porcelana y la colocó a modo de decoración en un patio. Un chino que procedía de la capital del norte, vio la extraña figura y tomó las medidas de sus proporciones. Al regresar a su casa, modeló otra estatua en bronce y se la presentó a Kublai, el gran *khan* de todos los mongoles. Luego, cuando Kublai tuvo construida su muralla tártara en torno a la capital del norte, ordenó que se construyera una torre astronómica. En la torre fueron colocados diversos instrumentos para observar las estrellas. Y como elemento decorativo, Kublai mandó grabar en esos instrumentos la figura de la quimera. Y así se hizo. Hoy todavía podemos ver quimeras en bronce enroscadas en torno a globos celestiales y sujetando entre sus garras instrumentos de medición.

«Otros reyes chinos que fueron allí vieron esas quimeras, quedaron maravillados, no comprendieron su significado y regresaron pensando que debían de ser una especie de símbolo del poder del Gran Khan. Después, algunas princesas chinas comenzaron a utilizar la quimera como motivo de decoración. Por aquel tiempo, el equívoco nombre del dragón fue elegido para designar el emblema real, y erróneamente, por supuesto, se tomó al dragón como símbolo de ferocidad. Pero la quimera de Kublai era un animal benévolo, patrón de las artes de la contemplación y el estudio, y se hubiera sorprendido muchísimo de haberse visto después, grabada en una bandera, ir a la guerra.

»Más tarde, cuando otros reyes menores suplantaron a Kublai, uno de ellos decidió que su dragón particular tendría cinco dedos, en tanto que los de los demás reyes podrían tener tres, cuatro o incluso seis, pero no cinco. Un rey rival desobedeció este edicto, y estalló la guerra. He olvidado cómo acabó. Observarán, sin embargo, que mi quimera tiene cuatro dedos en sus pies delanteros y tres en los de atrás, de modo que aquel dogmático rey, si creía en la autenticidad de sus afirmaciones, estaba muy equivocado.

Nunca pensé en contar los dedos de las quimeras de Kublai en

Pekín, de modo que no sé si los antiguos escultores eran bastante observadores.

—¿Pueden engendrar las quimeras en cautividad? —preguntó el abogado.

—Oh, seguro —dijo el doctor—. Pueden hacerlo en cualquier momento. Esta que ven aquí está intentando siempre alcanzar a la esfinge.

—Bueno, no es eso exactamente lo que yo le preguntaba, aunque, por supuesto, resulta interesante saberlo. Me refería a si pueden reproducirse.

—¿Y cómo iban a poder si son todos machos?

—¿Qué? ¿No hay quimeras hembra?

—Ni una sola, y machos hay muy pocos, por la misma razón. Usted está contemplando un raro animal.

—Bueno, pues si no hay hembras, ¿de dónde vienen ellos?

—Este procede de Asia Menor, como acabo de decir hace un momento.

—¡Oh, demonios! Me refiero a cómo nacen.

—Su pregunta no se puede responder. Nadie conoce el más mínimo detalle del ciclo vital de la quimera.

—¿Y no podría suceder que la quimera hembra, como sucede con las hembras de algunas especies de insectos, tuviera un aspecto totalmente diferente al del macho y que por ese motivo no haya podido ser identificada como tal por la ciencia? —preguntó el viejo de los pantalones de golf.

—La ciencia no reconoce ni siquiera la existencia de la quimera macho —dijo el Doctor Lao.

—¿Pero qué es la ciencia? —preguntó la muchacha.

—¿La ciencia? —respondió el doctor—. Bueno, la ciencia no es más que clasificación. La ciencia es ponerle una etiqueta a cada cosa.

La quimera se despertó, Tenía los ojos soñolientos y reflejos de sueños extraños bailaban aún por su mente. Levantando una pata

trasera comenzó a rascarse la panza y, al terminar, se puso a olfatear la uña con la que se había arrancado las garrapatas. El Doctor Lao tomó una cascabel de una amplia cesta y se la tendió a la quimera. La serpiente se enroscó, levantó la cabeza, comenzó a silbar, enseñó los colmillos y desafió al monstruo.

La quimera miró a la serpiente con la misma expresión que pone una mujer que está fregando el suelo antes de pisar una cucaracha. Luego levantó la cola muy alto sobre su espalda, como hacen los escorpiones, y echándose hacia atrás, como también hacen éstos, propinó a la serpiente un certero golpe en la cabeza con la punta de metal de su cola, como también hace el escorpión. La serpiente murió. La quimera la cogió con sus garras delanteras y, sentándose como un canguro, se la comió. Se la comió trocito a trocito, como un niño comiéndose una banana, y con la misma satisfacción. Una vez acabada su comida, el monstruo se volvió hacia el Doctor Lao y comenzó a soltar pequeños anillos de humo pidiéndole más comida.

—No, preciosidad; una serpiente al día es todo cuanto te conviene comer en un clima tan caluroso —dijo el viejo chino.

»Es absolutamente necesario —continuó, dirigiéndose a su auditorio— vigilar la dieta de nuestros animales aquí en Arizona. Supongo que es debido a la falta de humedad o algo similar. Aunque puede muy bien tratarse sólo del polvo. En fin, sea por lo que fuere, si los sobrealimentamos cogen invariablemente un cólico o, lo que es peor, lombrices. Claro está que esta quimera, con su peculiar sistema de incineración interior, quema estos gusanos en cuanto se ve atacada por ellos. Pero pongamos el ejemplo de la esfinge. Es una tarea homérica quitarle los gusanos. Los vermífugos normales no le hacen nada. Ha de tomar un purgante muy poderoso en dosis prolongadas. La última vez que la curé de esta forma expulsó los gusanos más extraños que había visto en mi vida. Eran como unos enormes tallarines. Y ahora, cada vez que veo tallarines me acuerdo de los gusanos y cada vez que veo gusanos me acuerdo de los tallarines. Es profundamente incómodo.

—Además, los tallarines son el plato favorito de los chinos, ¿verdad? —dijo el viejo de los pantalones de golf.

—Prefiero aletas de tiburón —dijo el Doctor Lao.

La viuda Howard T. Cassan llegó al circo con su ligero vestido marrón y sus zapatos de tacón bajo y se dirigió directamente a la

tienda del futurólogo. Pagó la entrada y se sentó a escuchar su futuro. Apolonio le advirtió que no le iba a gustar.

—No será así si me dice la verdad —replicó la señora Cassan—. Deseo saber en particular cuándo va a encontrarse petróleo en los veinte acres que tengo en Nuevo México.

—Nunca —dijo el adivinador.

—Bueno, entonces, ¿cuándo me casaré de nuevo?

—Nunca —dijo el adivinador.

—Muy bien. ¿Qué tipo de hombre será el próximo que entre en mi vida?

—Ya no habrá más hombres en su vida —dijo el adivinador.

—Bueno, y entonces, ¿de qué me va a servir la vida si no voy a ser rica, ni voy a casarme ni habrá ya ningún hombre en mi vida?

—No lo sé —confesó el profeta—. Yo me limito a leer futuros, no a evaluarlos.

—Bueno, ya le he pagado. Léame el futuro.

—Mañana será como hoy, y pasado mañana será como anteayer —dijo Apolonio—. Veo que los días que le quedan serán tranquilos, tediosos, una mera colección de horas. No viajará a ninguna parte. No pensará nuevos pensamientos. No experimentará nuevas pasiones. Se irá haciendo más vieja, pero no más sabia. Más rígida, pero no más digna. No tiene hijos, y sin hijos seguirá. De aquella ligereza que disfrutó en su juventud, de aquella extraña sencillez con la que una vez atrajo a unos cuantos hombres, ya nada queda y tampoco la recuperará nunca más. La gente que hable con usted o que la visite lo hará por pura piedad, no porque usted tenga nada que ofrecerles. ¿Ha visto alguna vez cómo se va volviendo marrón, cómo va muriendo una vieja mazorca, sin empero caer de la caña, mientras los pájaros revolotean sobre ella sin prestarle atención? Eso es usted. No puedo ver su lugar en la economía de la vida. Una cosa viva puede crear o destruir, según su capacidad y capricho, pero usted no hace ni una cosa ni otra. Usted vive de sueños, soñando con cosas bonitas que desearía le hubieran sucedido, pero que nunca le sucedieron; y se pregunta vagamente por qué las jóvenes vidas que la rodean y a las que de vez en cuando reprende por algún error imaginario nunca la escuchan y parecen huir cuando usted se

aproxima. Cuando muera será enterrada y olvidada, y eso es todo. Los amortajadores pueden encerrarla en una caja a prueba de gusanos y así sellar para toda la eternidad la arcilla de su inutilidad. Y en cuanto a todo el bien o el mal, toda la creación o destrucción que pueda haber realizado en vida, puede que sea como si nunca hubiera vivido. No puedo ver ninguna finalidad en una vida como ésa. Lo único que puedo ver es un vulgar, inútil vacío.

—Creía que usted no evaluaba las vidas —le espetó la señora Cassan.

—No estoy haciendo evaluaciones; sólo me asombro. Ahora usted está soñando con una fuente de petróleo en los treinta acres de tierra que posee en Nuevo México. Allí no hay petróleo. Sueña con un hombre hermoso, alto, moreno que venga a cortejarla. No vendrá ningún hombre moreno, alto ni de ninguna otra forma. Y sigue soñando pese a todo lo que le digo; soñando horas y horas, cosiendo, balanceándose, cotilleando y soñando; y mientras tanto el mundo sigue girando, girando, girando. Nacen niños, crecen, realizan cosas, enferman y mueren; y usted, mientras tanto, adormeciéndose, cosiendo, cotilleando. Y usted posee una voz en el Gobierno, y mucha gente votando de la misma forma que usted lo hace podría cambiar la faz del mundo. Hay algo terrible en ese pensamiento. Pero su opinión individual acerca de cualquier tema no tiene en absoluto ningún valor. No, no puedo comprender la razón de su existencia.

—No le he pagado para eso. Limítese a decirme mi futuro y déjese de esas cosas.

—¡Le he estado diciendo su futuro! ¿No me ha escuchado? ¿Desea acaso saber cuántas veces va a comer todavía lechuga o huevos cocidos? ¿Desea que le enumere cuántas veces va a gritarle buenos días a su vecina al otro lado del jardín? ¿Debo decirle cuántas veces comprará aún medias, irá a la iglesia o asistirá a una sesión de cine? ¿Tendré, acaso, que hacerle una lista en la que estén reseñados cuántos litros de agua va a hervir en el futuro para preparar el té? ¿O cuántos juegos ganará al *bridge*, o cuántas veces sonará el teléfono en los años que le quedan de vida? ¿Voy a tener que decirle cuántas veces se aburrirá a causa del tiempo, porque llueva o no llueva, según fueran sus previsiones? ¿Debo computar los kilos de centavos que se gastará yendo a comprar en las rebajas? ¿Desea saber todo eso? Porque ése es su futuro, hacer todas esas cosas sin importancia que ha estado haciendo durante los últimos cincuenta y ocho años. Se enfrenta a una repetición de su pasado, a una recapitulación de los dígitos de la sumadora de sus días. Puede que sólo haya que exceptuar

un número brillante: hubo amor de algún tipo en su pasado; pero no hay ninguno en su futuro.

—Bueno, tengo que confesar que usted es el adivinador más extraño de cuantos he conocido.

—Mi desgracia es poder decir sólo la verdad.

—¿Estuvo alguna vez enamorado?

—Claro, ¿por qué lo pregunta?

—Existe una extraña fascinación en su brutal franqueza. Me imagino a una muchacha, o mejor a una mujer experimentada, arrojándose a sus pies.

—Era una muchacha, pero nunca se arrojó a mis pies. Fui yo quien se arrojó a los suyos.

—¿Y ella qué hizo?

—Se echó a reír.

—¿Eso le hirió?

—Sí. Pero ya nada me ha herido demasiado desde entonces.

—¡Lo sabía! Un hombre con su terrible forma de ser tenía que haber sido herido en alguna ocasión por una mujer. Las mujeres pueden hacer eso, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¡Pobre, pobre hombre! No es usted mucho más viejo que yo, ¿verdad? Y también ha sido herido. ¿Por qué no podemos ser amigos, o tal vez más que amigos, y juntos curar las heridas de nuestras vidas? Creo que puedo comprenderle, darle ánimos, cuidar de usted.

—Señora, tengo cerca de dos mil años y durante todo este tiempo he sido un solterón. Es demasiado tarde para empezar de nuevo.

—¡Oh, ha sido usted tan deliciosamente tonto! ¡Adoro las conversaciones humorísticas! Usted y yo formaríamos una pareja espléndida; ¡estoy segura de ello!

—Yo no. Le dije que no habría más hombres en su vida. Por

favor, no trate de hacerme tragar mis propias palabras. La consulta ha acabado. Buenas tardes.

Ella estuvo a punto de decir algo más, pero ya no había nada que decir. Apolonio se había desvanecido con esa rapidez que sólo consiguen los magos más expertos. La señora Cassan salió al sol cegador. Allí se encontró a Luther y a Kate. Fue precisamente diez minutos antes de la petrificación de Kate.

—Oh, querida —le dijo la señora Cassan a Kate—. Ese adivinador es el hombre más magnético que he conocido en mi vida. Iré a visitarle de nuevo esta noche.

—¿Qué dijo acerca del petróleo? —preguntó Luther.

—Oh, me animó mucho —respondió la señora Cassan.

Influidos por el alcohol como jamás lo habían estado por la Asociación Cristiana de Jóvenes, los dos estudiantes del Este, Slick Bromiezchski y Paul Conrad Cordón, aparecieron en los terrenos del circo.

Cuando los vio el Doctor Lao se dirigió apresuradamente hacia ellos.

—Malditos estudiantes, ¿cómo venir así al circo? —les espetó —. No tener nada que hacer aquí. ¡Marchad al infierno! ¡Éste es mi espectáculo!

Se echaron a reír ante la cólera del viejecito, y le amenazaron con mandarle a los japoneses si no desaparecía de su vista. Apelaron a las leyes, le dijeron que no podía echar a nadie que hubiera pagado por ver el circo. Le advirtieron que dejara de intentar ser un Barnum y que fuera a lavarse los olores de su camisa; a continuación siguieron su camino hacia el espectáculo reservado sólo para hombres y se olvidaron de él.

El espectáculo se desarrollaba en una pequeña tienda. Tenía una cortina con agujeros a diversos niveles para acomodarse a los ojos de los hombres según su estatura. A través de uno de los agujeros estaba mirando un viejo con pantalones de golf; por otro, un inspector intentaba adaptar sus ojos a la abertura; el resto de los agujeros estaban vacíos. Los estudiantes seleccionaron un agujero cada uno y comenzaron a mirar.

En torno a una vieja cabaña de paja bailaban tres sacerdotes

negros. Sobre ellos, un símbolo de masculinidad. Se trataba de una danza de la lluvia y una llovizna acompañaba sus movimientos. Se quitaron sus faldillas de hierbas y comenzaron a bailar desnudos, mientras su negra piel brillaba por efecto de la lluvia.

Entonces salieron cinco doncellas de la cabaña, cinco doncellas negras esbeltas, virginales y exquisitas. Los sacerdotes se dirigieron hacia ellas y las desnudaron y se fueron bailando; el redoble de tambores aumentó bajo la lluvia. Las jóvenes negras bailaban junto a los sacerdotes, saltando como si el suelo les mordiera los pies. Cuerpos negros bañados en una humedad gris.

Los tambores sonaban cada vez más y los sacerdotes bailaban más enloquecidos; pero incluso más ardorosas que éstos, las muchachas arrancaban largos mimbres de los árboles y comenzaron a azotar la negra piel de los sacerdotes, que quedó marcada con rayas de color rosado en las espaldas y los vientres; y el redoble de los tambores aumentaba y aumentaba a través de la fina lluvia, y los sacerdotes gritaban y se agitaban por el dolor ardiente de los latigazos de las doncellas.

El gran símbolo se movió y tembló. Las gotitas grises de la lluvia se posaban como ceniza sobre las negras pieles; el viento reía y aullaba; la lluvia cesó; y entonces apareció Mumbo Jumbo golpeando un tamtam.

Mumbo Jumbo salió de un amorfo, suave y brillante arco iris; y las negras corifantes comenzaron a hacer reverencias, genuflexiones y multitud de signos de total obediencia. Él escupió por encima de sus divinos hombros.

Las muchachas le miraban, hacían rápidos movimientos y temblaban lascivamente. Mumbo Jumbo las examinó cuidadosamente, dándoles codazos, golpes y pellizcos. Y las estrujó, las manoseó y las mordió. Y las besó, y apretó sus narices, tiró de sus orejas, probó sus lenguas y olió sus alientos; y las muchachas se lo permitían todo y se acercaban entusiasmadas a él. Pero a él no le gustaban. Tomó una maza y con ella las golpeó, arrojándolas al barro. Y obligó a los sacerdotes a que se pusieran de pie y les gritó a la cara su disgusto.

Ellos se miraron y comenzaron a considerar algo entre sí. Uno de ellos se acercó al dios con pasos de danza de signo aplacador. Mumbo Jumbo le arrojó a un lado junto a las vírgenes.

Los demás sacerdotes se introdujeron en el templo de paja y

salieron después arrastrando una cruz con lo que parecía una joven de cabellos de un rubio nórdico. La arrojaron a los pies del dios y salieron corriendo. Él la desató de la cruz, la tomó por el pelo, y pasando por debajo del todavía brillante, amorfo y suave arco iris, desapareció en el bosque.

—¡Uau! —aulló Paul Conrad—. ¡Chico, cómo envidio a ese negrazo!

—¡Oh, cállese! —dijo el viejo de los pantalones de golf—. ¿Es que no pueden limitarse a mirar sin tener que andar alborotando? ¿Dónde diablos creen que están, en el campus?

—Bueno, si no le gusta nuestro estilo, abuelo, ya sabe lo que tiene que hacer —dijo Slick Bromiezchski.

—Por una vez ha dicho usted algo inteligente —replicó el viejo —. Voy a quejarme al director —y salió refunfuñando de la tienda.

—Imagínatelo quejándose al jefe de este equipo —dijo Paul con una carcajada.

—Sí, imagínatelo.

Y riéndose tranquilamente, los dos estudiantes volvieron a sus orificios.

Había unas ninfas tumbadas sobre unas rocas grises, jóvenes ninfas gordas, con unos estómagos como los de las lavanderas y unas caderas de caballo. En la orilla del mar había un fauno contemplándolas.

El fauno era rosado, blanco y joven, y tímido con la inocencia de la juventud, bello como un niño de un coro sin su vestimenta. Permanecía oculto entre los verdes matorrales mirando a aquellas jóvenes gruesas que sabían que él las estaba mirando. Y ellas se reían y hacían gestos obscenos, y el pequeño fauno abrió en dos las ramas de los matorrales para verlas mejor.

Había dos ninfas que bailaban mientras las otras se reían; y todas las ninfas miraban al fauno por el rabillo de los ojos y le veían temblar entre las hojas. Pero él únicamente miraba; no hubiera podido aproximarse más; entonces ellas comenzaron a llamarle y a animarle para que fuera a participar en sus juegos. Pero él movía negativamente la cabeza y permanecía donde estaba.

Las ninfas se abrieron de piernas y comenzaron a manosearse; y cada una esperaba que las demás se fueran para, una vez sola, poder ir con el fauno. Entonces él salió de entre los matorrales, permaneció un momento sobre la arena y luego saltó detrás de una roca, y luego a otra, y a otras, sin dejar de mirarlas. Ellas fingieron no prestarle atención y comenzaron a ponerse flores en el pelo, a tirarse arena las unas a las otras riéndose desenfrenadamente. Una de ellas le tiró una abeja a su hermana, la abeja picó, la hermana gritó y se puso furiosamente de pie; y las dos ninfas se pusieron a pelearse como lo hacen las niñas, llorando, arañándose, mordiéndose. Entretanto, las otras les arrojaban arena, se reían y las animaban a seguir zurrándose. Y el pequeño fauno se acercó un poco más.

Una de ellas tomó un racimo de uvas y avanzó hacia él, ofreciéndoselas. Arrastraba sus sucios pies por la seca arena, tenía los cabellos desaliñados y enredados y llevaba las piernas llenas de manchas y cardenales. Le tendía el racimo de uvas y le sonreía con su gruesa boca. Él sintió repulsión y retrocedió hacia el mar.

Había maldad en los ojos de la mujer cuando, arrojando las uvas, regresó con sus hermanas.

Sus hermanas se mofaron de ella, imitando sus movimientos. Encolerizada, tomó una piedra y se la tiró; todas se apartaron riendo. Pero por el rabillo del ojo miraban al fauno.

Luego, la más hermosa de todas, la más delgada, la más limpia, la más deseable, la más lozana, se separó de las otras y se dirigió al mar. Y sus hermanas, fingiendo no darse cuenta de lo que hacía, comenzaron a bailar y a cantar de nuevo, y de vez en cuando llamaban al fauno. Éste se sentó sobre sus talones y las miró inquieto; pero ya no quería acercarse a ellas.

Ellas le llamaban la atención agitando ramas verdes, y le tiraban pequeñas conchas, le llamaban por diversos nombres y le hacían gestos. Luego se tomaron de las manos y comenzaron a bailar en corro en torno a unos matorrales en flor.

La ninfa que se había separado del grupo caminaba a lo largo de la playa. Luego, oculta por unos matorrales, se dirigió de rodillas hasta el agua, entró y nadó hacia donde estaba el fauno. Al mismo tiempo, el círculo de ninfas se iba acercando a él también bailando. Al notarlo, él comenzó a temblar.

Ella salió del agua sin hacer ruido y se situó tras él. Las demás

cesaron en su danza y echaron a correr hacia el fauno. Él retrocedió de un salto, intentando alcanzar el mar, pero la ninfa hermosa estaba detrás y le cogió por las manos.

Y aquellas jóvenes gordas le encerraron en un círculo de carne, tocaron su blanca piel con sus lascivos dedos, y se lo fueron pasando de una a otra mientras le besaban con lujuria.

Él luchaba furiosamente, como un niño, contra aquella agresión y las golpeaba colérico, pero débilmente, como si tuviera miedo de hacerles daño; y había algo en su cara que no era cólera; y a veces, cuando sus manos caían sobre ellas, las ninfas podían notar que se trataba de una caricia, no de un golpe.

Entonces él cayó sobre la arena. Ellas se arrodillaron a su alrededor. En medio de aquel marasmo de manos y piernas mezcladas, las manos del fauno tropezaron con uno de los redondos senos de la ninfa hermosa.

—¡Chico! —exclamó Slick—. ¡Me pregunto qué palabra tendrán los griegos para designar eso!

Fuera de la tienda, la voz del viejo de los pantalones de golf decía quejosa:

—Están ahí, Doctor Lao. Medio borrachos y molestos. Si usted valora los sentimientos del resto de la gente que desean contemplar su espectáculo, tendrá que echarlos de los terrenos del circo.

—Yo ya verlos —dijo el doctor—. ¡Malditos estúpidos! ¡Eh, Lube, Lube!

—Vamos a tener pelea —dijo riendo Paul.

Dentro de la tienda, algo enorme, negro y peludo apareció, asió a los dos estudiantes y los sacó fuera. Los arrastró a lo largo de los terrenos del circo hasta la curva de Main Street. Y nadie pudo decir si se trataba de un hombre, de un oso o de un ruso; pero la discusión se desató de nuevo.

—Es el mejor trabajo que he visto en mi vida —le comentó el inspector al viejo de los pantalones de golf—. Volvamos al espectáculo. Tenía ciertas cosas interesantes.

El señor Etaoin contemplaba a la serpiente de mar, y la serpiente de mar contemplaba al señor Etaoin. El señor Etaoin

encendió un cigarrillo y de su boca salió un humo gris. La serpiente de mar sacó la lengua y la hizo vibrar; un largo nervio amarillo y desnudo, grande como la mano, la muñeca y el brazo de un hombre, muy sensitivo, de aspecto agradable, probaba los sonidos, sentía las vibraciones y era todo un símbolo de extraños sentidos, silencioso y secreto, que sugería el mal que impedía volver al Edén. Los ojos del señor Etaoin, rodeados de patas de gallo, miraban a la serpiente a través de los polvorientos cristales de sus ovaladas gafas. Los ojos de la serpiente, sin párpados y fijos, miraban al corrector de pruebas con pupilas de gato, negras elipses en un campo cobrizo. Los ojos del corrector de pruebas eran una cosa apagada y verdosa. Los de la serpiente, joyas sombrías, raras y preciosas.

Aburrida de su examen mutuo, la serpiente se izó lentamente en su enorme jaula, mientras su cuerpo y su cola seguían unas circunvoluciones que previamente había descrito la cabeza.

Con la cabeza erguida, examinó los intersticios de la trama de metal que la mantenía cautiva, esperando siempre encontrar una abertura para salir, superar los limitados confines de su mundo y buscar la libertad. Por ello examinaba una y mil veces aquellas barras que la mantenían prisionera.

El señor Etaoin se movió nerviosamente, sin dejar de mirar a la serpiente. Entonces ésta se dirigió a él, mientras su cola vibraba y golpeaba el suelo de madera de la jaula, arrancándole extrañas notas.

La serpiente: ¿Por qué te quedas ahí parado, mirándome? Tú y yo no tenemos nada en común, a excepción de nuestro mutuo odio.

Etaoin: Tú me fascinas. Pero ¿por qué haces zumbar de ese modo la cola, como si fueras una serpiente de cascabel?

La serpiente: ¿Y por qué no? Es mi más querido atavismo.

Etaoin: ¿Es posible que esa urgencia instintiva que me impele a buscar un árbol cuando me ladra un perro sea la misma que te hace a ti mover de ese modo la cola cuando estás alarmada?

La serpiente: No. Tu impulso es algo que nace del miedo. El mío nace del odio. Tu instinto es el de cobardía. El mío, de contraataque. Tú deseas huir. Yo luchar. Tú tienes miedo de tu propia sombra. Yo no tengo miedo de nada.

Etaoin: El mismo Dios que a ti te dio valor a mí me dio astucia.

La serpiente: Yo no hago tratos contigo.

Etaoin: Sin embargo, tú estás en una jaula y yo soy libre de pasearme alrededor.

La serpiente: Oh, tú también tienes tu jaula. Y experimentas sus barrotes con la misma frecuencia que yo los míos.

Etaoin: Apenas logro entenderte.

La serpiente: No puedo ser más explícita.

Etaoin: ¿Por qué te pasas todo el tiempo arrastrando la barbilla por el suelo?

La serpiente: ¿Por qué estás tú ahí de pie, como un tonto? Yo lo hago porque me gusta esa sensación; porque la fricción me proporciona un placer sensual; porque me pica la cara y el roce alivia la irritación. ¡Ja! ¿Tú crees que rascarse sirve contra el picor? ¿No he hecho un epigrama?

Etaoin: Lo dudo.

La serpiente: ¿Por qué llevas esas cosas sobre los ojos?

Etaoin: Para poder ver.

La serpiente: El Dios que te hizo a ti astuto a mí me concedió unos ojos lo suficientemente eficientes como para poder ver sin ayuda. De hecho, El Señor de la Creación se ha portado bastante bien conmigo. Me ha proporcionado fuerza, simetría, larga vida y paciencia. Me hizo a la vez víbora y constríctor. Mi veneno es más virulento que el de una cobra. Mis colmillos son más temibles que los de una pitón. Puedo matar con un simple mordisco. Puedo matar con un solo gesto de mi cuerpo. Y cuando asfixio y muerdo al mismo tiempo, la muerte no se hace esperar un momento, te lo aseguro. ¡Je, je, je! ¡Pero mírate tú! Te ves obligado incluso a llevar esos trapos encima para proteger tu débil piel. Has de llevar cosas delante de los ojos para poder ver. Mírate tú. ¡Je, je, je! Y sin embargo, Dios te hizo bien.

Etaoin: Te concedo que no soy su más perfecta creación.

La serpiente: ¿Qué es lo que comes?

Etaoin: Mis gustos son muy variados. Como uvas, pies de cerdo,

caracoles y peces, proteínas e hidratos de carbono. También me gusta el pato.

La serpiente: Yo sólo puedo comer carne, pescado y aves. Una vez me comí a un niño de color. ¿Te cuento cómo fue?

Etaoin: Si te empeñas…

La serpiente: Bueno, mis conocimientos de geografía no son muy buenos, pero fue en una isla de algún océano, y me costó bastante nadar hasta allí, y eso que yo nado velozmente. Fíjate la forma de aleta que tiene la punta de mi cola. Bueno, pues llegué a esa isla al séptimo día de viaje; y allí decidí cambiar la piel. Tenía que haberla cambiado hacía días, pero me era imposible hacerlo en medio del océano. De forma que llegué a una bonita playa, después de pasar por parajes de rocas traicioneras. Una vez en la arena, me deslicé cuán larga era (veintisiete metros, si hemos de creer al Doctor Lao, que entiende de esta materia) y me dirigí hacia unos matorrales que había al final de la playa. Créeme, es molestísimo arrastrarse por la arena después de haber estado nadando en el océano. Bueno, pues una vez hube alcanzado los matorrales me desprendí de la piel de alrededor de la cabeza y finalmente arranqué la epidermis de mis mandíbulas inferior y superior. Luego até las puntas de mi vieja piel a los matorrales y quitarme el resto ya fue simple rutina. ¿Sabes? La piel vieja se agolpa bajo la garganta de uno y va bajando gradualmente hasta el final del cuerpo, mientras vas reptando entre los arbustos; y cuanto más rápido reptes, más deprisa te desprendes de la piel. Me puse muy contento cuando vi que perdía el final; los últimos días me había sentido muy incómodo.

»En aquel momento me di cuenta de que siempre que cambiaba la piel me entraba un hambre tremenda. De forma que con mi piel nueva, brillante, reluciente y llena de color, me puse a buscar por la isla algo que comer. Ascendí una colina, atravesé un bosque y crucé un valle y no vi nada de nada. Luego llegué a un río y me lancé dentro de la corriente. Era un río pequeño y serpenteante, y cuando miré hacia atrás pude ver lo que podía ser yo misma desapareciendo tras una curva.

»Enseguida di con una aldea, una aldea de cabañas de paja y de gentes de piel oscura. Estaban todos holgazaneando junto al río, escuchando a uno de sus médicos, que sin duda debía decir las mentiras más atroces. Me deslicé junto a ellos; comenzaron a correr gritando, y corrían en círculos como las gallinas; y aunque te resistas a creerlo, algunos se lanzaron al río e intentaron cruzarlo a nado.

»Me puse a observarlos para ver cuál me parecía mejor como comida. Elegí a un muchachito de color café. Ah, supongo que su madre le alimentaba con huevos de pato y bananas asadas, pues estaba bien gordo. Tenía el vientre tan abultado que seguro que no podía verse las rodillas.

»A lo que íbamos. El chico optó por subirse a un árbol. Ya sabes cómo escalan árboles esos nativos: unen los pies y van ascendiendo por el tronco a saltos de rana. Y eso es lo que él hizo. Le dejé llegar hasta la copa, entre las ramas y los cocos. Desde allí me miraba como un mono, y por la forma que tenía de gritar uno hubiera dicho que iba a pasarle algo terrible.

»Pues bien, yo me puse a trepar lenta, muy lentamente por el tronco; mi ascensión era ondulante y con suaves esfuerzos fui elevando mi cabeza. Y mi vieja lengua, que tanto asusta a la gente, salía y entraba constantemente de la boca. ¡Huy!, te aseguro que pensé que aquel negrito ya no iba a tener más voz para gritar cuando viera apuntarle mi vieja lengua.

«Bueno, pues le cogí por una pierna. Y, ¡Jesús!, cómo se puso a gritar. Entonces dije entre dientes: "¡Sal de ahí, bastardo!". Y le propiné un endiablado tirón; y, muchacho, se descolgó, y comencé a descender con él en la boca y perdí el equilibrio, y los dos fuimos a estrellarnos contra el suelo con una enorme sacudida. Me lo tragué como tú te puedes tragar una ostra, y con tanto derecho como el tuyo, si me permites este inciso ético. Y en el preciso momento en que él estaba bien metido en el interior de mis mandíbulas, de forma que mi cabeza estaba toda deformada y mis ojos parecían globos de luz, apareció, maldita sea, el padre del muchacho con su lanza y comenzó a causar problemas. Bueno, yo no podía morder mucho con el chico metido así en mi boca, pero créeme, amigo, me ocupé también del padre. Enrosqué el último tercio de mi cuerpo en torno al suyo y a su maldita lanza; estuvo a punto de gritar, pero es que no se había dado cuenta de que tenía destrozados los pulmones.

Etaoin: Tu cuento es realmente vivido. ¿Qué pasó con el padre del chico?

La serpiente: Oh, me lo comí también. Y busqué también a la madre, pero no pude encontrarla, de modo que me comí a la primera persona que se me puso delante. Pero el muchachito gordo era el mejor.

Etaoin: Eres un curioso narrador. Cuéntame alguna otra de tus

comidas.

La serpiente: No, ahora te toca a ti. Cuéntame una historia.

Etaoin: Había una vez un cerdo. Un cerdo Duroc Jersey. Correteaba por su pocilga, comiendo y divirtiéndose, sin conflictos espirituales. Era gordo, y cada vez se hacía más gordo. Un día su dueño lo metió en un camión, lo llevó a la estación, lo puso en un tren y lo envió a una industria de alimentación. Allí fue degollado, colgado y descuartizado como saben hacerlo en los mataderos. Unos meses más tarde, fui a un restaurante y pedí filetes de cerdo. Y los filetes que me sirvieron (que me muera en este instante si miento) procedían del mismísimo cerdo del que te he estado hablando. Y la moral de esta historia es que el único y total objetivo de la vida del cerdo, y el de la vida de sus antepasados y de la vida de todas las cosas a costa de las que se alimentaba este cerdo y sus ancestros, y el clima y el hábitat que facilita su propagación, y los hombres que los crían y comercian con ellos (el único fin de toda esta masa de cosas entremezcladas, quiero decir) es el proporcionarme a mí en ese restaurante, en el momento en que yo lo quiero, un par de sabrosos filetes de cerdo.

La serpiente: Me gusta tu contestación. Mi pensamiento giraba por los mismos derroteros cuando me estaba comiendo a aquel muchachito negro. Ah, me gusta tanto hablar de comida.

Etaoin: Sólo hay un tema más interesante que éste.

La serpiente: Supongo que te refieres al amor.

Etaoin: Sí, en efecto, así es.

La serpiente: Todavía recuerdo mi primer asuntillo. Debe de haber sido hace unos once siglos. ¡Ah, pero fue tan adorable! Debía de ser seis metros más larga que yo, porque yo entonces era un chiquillo; y sus enormes colmillos eran como las hojas de las hachas. Yo estaba en el Oeste; ella en el Este. Yo la olí a través del mundo. Era la primera vez que sentía aquel olor, pero supe lo que significaba. Es divertido que uno sepa ciertas cosas sin que nadie le haya hablado de ellas. Atravesé el océano hacia el Este, donde ella vivía.

Etaoin: Debió de ser un gran viaje.

La serpiente: Lo fue. Vi al nautilus, al calamar y al tiburón elasmobranquio. Sobre mi cabeza pasaban los peces y había un pájaro que navegaba sobre mí. Cuando me sentí hambriento, atrapé al pájaro y lo devoré sin dejar de hacer un solo movimiento de mi cola.

Etaoin: ¿A qué sabía?

La serpiente: A pescado, y era desagradable. No volví a comer nunca ningún otro. Los pelícanos, sin embargo, no son tan malos, y las gaviotas, extremadamente sabrosas.

Etaoin: Bueno, ¿encontraste a tu compañera?

La serpiente: Sí. Tumbada sobre una isleta marrón. Era fría y coqueta. Se subió a la parte más alta de las rocas y me hizo frente. Yo repté tras ella; mi pasión la encendió; mi ardor aminoró su coquetería. Dime, ¿muerden en el cuello los hombres a las mujeres cuando las cortejan?

Etoain: A veces.

La serpiente: Yo lo hice así. La mordí en el cuello, y ella me enganchó por la mandíbula inferior, y pude notar su veneno circular dentro de mí. Pero no me dañaba; ni el mío a ella. Luego la saqué de aquella isla, me enrosqué una o dos veces en torno a ella, y así permanecimos balanceándonos sobre las olas. Recuerdo que el cielo estaba nublado y que se oía el lejano retumbar del trueno, como si los elementos se hubieran alterado por nuestro encuentro. Dime, ¿se cansan los hombres de las mujeres después de haber yacido con ellas?

Etaoin: A veces.

La serpiente: Lo mismo me pasó a mí. Me cansé y la dejé y regresé al Oeste, a un lugar donde había unas enormes tortugas y piedras volcánicas. Las tortugas no comían más que vegetales y frutas; alcanzaban edades tremendas; y aunque nunca habían estado fuera de su pequeña isla volcánica, eran profundamente sabias. Me quedé sobre la arena y hablé con ellas. Respondieron a mis preguntas y me dijeron muchas cosas bellas y extrañas. Sus pies son como los pies de los elefantes, y sus voces bajas y lentas. Pero, dime, cuando pasa el período de empacho, ¿vuelven los hombres a desear a las mujeres?

Etaoin: A veces.

La serpiente. Yo también. Al año siguiente la olí de nuevo, con claridad, a través del mundo; cedí a la llamada y me dirigí a su busca. Y volví a ella todos los años hasta que…

Etaoin: ¿Hasta que qué?

La serpiente: Hasta que el Doctor Lao me capturó y me encerró.

Dime, ¿los hombres enjaulados…?

Etaoin: A veces.

La serpiente: Yo también.

Etaoin: Los hombres, a lo largo de la historia, han venido sosteniendo en diversas ocasiones que te han visto. ¿Es que te entretenías en sacar la cabeza del agua para asustar a la gente?

La serpiente: Oh, a veces, cuando veía un barco, sacaba la cabeza fuera del agua y miraba dentro de la nave sólo por el placer de oír a la gente gritar. Además, me gustaba mantener viva mi leyenda.

Etaoin: Cuéntame cómo logró capturarte el Doctor Lao.

La serpiente: Fue ayudado por la sirena. No había visto nunca nada igual. Dime, ¿es bella?

Etaoin: Extremadamente.

La serpiente: Bueno, pues estaba vagando alrededor de las costas de China cuando llegó el Doctor Lao con su gran junco. Aquella cosa se dirigió directamente hacia mí mientras estaba sumergida cazando unos peces. En aquel momento, salí a la superficie a tomar un poco de aire, y vi al doctor sacando del agua algo que yo tomé por un gran pez. Él y todos los chinos que estaba con él gritaban que había que acabar con el diablo, de modo que yo me aproximé más para ver qué era eso que habían capturado y que tanto les excitaba. Era la sirena. Lo único que hice fue sacar la cabeza sobre el junco y mirar dentro para verla. Entonces el Doctor Lao tomó una red, la echó sobre mi cuello y ató el otro extremo al mástil. Y, como si fuera una cuerda, aquellos malditos chinos me subieron a cubierta. La enorme maroma me dejó inconsciente. Cuando recobré el conocimiento me hallaba en una jaula. Y aquí he estado desde entonces. De ello hace nueve años. Pero llegará mi día. Yo no olvido.

Etaoin: ¿Y qué es lo que harás?

La serpiente: Comeré, y será el Doctor Lao quien haga de carne.

Etaoin: A condición, claro está, de que puedas escaparte de esta jaula.

La serpiente: Exactamente.

Etaoin: Y después de comer, ¿qué?

La serpiente: Oh, iré adonde está la sirena, la colocaré sobre mi espalda (creo que podrá agarrarse si utiliza las manos y su cola de pez al mismo tiempo) y luego me dirigiré al río más cercano y nadaré hasta el mar. Y nada me detendrá.

Etaoin: ¿Por qué llevarte a la sirena?

La serpiente: Es hija del mar lo mismo que yo. Lo añora tanto como yo. Además, es hermosa. Tú mismo lo has dicho. La llevaré al mar y allí la liberaré. ¿Crees que me dirá adiós con la mano cuando se pierda entre las olas? ¿Piensas que me sonreirá mientras se aleja nadando?

Etaoin: Claro que lo hará.

La serpiente: Así lo espero. Luego yo misma me alejaré nadando hacia el Este, a aquella isla marrón y rocosa. Mi compañera seguirá estando allí; sé que estará. Iré hacia el Este adonde ella está. Nautilus, calamares, tiburones elasmobranquios… podré verlos de nuevo.

Etaoin: Me gustaría ir contigo.

El señor Etaoin estuvo vagando por los terrenos del circo, esperando que comenzara el espectáculo principal. Se encontró a la periodista del Tribune, que salía de otra tienda.

—Le apuesto a que me envidiará —dijo—. ¡Acabo de tener una entrevista con el mismísimo Doctor Lao!

—¡Pufff! —dijo Etaoin—. Yo acabo de tener una entrevista con la serpiente.

Agradablemente saturados con la buena cerveza de Harry Martínez, Larry Kamper y su compañero se sentaron ante la barra, charlando y fumando. Se habían hecho amigos, y estaban regando las semillas de su camaradería con jarras de fría cerveza. El tiempo, los momentos difíciles, la parada que habían presenciado, el período pasado por Larry en Oriente, todo eso estaba siendo repasado.

—Hombre y muchacho —decía Larry—. Gasté seis malditos años entre los bárbaros y ahora vuelvo de nuevo al mundo civilizado. Sí, la primera vez que llegué a Prisco era como un granjero en una gran ciudad.

—¿Por dónde anduvo en China, Harry?

—La mayor parte del tiempo estuve en Tietsin. Era donde se hallaba estacionado el Quince. Claro que también salíamos a diversas misiones por los alrededores.

—¿Qué tipo de cerveza teníais allí? —preguntó Harry Martínez.

—Oh, Asahi y Sakura y Gold Bottle y Five Star y Kupper y Chess y Spatenbrau y Munchen y un montón de marcas más. Sin embargo, la Kupper era la mejor. ¡Vaya! He bebido suficiente como para hacer navegar un barco de guerra.

—Bueno, ¿y qué mujeres hay allí?

—Oh, las hay de todos tipos… coreanas, manchúes, japonesas, rusas, cantonesas, annamitas, judías, eslavas, francesas, alsacianas y filipinas. Un montón de mujeres. Pero las manchúes eran las mejores. Chicas grandes como vacas, ojos suaves y unos pies grandes que no se vendan nunca. Llevan chaquetas y pantalones como los hombres, y su cabello es negro como el humo negro y grasiento.

—Siempre he oído —dijo su amigo— que las mujeres chinas estaban hechas de forma diferente. ¿Es eso cierto?

—No —dijo Larry—, son como las demás mujeres. Es divertido, pero muchos chinos piensan lo mismo de las mujeres blancas. ¿Cómo habrá empezado una idea tan absurda como ésa?

Ni su amigo ni Harry Martínez pudieron sacarle de su duda.

—Buen Dios —dijo el amigo de Larry—, cómo me gustaría viajar por todo el mundo y ver gente divertida y lugares extraños cómo has hecho tú. Siempre he deseado viajar, pero supongo que nunca lo lograré; me quedaré para siempre aquí, en Abalone, con la mujer y los chicos hasta que me muera. Precisamente el otro día estaba pensando por qué no me largaba de aquí, me dirigía a la costa y tomaba un barco para Australia, o a algún sitio así de lejano. Al llegar allí me cambiaría el nombre y comenzaría todo de nuevo, y tal vez mi vida fuera más divertida. Pero me temo que me quedaré aquí en Abalone, con la mujer y los chicos hasta que me muera.

—¿No viste nunca decapitar a nadie por allí, Larry? —preguntó Harry Martínez.

—Oh, claro. En el año 27 decapitaron a muchos cuando los

bandidos se pusieron insoportables. Nosotros solíamos ir a la ciudad de los nativos siempre que iba a haber una ejecución y tomábamos fotos de aquel maldito espectáculo. Yo he hecho algunas muy buenas.

»Una vez, en una ciudad llamada Tongshan, en donde hacíamos guardia durante una de las revoluciones, los soldados chinos rodearon a un grupo de desertores y acordaron hacer una ejecución pública. Se situaron en una roca y nosotros fuimos allí a mirar.

»En aquella ocasión lo hicieron con bala en vez de a cuchillo. Cogieron a uno de los tipos y le hicieron arrodillarse, y luego uno de los chinos no comunistas sacó una enorme Máuser y se la puso entre los cuernos.

»Había un montón de gente allí mirando. Mirar las ejecuciones es prácticamente lo único que se puede hacer en Tongshan, a excepción de sacar carbón.

»Bueno, pues los chinos sacaron al último tipo, un hombre enorme, para cargárselo. El nocom abre la Máuser, la comprueba y se dirige al enorme tipo. Éste, que estaba muy nervioso y miraba la pistola con el rabillo del ojo, justo cuando el no comunista aprieta el gatillo gira la cabeza para otro lado. El no comunista yerra el tiro. Era la primera vez que le sucedía en todo el día.

»Pero aquella bala quería sangre, golpea contra una roca plana, rebota hacia la multitud de espectadores y alcanza a un chico en la sien.

»Y que me condene si los chinos no pensaron que aquello era una especie de buen augurio. Comenzaron a reír, y a reír hasta parecer que iban a rompérseles las tripas. Están verdaderamente chiflados.

—Yo vi una vez a Pancho Villa acabar con un grupo de tipos —dijo Harry Martínez—. Pero nadie se rio.

—Bueno, pero es que los chinos son un gran equipo —dijo Larry—. Me gustan por eso.

¡Eh! ¿No está ese circo dirigido por un chino?

—Sí.

—Bueno, pues vamos; promete ser bueno.

Durante todo el camino a lo largo de Main Stree, Larry caminó

arrastrando los pies, tratando de acomodar su paso al de su compañero.

—Mira esta maldita ciudad —dijo su amigo con tono de funeral—. He estado aquí desde 1919. Vine aquí en bien de la salud de mi mujer y me temo que aquí seguiré para siempre. ¡Oh, Dios! El resto de mi vida en Abalone. Este maldito lugar estaba muerto cuando yo llegué, y cada día lo está más. Tú has estado en China, en el Japón, en Filipinas y en todos esos lugares, y yo no he estado más que en Abalone, Arizona. ¡Oh, Dios!

—Sí, de acuerdo, es duro —dijo Larry.

—¿Qué piensas hacer ahora que has dejado todos esos lugares?

—Oh, supongo que iré a un centro de reclutamiento y me enrolaré para el 11.° de ingenieros en Panamá. Parece que ése es un buen grupo, y en cualquier caso, cambiaré de arma y no seguiré en infantería. Cuando me haya cansado de eso, supongo que me enrolaré en artillería para Hawaii, y después de eso en el ejército del aire en las islas, y luego puede que regrese a China. No lo sé; hay un buen montón de lugares que deseo ver.

—No te gustaría establecerte en un lugar fijo, ¿verdad?

—¡Demonios, no! Me pondría enfermo en pocos años. Eso es lo bueno del ejército. Cuando te cansas puedes enviarlo al diablo y marcharte a otro lugar. No es como un trabajo civil.

—No —convino su amigo—. Por Dios, ¡puedo asegurarte que no lo es!

Llegaron a los terrenos del circo justo cuando los dos estudiantes aterrizaban de narices en medio de Main Street.

Larry y su amigo acudieron a ayudarlos.

—¿Qué os ha pasado, muchachos? ¿Os han puesto en la calle?

—Algo así —dijo Paul Conrad—. No importa; es un circo asqueroso, de todas formas. —Slick y él se metieron en su automóvil, lo pusieron en marcha y se alejaron a toda prisa. En la parte de atrás del auto había pintada una leyenda:

JUVENTUD ARDIENTE FIJAOS EN NUESTRO HUMO

—Qué grandes muchachos esos estudiantes —dijo Larry en tono admirativo—. No les importa nada un pimiento.

La gente se echó a reír cuando el Doctor Lao se dirigió a Larry Kamper en chino, pero sus risas se convirtieron en estupefacción cuando Larry le contestó en el fluido y musical lenguaje del Alto Mandarín. Cantó los cuatritonales con la misma fluidez que el doctor, y conversaron como lo hacen dos extranjeros que se encuentran en otro país distinto al suyo y que lo que tienen en común es la lengua.

Cuando hubieron acabado de hablar, se hicieron sendas reverencias y se separaron. Larry se acercó a su amigo y le dijo:

—Vamos, el doctor me aconsejó algo excitante. Es en la tienda de allí. Vamos, tú querías ver cosas. Esto va a dejarte satisfecho.

Se introdujeron en una oscura tienda. El doctor ya estaba allí. En una jaula había una enorme loba gris.

—No puedo comprender lo que ha pasado —dijo el Doctor Lao —. Normalmente es muy regular en sus períodos. No tenía que haberlo hecho hasta octubre. Y ahora, de pronto, tenía que metamorfosearse en medio del circo. Estoy seguro de que el equinoccio ha tenido algo que ver con esto.

—¿De qué está hablando? —preguntó en un murmullo el amigo de Larry.

—Este lobo que hay aquí va a convertirse en una chica —dijo Larry—. Mírala. Nunca habrás visto nada igual, te lo aseguro.

—Eh, qué diablos —dijo el hombre—. ¿Qué estás intentando hacerme tragar?

—No estoy intentando hacerte tragar nada —protestó Larry—. ¿No has oído hablar nunca de los hombres lobo? Cambian constantemente. Ésta es una, y en cualquier momento va a efectuar el cambio. ¡Eh, escucha su ronquido!

—Bueno, no lo creeré hasta que no lo vea —dijo el hombre—. Y entonces tampoco estoy seguro de que vaya a creerlo.

El pelaje de la loba empezó a reabsorberse. En su pecho aparecieron los senos, iguales como dos gemelos obesos. Sus caninos

se fueron haciendo cada vez más pequeños. Su cola menguó.

—Dios mío, le está sucediendo algo —dijo el amigo de Larry—. ¿Qué pasa? ¿Está enferma?

—No, no —dijo el Doctor Lao—, son los preliminares normales. Enseguida van a ver cómo sus piernas crecen y se enderezan. Después de eso, ella cambia muy rápidamente.

Interesante, si están interesados en los cambios morfológicos.

La loba emitía sonidos de agonía, pero no los que acostumbran a emitir los lobos.

—¿Ven? —dijo el Doctor Lao—. Cuando un renacuajo, por ejemplo, se metamorfosea en rana, sufre un prolongado proceso de cambio, pero en el mismo no sufre ningún daño físico puesto que es muy lento. Pero cuando una loba se convierte en una mujer lo hace en unos pocos minutos y, por ello, el dolor se intensifica perceptiblemente. Fíjense en que, mientras cambia, va pasando por los aspectos de cada animal que constituye un eslabón en la cadena evolutiva entre la loba y la forma humana. He pensado frecuentemente que el fenómeno de licantropía no es más que una inversión de las leyes de la evolución.

Hubo un suspiro, un gemido y un sollozo, y finalmente una mujer yaciendo en la jaula.

—¡Oh, Doc! —dijo Larry disgustado—. ¿Por qué no nos advirtió que iba a ser tan vieja? ¡Uf! Esta anciana es como nuestra tatarabuela. Demonios, pensé que iba a ser una jovencita. ¡Pónganle algunas ropas encima, rápido!

—Sensualista —recriminó el doctor—. Debería haber imaginado que su único interés en este mundo se centra en las cosas carnales. Acaba de ver un milagro, tanto desde el punto de vista religioso como desde el profano, y se muestra disgustado porque se le ha frustrado en su lujuria.

—Soy un soldado, no un científico —dijo Larry—. Pensé que iba a ser algo excitante. ¿Cuántos años tiene esa vieja…? ¿Cien?

—Su edad ronda los trescientos años —dijo el doctor—. Las mujeres lobo son muy longevas.

—¡Una mujer de trescientos años! ¡Uh! ¡Y yo pensaba que iba a

ser una pollita! ¡Huy! Vámonos, compañero.

El gran gong de bronce sonó de forma atronadora; y de todas las tiendas de los terrenos del circo comenzaron a salir gentes de todas clases, blancas, rojas y negras, que caminaban arrastrando los pies por el polvo. El sendero que conducía a la gran carpa quedó abarrotado durante unos minutos. Luego el camino quedó desierto, mientras flotaban sobre él nubes de polvo, único resto de la gente que iba desapareciendo en el interior de la carpa. El resonar del gong de bronce fue aminorando hasta morir.

La gran carpa estaba pintada de un color cremoso en su interior. Y sobre el fondo cremoso, había negras esvásticas, serpientes aladas y ojos de pez. No había pistas. Por el contrario, en el centro del suelo había un gran triángulo, con un pedestal en cada uno de los ángulos. El Doctor Lao, totalmente vestido de presentador, con sombrero alto y todo, estaba subido en uno de los pedestales y hacía sonar un silbato. Se oía como si algo hirviera. Una música china, monótona como la de una gaita, llenaba la tienda. Podían verse figuras agolpándose en la entrada. El gran desfile iba a empezar. La representación principal había comenzado.

Cabeceando y saltando, el unicornio abría el gran desfile. Le habían adornado las pezuñas y le habían peinado la larga crin.

—¡Fíjense! —gritaba el Doctor Lao—. Fíjense en el unicornio. La jirafa es el único animal astado que no muda sus astas. El antílope es el único animal con cuernos que muda sus cuernos. Ambos son únicos entre los animales. ¿Pero qué decir del unicornio? ¿Acaso no es único? Un cuerno es piel. Un asta es hueso. Pero lo que el unicornio lleva en la frente es de metal. Mediten sobre ello, ¿quieren?

Después aparecía la esfinge, poderosa y majestuosa, agitando sus melenas.

—¡Diles algo! —le susurró Lao.

—¿Qué es lo que camina sobre cuatro piernas, dos piernas, tres piernas? —espetó el andrógino.

A continuación venía Mumbo Tumbo y su mujer raptada. El sátiro tocaba la flauta, las ninfas bailaban, la serpiente marina giraba y se retorcía. Agitando las alas, la quimera llenó la tienda de humo. Dos pastoras conducían sus ovejas. Una cosa que parecía un oso llevaba en brazos a la sirena, la cual lanzaba besos al aire por doquier. El perro de los bosques ladraba y jugaba. Apolonio lanzaba pétalos de

rosas. Con los ojos cubiertos por una banda y las serpientes constantemente agitadas, la medusa era transportada por el fauno. El bebé roe venía piando. Sobre el asno dorado cabalgaba una anciana. Una tortuga de dos cabezas, incapaz de aclararse con ninguna de ellas, avanzaba vacilante. Era la colección de entes más increíble que la gente de Abalone, Arizona, había visto jamás.

El señor Etaoin, que estaba sentado junto a Larry Kamper, le decía a la señorita Agnes Birdsong:

—Bueno, ésta es toda la compañía, a excepción, supongo, de la mujer lobo. Me pregunto dónde estará.

Larry se giró.

—¿Ve a aquella anciana sentada sobre el asno dorado? Es su maldita mujer lobo.

El gran triángulo de animales dio varias vueltas, mientras bailaban, tocaban y saltaban. El maestro de ceremonia, Lao, los dirigía desde el pedestal. Ellos aullaban y bufaban; y por encima de todo aquello, la música china sonaba monótona sin cesar. Demasiado cerca del fastidioso unicornio, la esfinge le rozó accidentalmente la rabadilla con el hocico; el unicornio respondió con una coz tremenda, alcanzando a la esfinge en el costado. El hermafrodita aulló. Con sus grandes garras arañó al unicornio desde el cuello al lomo. El unicornio saltó como un caballo loco, se volvió y dirigió su cuerno contra los pulmones de la esfinge. La quimera se retiró a un lado, mientras con las alas levantaba nubes de polvo. La serpiente marina se enroscó en una S gigante, lanzó un ataque de quince metros, agarró a la quimera por una pata y luego se le enroscó en los hombros y las alas. El perro de las praderas se enroscó como un hato de hierba. El ruso besó apasionadamente a la sirena. Bajando los cuerpos y tomando carrerilla, el sátiro golpeó a Mumbo Tumbo en los riñones cuando el dios negro se dio la vuelta. La anciana, que había vuelto a convertirse en loba, se lanzó contra el polluelo de roe. El pequeño fauno comenzó a tirarle piedras al Doctor Lao. Ninfas, pastoras y ovejas comenzaron a correr. La venda cayó del rostro de la medusa. Once personas se volvieron de piedra.

—¡Oh, desgracia! —exclamó el doctor—. ¿Por qué han tenido que ponerse a pelear entre ellos sin ningún motivo? Son tan estúpidos como los humanos. ¡Apolonio, detenlos rápidamente antes de que se hagan daño!

El taumaturgo gritó conjuro tras conjuro entre las histéricas bestias. Conjuros de paz, de meditación, de racionalidad, de arbitraje y de calma surcaron el enfervecido aire, cayendo como suaves redes sobre los contendientes. El estruendo disminuyó. Sacando el cuerno de los pulmones de la esfinge, el unicornio salió trotando y se puso a pacer. La esfinge se lamió su costado lacerado. La serpiente de mar soltó a la quimera y puso sus mandíbulas en su lugar. Sacudiéndose, el perro de los bosques se levantó y bostezó. La sirena golpeó al oso. Mumbo Jumbo perdonó al sátiro. La mujer lobo se remetamorfoseó. El fauno dejó de tirar piedras. Ninfas, pastoras y ovejas regresaron. De nuevo, la medusa volvió a colocarse la venda.

Después de la tormenta vino la tranquilidad. Paz y batalla. Perdón y odio. Los animales lamían sus carnes traumatizadas. Pero en los ojos de uno de ellos ardía aún el fuego del combate, el deseo de la muerte; y la gran serpiente se desenroscó súbitamente, atacó como una catapulta y arrancó al Doctor Lao de su tarima. La serpiente fue tan rápida alrededor del triángulo que ningún ojo humano fue capaz de seguir sus movimientos.

—¡Ah, mi viejo e implacable enemigo! —exclamó el doctor—. Eres el único al que nunca podremos domar. El único que no perdona. ¡Ayúdame, Apolonio, rápido, o va a estrangularme!

El mago envió un haz de frialdad contra la serpiente; el hielo mordió la piel del reptil, sus movimientos disminuyeron y sus ardorosos ojos quedaron vidriosos. Y el frío siguió aumentando y aumentando; la gran serpiente estaba cada vez más rígida, a medida que su sangre se iba congelando. La rabia retorcía aún sus anillos, pero de una forma rígida, no activa.

El doctor Lao se desembarazó de la serpiente.

—Mantenía así hasta que la ponga de nuevo en su jaula —ordenó—. Afortunadamente, soy inmune a su veneno. Pero es traidor y vengativo. Debería haber sabido que no se le podía sacar en el desfile.

El espectáculo continuó.

Todos se retiraron, dejando sola a la esfinge en el triángulo, realizando una danza acrobática. Movía la cola, lanzaba las patas al aire, marcaba pasos de vals y de otras danzas sin hacerle demasiado caso a la música. Pero bailaba con elegancia, haciendo reverencias y sonriendo.

—Si va a bailar necesitará una pareja —dijo alguien.

—Je, je —rió uno de los inspectores—. Ese animal no necesita pareja, ¿verdad, Al?

—No —convino Al—. Es Pierrot y Colombina al mismo tiempo.

Un pesado cerdo entró trotando en el triángulo.

—Éste es alguien al que no habían visto antes —gritó el chino —. El mismísimo cerdo Gadarene. Poseído por el demonio, busca la salvación en la Tierra, pero no la encuentra. Animal bíblico, simboliza la suciedad de la carne. De ahí la matanza sacramental… para conducir nuestras malas inclinaciones latentes; ésta es la finalidad de la comunidad de sacerdotes del sacrificio.

Gruñendo, el cerdo dejó de olfatear. Por una de sus orejas asomaba la cabeza y los hombros del demonio que lo poseía. El pequeño Belcebú agitaba su tridente contra el Doctor Lao.

—Hace más calor que en el infierno en esta tienda —dijo.

—Tú debes de saberlo —contestó el doctor.

Entonces llegó el pequeño asno dorado. Asno y cerdo se enzarzaron en un *minuet*.

—¿Por qué todos en este circo se pasan el tiempo bailando? —preguntó la señora T. Cassan—. No vi nunca nada igual.

—Es la danza de la vida, señora —dijo el viejo de los pantalones de golf—. Encontrará bastantes precedentes de ello, si se detiene a pensar un poco.

El triángulo quedó vacío; el Doctor Lao hizo sonar el pito; entonces entró el perro de los bosques. Caminaba sobre sus patas traseras y agitaba las delanteras. Fingió hacerse el muerto y lanzó lacónicos gemidos. El Doctor Lao le echó una lechuga como premio.

—Demonios, he visto perros mejor entrenados que éste —comentó uno de los policías.

—Yo también, mamá —susurró Alice Rogers.

—Mamá piensa que es muy astuto, Alice —dijo la señora Rogers, haciéndole un gesto al policía.

—¿Por qué no tenen elefantes? —quiso saber Edna Rogers.

—Edna, no se dice «tenen» —dijo la mamá.

—Bueno, pues me gustaría ver elefantes agarrados por la cola —dijo Edna. La señora Rogers dijo:

—Oh, niños, mirad qué pájaro tan divertido. Tiene un aspecto muy cómico.

Imperfectamente entrenado, el gigantesco bebé roe caminaba por una cuerda. Le faltaba equilibrio y gracia, pero con sus patas terroríficas podía agarrarse muy bien a la cuerda y lograba mantenerse. El Doctor Lao le echaba trozos de jamón mientras se acercaba al final de la cuerda. En aquel momento, se le engancharon las garras a los jirones de la cuerda y cayó hacia delante. Pero no soltó las patas, y describiendo un semicírculo, quedó colgando cabeza abajo. No había forma de hacerlo salir de allí. El Doctor Lao le dio otro trozo de jamón y luego otros más para incitarle a dejar la cuerda, pero aquellas patas rojizas, cerradas como garfios en torno a la soga, se mantuvieron impertérritas. El animal lanzó unos gemidos y pidió más comida. Movía las alas con desaliento y en sus grandes ojos rojos reflejaba el miedo.

—Está bien, tonto —dijo el Doctor Lao—. Te volveremos a poner en tu nido… Les pido perdón, señoras y caballeros. La torpeza de este incorregible pájaro ha echado a perder el acto.

—Ofrézcale un gusano, doc —sugirió alguien.

—¡Cielos, hombre! —exclamó el doctor—. Los roe son aves rapaces, no vermívoras. No tocarían ningún gusano.

De los vestuarios salió Mumbo Tumbo, proporcionando un toque de color al ambiente con su impresionante negrura. En una mano llevaba un machete. Con la otra agarró la cuerda de funambulismo. Con el machete cortó la cuerda en dos. El roe le cayó sobre la cara. Mumbo lo cogió como si fuera un pavo y se lo llevó de la carpa.

—Y ahora, señoras y caballeros —dijo el Doctor Lao—, tengo el inmenso placer de anunciarles que Apolonio de Tiana, el mago más grande de todos los tiempos, les presentará su concepción del Sabbath de las brujas… Apolonio de Tiana…

—Más alto —gritó alguien desde las butacas de arriba.

—¿Han vuelto esos malditos estudiantes? —preguntó Al.

—Apolonio de Tiana —repitió el presentador.

En aquel momento el mago apareció caminando lentamente hacia el triángulo, rechazando un murmullo de aplausos.

Levantando las manos entonó sombríamente:

—Hágase la oscuridad.

Y un manto de oscuridad penetró en la tienda, opaco, a través del cual no se podía ver. Y se extendió por todos los rincones de la tienda, de forma que no podía decirse junto a quién se estaba sentado; e incluso los enamorados tenían que palparse en la oscuridad para asegurarse de que seguían el uno junto al otro.

—Luz de luna —ordenó el mago—. Luz de luna. Música suave.

Dentro del manto de oscuridad apareció un rayo de luna plateado, furtivo e inestable, como si sintiera que no pertenecía a aquel lugar, mientras una suave música acompañaba su aparición. Y la luz de luna se extendió e iluminó un prado, en cuyo centro había un abrevadero de cerdos, lleno de barro y con agua. Extrañas hierbas crecían a su alrededor, con cardos entremezclados. Del agua del abrevadero surgía el concupiscente coro de las ranas, que entonaban sus frenéticos cantos nupciales. Las aguas del abrevadero se fueron haciendo cada vez más brillantes, hasta convertirse en un disco de rayos de luna. En el agua brillaban ojos de peces, ojos de ranas, ojos de salamandras, ojos de tortugas, ojos de crustáceos. Palpitaban a la luz de la luna.

Arrastrándose por la hierba llegaron pequeños animales: tejones, visones, erizos, ardillas, ratas, marmotas, gatos, armiños y zorros. Sus ojos formaban un círculo de puntos azules a medida que se agrupaban alrededor del abrevadero. No sabían por qué se encontraban allí, pero allí habían venido desde los bosques y los montes; llegaban en silencio, y en silencio se quedaron allí, esperando, preguntándose por qué esperaban junto a un abrevadero bajo la luz de la luna.

Dentro del agua las tortugas nadaban sin cesar, y sus caparazones surcaban el agua con suaves líneas. Y las salamandras se arrastraban de la orilla al agua y del agua a la orilla constantemente; entretanto, las ranas entonaban su canto de amor y dejaban de poner huevos. Un mocasín de agua atrapó un renacuajo verde; el renacuajo

lanzó un grito de muerte bajo la luz de la luna. Y las demás ranas corrieron a ocultarse bajo las hojas verdes.

—¡Silencio! —ordenó Apolonio.

—Las serpientes nos atacan —dijeron los menestrales.

—¡Silencio! —repitió el mago.

Entonces llegaron las brujas. Procedían de las montañas de la Luna, cabalgando sobre sus escobas hasta el abrevadero, siguiendo el sendero de los rayos lunares. Las había hermosas y feas, delgadas y gordas, viejas y jóvenes, repulsivas y divinas. Llegaban y llegaban sin cesar. Algunas se habían mareado a causa de su rápido vuelo y vomitaban extraños fluidos y algo de sangre. Algunas iban encapuchadas como monjas. Volando en círculo en sus escobas, quedaron suspendidas sobre la superficie del agua. Mujeres misteriosas volando, con sus greñas y andrajos flotando en el aire, riendo descaradamente como alcahuetas; girando y girando. Las orillas del estanque se ennegrecieron con la multitudinaria presencia de las hermanas; hermanas de tentación, hermanas de falsedad, hermanas de degeneración. Una convención de mujeres groseras, sucias, indeseables y estériles, que saltaron sobre el barro riendo de forma desagradable.

—Bailad —dijo Apolonio—. El maestro ha venido.

En medio del agua, sobre el caparazón de una tortuga, apareció un fuego en un receptáculo de hierro. La luz del fuego competía con la de la luna, y la luz de la luna murió; el oro de la luz del fuego barrió del estanque la plata de los rayos de luna. Batracios, tortugas y salamandras levantaron sus cabezas, y se ordenaron como un ejército para tender un puente viviente hasta el fuego. Y las brujas, levantándose la falda, se lanzaron al agua por el sendero que formaban las cabezas de sus habitantes. Una vez allí comenzaron a bailar en círculo en torno al fuego.

El croar de las ranas marcaba el ritmo de los pasos. Y llegaron los murciélagos, hijos de la noche, para dar la bienvenida a las hermanas danzantes. Llegaban como vibrantes láminas de hollín; se posaron sobre las orejas de las brujas y comenzaron a hablarles. Les mordían las orejas con mordiscos amistosos al tiempo que les decían cosas secretas.

Del receptáculo de la tortuga que portaba el fuego saltó una chispa roja y caliente. Antes de que llegara al agua, una rana,

creyendo que se trataba de una luciérnaga, sacó su ágil lengua y se la tragó. Luego comenzó a agitarse convulsivamente mientras su pecho ardía. Y la gran tortuga, que vigilaba la llama, introducía de vez en cuando la cabeza en la inmundicia y sacaba trozos de madera con la boca para avivar el fuego. Y cuando aquel combustible húmedo tocaba al fuego, llenaba el aire un siniestro siseo.

Los armiños y los visones soltaron los jugos de sus sacos de aromas, llenando el aire de olores viscosos. Los gatos monteses aullaron, contrastando sus voces de soprano con las graves de las ranas. Los cachorros de zorro ladraron. Y los erizos hicieron pequeños, pero desagradables sonidos. Los tejones se sentaron sobre sus patas traseras a contemplar la escena, con expresión burlona en sus caras de máscara, sus rayas atravesadas y sus pieles húmedas y mugrientas.

Y las brujas se retorcían y bailaban y reían y hacían gestos cuando las rozaba la piel de los visones. Y los animales seguían haciendo sus ruidos grotescos, emitiendo la música de la danza.

—¡Más vigor! —les animó el taumaturgo—. ¡El maestro viene!

Los gritos de los animales aumentaron, esparciéndose por el aire pesado. Y las brujas bailaban más deprisa, se movían más alocadamente mientras el fuego chisporroteaba y emitía extraños sonidos.

Entonces, sobre las llamas, gordo, nervioso, hipersexuado y fumando un cigarrillo, apareció Satán Mekratrig. Era verde con manchas negras en la cara y en los hombros. Emitía grises anillos de humo y examinaba la danza.

—Terrible —dijo—. Terrible. Nunca vi una danza tan terrible. ¡Basta! ¡Basta! —Y Satán sacó un látigo de la nada y comenzó a fustigar a las brujas. El látigo comenzó a danzar sobre las brujas, golpeándolas. Y entre todas ellas, a la que más golpeaba era a la bruja más joven, una bruja pálida, blanca como el marfil y de cabellos negros como el ébano: Demisara, bruja del incesto, bruja de la vergüenza. Y las demás brujas, más viejas, envidiaron aquella muestra de favoritismo. Le ponían mala cara, le gruñían y le escupían disimuladamente; pero el látigo de Satán continuó golpeando los hombros jóvenes y deseables de Demisara, y se curvaba en torno a su cintura y golpeaba sobre su espalda. Las demás brujas pudieron comprobar que Mekratrig tenía una nueva favorita.

Todos los animales se introdujeron en el agua y se unieron a la

danza, pateando en el fango, pisoteando los pececillos y los renacuajos, saltando entre las ranas. Instalado sobre su llama, Satán se reía ante los cuidadosos saltos de los gatos, temerosos de mojarse los pies, temerosos también de dejar de bailar, pasando sobre el agua y sobre el barro como sobre piedras ardientes. Cogió trozos de llama del fuego y los arrojó sobre el agua, donde comenzaron a arder entre cosas peludas. Los animales aullaban al ser alcanzados por las llamas, pero seguían bailando sin cesar.

Y entonces, Satán Mekratrig se inclinó y tomó a Demisara por el cabello, la separó de las otras hermanas, la subió con él sobre las llamas e hizo el amor con ella allí. En los ojos de la bruja había estrellas; gotas de rocío resbalaban por sus hombros.

—Es mejor que detengas eso, Apolonio —le advirtió el Doctor Lao— o dentro de un minuto se te habrá ido de las manos.

—¡Luz de luna! —ordenó el mago—. ¡Que vuelva a sonar la música!

La luz de la luna volvió, borrando el resplandor del fuego. La música del circo apagó los sonidos de los animales. Satán Mekratrig lanzó un juramento y se disolvió como el humo en el aire. El ritmo de la danza decayó hasta morir. Se nubló la visibilidad. Se apagó el fuego. Los animales desaparecieron. Alejándose hacia las montañas, las brujas gritaban sobre sus escobas. Y la luz de la luna acabó también por desaparecer, quedando sólo el manto de oscuridad.

—Que se enciendan las luces —ordenó el mago. Volvió la luz, la luz del día de Abalone, Arizona, iluminando la tienda. Pero en el centro de la carpa, bajo la bandera exterior, suspendido en el aire, estaba todavía Satán Mekratrig, llevando en sus brazos a Demisara. El demonio gritaba contra Apolonio, luchando por no desvanecerse. Tenía espuma en los labios por la violencia de sus aullidos.

Buscando dentro de sus ropas, el mago extrajo un crucifijo. Con él en la mano avanzó hacia el diablo. Se produjo una llamarada en el centro de la tienda, y bruja y diablo desaparecieron. Apolonio besó la cruz y se la guardó.

El aplauso fue escaso y poco convencido. Apolonio y el Doctor Lao se miraron con gravedad. Luego, sumido en sus pensamientos, el mago regresó a su camerino.

Inmediatamente después, los animales prosiguieron con todo el repertorio. El asno dorado y el perro de los bosques hicieron el

número del perro y el *poney*. Vestido de púrpura, apareció el sátiro gesticulando; con sus agudos cuernos pinchaba los globos que el Doctor Lao inflaba y le arrojaba luego. Ungaubwa, el sumo sacerdote de los negros, usando a una de las chicas como blanco, le arrojó cuchillos y hachas, dejándola clavada por la ropa contra un poste. Desde un elevado tobogán la sirena se arrojó a un exiguo tanque. Con las alegres vestiduras de los griegos llegaron las ninfas, cantando la Canción de las Sirenas, la misma canción que el doctor Browne aseguraba que no era difícil adivinar pero que, sin embargo, no podía denominar, contentándose solamente con decir que en algún momento lo haría.

Pastoras y corderos seguían tras las cantantes de la Canción de las Sirenas. Hacían cabriolas en un ambiente que era el de una fresca tarde del mes de mayo. Eran como figuras de fina porcelana china, tenues, casi ideales. Los espectadores se relajaron viéndolos. Entonces apareció una cruel nube negra, y en uno de los bordes de la nube apareció el rostro de Satán Mekratrig, haciéndoles gestos a las pastoras y a su rebaño. Rebaño y pastoras se asustaron y gritaron.

—Oh, ¿por qué ese símbolo del mal aparece en todos los números de este circo? —gritó la señorita Agnes Birdsong—. ¿Es que ese cínico viejo chino no sabe hacer otra cosa? Existe la pureza, y la sencillez y la bondad. ¡Yo sé que existe! ¡Él está equivocado!

—Esto no es más que un circo —dijo el señor Etaoin—. No se deje alterar por ello.

El Doctor Lao la oyó también.

—El mundo es idea mía —dijo—. El mundo es idea mía; y como tal, así se la presento a ustedes. Tengo mis propias reglas, mis propias medidas y mis propias tablas de valores. Ustedes tienen el privilegio de poseer las suyas.

Con un gesto echó a las pastoras, al diablo y al mes de mayo. Subiendo de nuevo a su pedestal, anunció:

—Va cayendo la tarde. En algunos de sus rostros descubro síntomas de un aburrimiento mortal. Bien, ya no resta más que una escena en este circo: se trata del espectáculo de la gente de la antigua ciudad de Woldercan al adorar a su dios Yottle, el principal, más poderoso y más vengativo de todos los dioses.

«Adoración como la suya ya no existe en nuestros días. Una fe tan sencilla ha desaparecido ya del mundo. Cuando ustedes, aquí en

Abalone, adoran a su dios, lo hacen en una iglesia con altavoces, de forma que cualquiera, en un automóvil equipado con radio, puede, aunque sea a cien kilómetros por hora, oír a sus sacerdotes. Pero ¿les oye su dios?

»Para su mejor comprensión de este episodio de Woldercan, es necesario que les diga que esta ciudad estaba sumida en la más espantosa sequía. Ni ricos ni pobres tenían nada que comer, porque era tal la sequedad que no permitía que nada creciera. Era un desastre al que Woldercan no se había enfrentado antes; porque, aunque siempre había habido pobres allí, y también hambres periódicas, los ricos siempre habían sobrevivido, como de costumbre. Sin embargo, ahora no había comida para nadie, ni siquiera para los ricos.

»El terror, que a todos iguala, se desató en la ciudad. Los políticos no podían hacer nada; la policía no podía hacer nada; los estudiosos no podían hacer nada; los ricos no podían hacer nada. La gente se reunía en pequeños grupos, esperando que la muerte por inanición les llegara lentamente.

»Pero hubo un hombre entre ellos que hizo algo. Este hombre era el sumo sacerdote de Yottle. Se dirigió a la población diciéndoles:

»—Venid al templo. Oraremos ante Yottle. Yottle protegerá a los suyos.

»Así, todo Woldercan, que no tenía ninguna otra cosa que hacer, fue al templo de Yottle a rezar.

»Este episodio del hambre de Woldercan, en el templo de Yottle, rezando para que les salvara, es seguramente una de las escenas más grandes, vivas y dramáticas de toda la historia. Yo se la ofrezco a ustedes con orgullo en mi circo. Como pequeño avance de lo que va a pasar, quiero recordarles el sacrificio de una virgen a su dios. Piedad. Eso era auténtica piedad. Cuando ustedes, aquí en Abalone, rezan a su dios para que acabe con la sequía, ¿llegan a esos extremos en sus manifestaciones de fe? ¿Sacrificarían a la virgen más bella de Abalone?

El Doctor Lao abandonó su pedestal y se alejó un poco. Se colocó su sombrero de presentador.

—Señora y señores —anunció—. ¡Les presento el templo de Yottle en la antigua Woldercan!

Entonces la tienda comenzó a remodelarse, y ante los ojos de

todo Abalone, Arizona, apareció el interior del enorme y sombrío templo del gran dios Yottle. Y sombría también, la música de las esferas comenzó a sonar, cada vez más alto, hasta la propia puerta dorada del cielo.

En el altar se levantaba una imagen del dios Yottle sobre un pedestal de marfil. Tenía una mano levantada. Con la otra se acariciaba la garganta. Sus ojos, dos enormes joyas, contemplaban las cosas mucho más allá de la Tierra. Junto a sus caderas asomaban densas nubes de incienso. Era más grande que un mastodonte, más corpulento que un hipopótamo y mucho más aterrador que ambos. La carne de Yottle era de bronce. Bajo su estrado se hallaba la piedra del sacrificio y el hacha sacrificial, el mazo brutal de la muerte.

Los delgados y famélicos woldercanenses, once mil en total, rezaban con gran piedad y entonaban himnos de esperanza en voz baja. Los rostros de los woldercanenses estaban grises: era el color del hambre y el color del miedo.

Por encima de aquella masa gris se alzó el sumo sacerdote. Había una especie de halo sagrado sobre su cabeza. Impartió sus bendiciones y dijo:

—Paz. Paciencia y Paz.

Luego, el sumo sacerdote se volvió hacia Yottle, haciendo signos místicos, cabalísticos. Se arrodilló. Rezó.

—Gloria a tu nombre, Yottle; te honramos, Yottle; Yottle el omnisciente, Yottle el omnipotente. Nosotros los pecadores, venimos ante ti, sucios por las manchas de la pereza, la avaricia, el odio y la lujuria. Somos débiles, no podemos pecar más. Estamos enfermos y tenemos miedo. Desesperados y hambrientos, volvemos nuestros ojos hacia ti. Al borde de la agonía, recordamos nuestras olvidadas plegarias. Indefensos, te rogamos, Creador de las esferas, que nos ayudes; Yottle, gran Yottle, perdónanos, perdónanos.

Pero entonces un hombre se levantó en el fondo del templo y protestó.

—¿Por qué rezas así? Nosotros no estamos avergonzados. No estamos manchados por el pecado y la lujuria. La única razón por la que estamos aquí es porque Yottle no ha querido enviarnos agua para nuestras cosechas. No deseamos perdón. Queremos lluvia y algo para comer. Díselo así a Yottle. Tu trabajo es interceder por nosotros, no charlar acerca de nosotros.

Luego se volvió hacia la gente.

—¿No tengo razón? —preguntó.

—Ciertamente, la tienes —respondieron ellos. Luego, dirigiéndose al sacerdote, le dijeron—: Claro que tiene razón. Nosotros hemos pecado, sí. Pero no carecemos enteramente de virtud. En tus próximas plegarias, minimiza nuestros puntos malos y acentúa los buenos. No hagas de nosotros una tropa de pecadores. Cuéntale a Yottle, si lo deseas, los apuros en los que nos encontramos, pero no te precipites tanto a admitir que los merecemos, porque nosotros no pensamos que sea así.

Con amargura, el sumo sacerdote les respondió:

—¡De modo que os atrevéis a criticarme y a humillarme delante de los propios ojos de Yottle! ¡Os atrevéis a decirme a mí, vuestro sumo sacerdote, cómo tengo que rezar! Muy bien.

Entonces se volvió hacia Yottle, gritando:

—¡Eh, tú, montón de bronce y de piedras brillantes! ¡Míranos y maravíllate! No tenemos miedo. Somos un pueblo grande. Woldercan no pide nada. Ordena. Escúchanos y actúa en consecuencia.

»Hemos de obtener inmediatamente comida. E inmediatamente también, lluvia para que pueda crecer más comida. De modo que vete a tu cocina cósmica, Yottle, y tráenos algo de comer del cielo, y con tu jarro rocía de agua nuestros secos campos. Aliméntanos, Yottle, y que sea bien y rápidamente; llénanos…

Pero antes de que el sacerdote pudiera decir nada más, unas palabras airadas y atronadoras ahogaron las suyas. Las palabras procedían de todas partes a la vez, como cuando se acerca un huracán; luego cesaron.

Los woldercanenses cayeron al suelo. Aquéllas habían sido palabras de Yottle, y ellos lo sabían.

El sumo sacerdote fue el primero en levantarse. Les bendijo con las manos.

—Paz —les dijo—. Paz y no temáis nada. Yottle ha hablado. Está indignado, pero dispuesto a dejarse apaciguar. Dice que duda de nuestra fe en él, aunque está dispuesto a ponerla a prueba.

Pero dice que ahora está tan enfadado que debemos sacrificarle a nuestra virgen más hermosa antes de hacer ninguna otra cosa. Dice que la sacrifiquemos primero y que después hablaremos de la lluvia. Está muy enfadado. No va a dedicarnos mucho tiempo, de modo que debemos ofrecer rápidamente el sacrificio de la virgen para apaciguarle. Aplaquemos inmediatamente a nuestro enfurecido dios.

—¿Pero cómo vas a encontrar a la virgen más hermosa? —preguntó el hombre que antes le había interrumpido.

—Aquí y ahora mismo —dijo el sacerdote—. Alineemos a nuestras vírgenes; escogeremos a la más hermosa por aclamación popular. Será un gran honor para ella. Además, es mejor que muera uno sólo que no toda la población. Ésa es la teoría del sacrificio. De modo que vamos a alinear a todas las vírgenes. ¡Rápido! La velocidad es esencial. Yottle está muy enfadado. ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Una docena de jóvenes formaron una nerviosa fila.

—¡Vamos! —dijo el sacerdote disgustado—. Hay muchas más jóvenes en Woldercan. Puedo ver muchas más con mis propios ojos. ¡Vamos! ¡Vamos!

Un realista le recordó que una de las especificaciones era concretamente que fuera virgen.

—Ah, claro —dijo el sacerdote—. Eso lo explica todo. Muy bien. Caminaré por detrás de esas jóvenes, hijos míos, y mantendré mi mano levantada sobre sus respectivas cabezas. Con vuestros aplausos indicaréis a aquella que os parezca digna de ser la novia de Yottle.

Mostrando sus rostros al pueblo de Woldercan, las doce frutas maduras, pero sexualmente intactas, esperaron el aplauso que las consagraría como bellas y cuya corona sería la muerte. El viejo sacerdote caminó tras las doncellas, levantando sobre sus hermosas y triunfantes cabezas (hermosas por gracia y encanto, triunfantes por juventud y vida) sus temblorosas manos. Y rachas de aplausos, más o menos prolongados, se extendieron por toda la congregación. Y sobre la doceava, una cabecita morena, orgullosa y exquisita, el aplauso fue estruendoso. La novia de Yottle había sido elegida.

Pero entonces se oyó un poderoso grito. Y el hombre que había interrumpido la plegaria del sacerdote cayó súbitamente de rodillas, terriblemente apenado. Porque los woldercanos habían elegido a su prometida.

El sacerdote le consoló.

—Hermano, los caminos de Yottle no siempre son comprendidos —dijo—, y, sin duda, ha sido Yottle quien ha inspirado al pueblo para elegirla. Paz, hermano, y no temas nada. Le espera la gloria.

El pueblo se impacientaba.

—¡Vamos! —gritaban—. ¡Vamos! No te ocupes de él. Hagamos el sacrificio.

—Sí —dijo el sacerdote—. Ahora, inclinad la cabeza.

Avanzaron los acólitos de honor. Tras ellos iba la virgen. En su cara había una extraña luz oscura, y sobre su cabeza flotaba un pálido halo de luz. Ella ya no era de Woldercan, y ellos lo sabían. Mirándola de reojo, se preguntaban, ahora que estaba consagrada, por qué no habían advertido antes su santidad. Y el templo de su carne se movía hacia el templo de Yottle, un templo más dulce y santo, más misterioso y provocador de mayor adoración que la piedra del templo sobre la que caminaba.

Su prometido levantó la cabeza patéticamente y gritó:

—¡Oh, detenedla, detenedla! ¡Buen Dios Poderoso, detenía! Permitid que muera yo en su lugar. Muramos todos antes de tocarla a ella. Esa deliciosa imagen. Esa maravillosa joven. ¿Matar a uno para aplacar a otro? ¡Locura! ¡Oh, cielos e infiernos, no le deis muerte por ese ídolo!

—¡Cállate! —le decía la gente—. ¡Siéntate! Eres un histérico. Yottle ha hablado y vamos a sacrificarla para él. ¡Glorificado sea el nombre de Yottle! De él emana toda la sabiduría. Haz tu trabajo, sacerdote.

Del altar situado bajo el pedestal de marfil, el sumo sacerdote sacó un hacha de piedra. Le dijo a la virgen que tenía que desnudarse, porque no podía presentarse ante Yottle con ropas de lino ni de algodón. Los woldercanenses comenzaron a removerse excitados. El propio templo parecía temblar.

El viejo sacerdote escupió en las palmas de las manos y levantó el hacha.

Entonces el enamorado se lanzó por entre la multitud y llegó

junto a su amada, gritando: «¡No! ¡No!» y «¡Detente! ¡Detente!». Se abalanzó sobre el sacerdote y trató de arrebatarle su pétrea arma. El pueblo de Woldercan se puso en movimiento con una violencia feroz. Parecía que fueran a derribar el altar.

Pero muy tranquilamente, aunque con un movimiento terriblemente repentino, Yottle se inclinó hacia adelante. Con la mano que mantenía levantada atrapó la cabeza del belicoso enamorado y la cascó como una nuez. Incapaces de escapar, sacerdote y virgen quedaron aplastados también con la caída de su gran cuerpo de metal. Junto al altar yacían tres cadáveres y el gran dios Yottle. Desde lo alto de los cielos comenzaron a descender hojas de maná sobre los hambrientos woldercanenses. Inmediatamente, una abundante lluvia fue vertida sobre sus campos de maíz.

Después los costados de la tienda se abrieron, y el circo del Doctor Lao se terminó. En medio del polvo y del sol abrasador, la gente de Abalone regresó a sus casas o a donde quiera que fuesen.

FIN

EL CATALOGO

(Una explicación de lo obvio, que ha de ser leída para ser apreciada).

I. Los personajes masculinos

DOCTOR LAO: Un chino.

SEÑOR ETAOIN: Un corrector tipográfico.

APOLONIO DE TIANA: Una leyenda.

UN VIEJO CON PANTALONES DE GOLF: Un pesado.

UN INSPECTOR: Un buen tipo.

OTRO INSPECTOR: Un buen tipo.

ISKANDER: Una leyenda.

CAPITÁN DEL ISKANDER: Diógenes de Damos. Un experto con la lanza; podía acertarle a un óbolo tres de cada diecisiete veces a una distancia de diecinueve pasos.

KUBLAI KHAN: En su tiempo, él era China.

LUTHER: Una voz, sin rostro; una especie de homúnculo acosado; finalmente, el propietario de una estatua.

UN OFICIAL DE FERROCARRILES: Descrito en el texto.

UNGAUBWA: Un sacerdote negro, diferente del otro sacerdote negro, Montanus, tanto en credo como en virilidad.

JOHN ROGERS: Aprendió el oficio de fontanero a los catorce, quince, dieciséis y diecisiete años. Nunca hizo demasiado dinero con ello, sin embargo. Un buen hombre.

PAUL CONRAD GORDON: Su padre es un hombre importante en los negocios de Detroit. Paul se graduó en ingeniería mecánica, pero luego se dedicó a la venta de aluminio. Ganaba más.

SLICK BROMIEZCHSKI: Su padre era un polaco inmigrado, pero Slick era tan bueno jugando al fútbol en la escuela superior que uno de los templos de la enseñanza pensó que valía la pena ofrecerle su cultura. Famoso en toda América, acabó en uno de los diarios deportivos menos importantes.

CLOWUNS: Pantalones cuyos corazones están explotando.

MULTITUD DE MEXICANOS CON LOS QUE SE CODEA LARRY KAMPER: Peones, jornaleros, hacendados, patronos, boxeadores profesionales, toreros.

BILL: William R. Jonhston. Había bebido la noche anterior a la parada y no se encontraba bien aquella mañana. Hizo un buen partido de golf.

AMIGO DE BILL: Murray R. Kadwell. En el negocio del *prét-á-porter*. Un buen comerciante. No le gustan en absoluto el tipo de anuncios que Steel inserta para él en el *Tribune*.

TEDDY ROOSEVELT: Un presidente americano.

UN RUSO.

HARVBY: Harvey R. Todd. Cuando Frank Tull le dijo a él y a Helen lo que había visto en el circo, Harvey y Helen sintieron mucho no haber ido.

UN FAUNO: Ver Praxiteles.

JOE: Una voz, no una cara. Tenor, pero emite sonidos desagradables.

FRANK TULL: Descrito en el texto. Un buen hombre ante un jurado.

PRÍNCIPES CHINOS MENORES: Wang Wei, Wang Foo, Wang Goo, Wang Chow. Ya no son ni leyendas.

LARRY KAMPER: Descrito en el texto. Después de ir a Panamá, se metió en líos y tuvo una corte marcial por violación del Artículo de Guerra Número noventa y seis. Le enviaron durante nueve meses a la cárcel militar, y mientras Larry estuvo allí se convirtió en un hombre muy eficiente como policía. Un policía encantador, si no se espera demasiado de él. Buen muchacho con el que emborracharse. Al viejo Larry no le importa un pimiento la cultura, y él es el primero en

decirlo así.

HARRY MARTÍNEZ: Sus antepasados llegaron a este lugar un poco después que Hernán Cortés. Sus antepasados, mayas, toltecas y aztecas, ya estaban en el lugar.

AMIGO DE LARRY KAMPER: Walter R. Dones. Conductor de camiones.

Temporalmente sin empleo. No era demasiado bueno con los camiones, pero al menos era capaz de mantenerlos en marcha, y eso es más de lo que pueden hacer muchos otros tipos.

FUERZAS DE POLICÍA DE ABALONE: Ex vaqueros, ex empleados en ferrocarriles, ex contrabandistas de licores, ex *sheriffs*, ex contratistas, ex granjeros. Buenos policías, también. Claro que se cortarían mutuamente la garganta de vez en cuando, cuando juegan a hacer política, pero, demonios, todos se ponen fuera de sí durante esos días. Es muy difícil que no sea así.

JEFE DE PUBLICIDAD DEL «TRIBUNE»: Todo el mundo le aprecia, y los que están a sus órdenes dicen que es el mejor jefe que han tenido nunca.

STEELE: Lo suficientemente estúpido como para que la mayoría de los comerciantes le escuchen cuando quiere venderles algún espacio en el periódico.

EDITOR DEL «*TRIBUNE*»: Un hombre capaz. Podía haber hecho mejor carrera, pero su salud le obligaba a permanecer en Abalone.

TROPAS CHINAS EN TONGHSAN, CHINA: Miembros de las fuerzas de Chang Tsolin. *Coolies* vestidos con un uniforme que parece de espantapájaros, que sostienen pistolas que no saben utilizar. No hay paga. Raciones: un par de bolas de arroz cada día. Ninguno siente no tener más que una vida que dar por China.

PANCHO VILLA: Una leyenda.

HOMBRE MUERTO RESUCITADO POR APOLONIO: Arnold H. Todhunter. Granjero.

Más tarde, cuando un reportero del *Tribune* le hizo una entrevista y le preguntó acerca de las horas que había pasado en los brazos de la muerte, dijo que no había hecho más que ponerse una túnica y coger un arpa cuando Apolonio reclamó su cuerpo. Dijo que

lo que más le recordaba el Cielo era un anuncio que había leído una vez acerca del Sur de California.

UN DESERTOR CHINO CONDENADO: Lui Tin Ho. Treinta años. Mujer y dos hijas. Granjero de Shanhaikwan. Ingresó en el servicio el 11 de mayo. Embarcó hacia Tongshan el 18 de mayo. Desertó el 19 de mayo. Fue capturado el 20 de mayo. Juzgado y sentenciado el 21 de mayo. Ejecutado el 22 de mayo. Pueden conseguirse todavía fotos de su ejecución en Tientsin y Peiping. Montones de turistas y misioneros las tienen. Lo que se hace es comprar una de esas instantáneas en las que Lin aparece en el momento de su ejecución, llevársela a casa descuidadamente entremezclada con fotos de templos y canales, y luego, cuando los amigos que están mirando tu álbum de China, llegan a donde está la foto, pasa como si tú mismo la hubieras tomado. No hay forma de descubrirlo, a menos que alguien asegure haberla visto antes.

ROJOS, NEGROS Y BLANCOS DE ABALONE: Indios americanos como los papagos, pimas, apaches, yaquis y yumas. Afroamericanos como los *quadroons*, los *yallers, octogroons*, morenos y mulatos. Blancos como los hispanoamericanos, tejanos, del Este, californianos y rancheros.

NEBULOSAS PERSONAS QUE ALGÚN DÍA ENTERRARÁN A LA SEÑORA CASSAN: Un cura, un director de pompas fúnebres, un enterrador, algunos familiares y algunos curiosos morbosos.

NEBULOSAS PERSONAS QUE ALGÚN DÍA EXHUMARÁN A FRANK TULL: Un contratista, un capataz y siete trabajadores. No lo hacen a propósito. Estaban estableciendo los agujeros para los cimientos de un nuevo sanatorio y no sabían que estaban profanando una zona sepulcral.

DOCTOR BROWNE: Encontró algunas ollas en un campo de cultivo entre Buxton y Brampton, pero que pertenecían a Brampton; eran urnas funerarias.

PHINEAS TAYLOR BARNUM: Ver su autobiografía.

CIGARRILLOS DEL DIABLO: Siervos de la narcótica señora nicotina.

GAUTAMA: Donde él se sentaba florecía un árbol.

GLASSBLOWERS: Artesanos.

SUPERHOMBRES RESURRECTOS: Normalmente decepciones, porque sus leyendas han subido más alto de lo que ellos pueden alcanzar.

HOMBRES MORENOS EN LA VIDA DE LA SEÑORA CASSAN: Italianos, pulcros, con futuro y peludos.

MÍSTICO CON TURBANTE: Swami. Yogui. Mahatma. Krishna.

FINANCIEROS Y POLÍTICOS SIN ESCRÚPULOS: Banqueros, concejales.

HERMES: Una leyenda.

CURA DE CIUDAD: Una voz en el teléfono.

HOMBRES QUE ESTÁN EN LAS MONTAÑAS CON sus REBAÑOS: Eso era antes de que aparecieran los feudos ganaderos del Oeste. Pero, de todas formas, esos hombres y sus seguidores son ampliamente responsables de la abundancia de historias acerca de pastores que inundan hoy día el mundo. Y donde hay fuego, debe de haber humo. El Libro del Levítico contiene una advertencia específica, que Dios le hizo a Moisés, acerca de las penas que comporta amar tu vitalidad en forma desordenada y demasiado bien.

COMPAÑERO DEL OFICIAL DE FERROCARRILES: Howar R. Ginter. Tenía el aspecto de un boxeador, pero no era más que un tenedor de libros. Hacía una cerveza casera muy buena.

ASTRÓLOGOS DE CALDEA: Miradores de estrellas.

GEÓLOGO DE LA UNIVERSIDAD: Entendido en plegamientos y erosiones; a partir de un solo hueso de la mandíbula, podía decir el tamaño del pie del animal al que pertenecía.

HOMBRES RUDOS QUE METÍAN A KATE EN EL CAMIÓN: Leslie R. Stevens, George R. Smith, Peter R. Summerton y Claude R. Watson. Nunca llegaron a imaginarse qué diablos era Kate, pero estaban de acuerdo con Luther en que la cosa era terriblemente pesada.

TAXIDERMISTA EGIPCIO OLVIDADO: Originalmente, embalsamador de príncipes, *hakims, bashas, chosroes*, que luego extendieron su oficio a la conservación de animales muertos. Sabían cosas acerca de la circulación de la sangre antes de que Harvey lo descubriera.

MONJE DEL TIBET: Vivía en una yurta, tomaba té con mantequilla, se pasaba el tiempo preguntándose cosas acerca de la vida, tenía voto de castidad, pero lo rompía cuando estaba en Alejandría, descubrió el *Ovis poli*, aprendió algunos buenos juegos y murió sin quedar satisfecho.

GENTES SENCILLAS QUE VIERON AL SÁTIRO A LA ORILLA DE UN LAGO: Agricultores griegos.

EL PADRE DEL PEQUEÑO NIÑO NEGRO GORDO: Pescador y buen marido. Cuando plantaba semillas de arroz, crecía arroz. Cuando plantaba semillas de maíz, crecía maíz. Cuando plantaba su propia semilla salía el pequeño niño negro gordo.

EL DUEÑO DEL CERDO «DUROC JERSEY»: James R. Sawyer, un pequeño granjero de Missouri. Si no hubiera ido viendo cosas de las que luego se encaprichaba, el montón de dinero que habría ahorrado hubiera sido considerable.

EL CHINO QUE VIAJABA DESDE LA CAPITAL DEL NORTE: Liu Beaow. Estudioso y apóstata secreto de las enseñanzas tanto de Gautama como de Confucio.

LOS CHICOS QUE PANCHO VILLA EJECUTÓ: Son dos. Uno había sido un asesino notorio, y cuando se encontró frente a los rifles de Villa, mirando el sol y el cielo por última vez, se desmoronó y comenzó a gritar como nunca ha gritado un niño. El otro era un desgraciado que no había matado ni tan siquiera hecho daño a nadie, pero que pertenecía al partido equivocado. Miró los rifles con calma y se despidió de sus amigos.

LOS QUE NO SE RIERON CUANDO PANCHO VILLA EJECUTÓ A LOS

MUCHACHOS: Harry Martínez, Félix Bustamante, Carlos Villalobos, Carlos Delgado, Michael Pierpont, Fierre Maeyer, Pancho Villa, los siete miembros del escuadrón de fusilamiento y los muchachos ejecutados.

EL DOCTOR DE BELVEDERE: Enseñó a sus alumnos que era mejor vivir la vida que aprender a vivirla.

EL SUMO SACERDOTE DE YOTTLE: Convertido a la fe a la edad de cuarenta y siete años. Ordenado a los cincuenta y siete. Se fue a una misión evangélica en la que permaneció durante siete años. Salvó y bautizó a diestro y siniestro. Alcanzó el rango de sumo

sacerdote a los noventa y siete años. Murió firme en su fe.

EL HOMBRE QUE INTERRUMPIÓ AL SUMO SACERDOTE: Un tipo de baja extracción, con ganas de discutir, vulgar y decepcionante.

UN REALISTA DE WOLDERCAN: Tenía eso en mente todo el tiempo.

II. Los personajes femeninos

KATE: Un triste recuerdo.

LA MUJER DEL FERROVIARIO: Martha. Tranquila, triste, insegura; a veces ríe; riendo, se pregunta por qué; preguntándose por qué, siente deseos de llorar.

LA SEÑORITA AGNES BIRDSONG: Todos los muchachos decían que era una magnífica compañía desde que aprendió a beber y a fumar. El circo del Doctor Lao amplió sus puntos de mira, le ofreció cosas en las que pensar cuando se revolvía por las noches, desvelada, en la cama, y cuando, aburrida, escuchaba las lecciones de sintaxis de sus alumnos.

LA SEÑORA HOWARD T. CASSAN: Descrita en el texto.

LA MUJER DE ROGERS EL FONTANERO: Sarah. Amaba a sus hijos, le gustaba su marido, estaba contenta en Abalone, cocinaba bien, tenía limpia la casa, no soñaba con milagros, no deseaba victorias; se irritaba cuando era el momento de irritarse y se reía cuando era el momento de reír.

DOS PASTORAS: Dora Beulais y Dulce Bonaventura.

CORO DE NINFAS: Dorothy, Louise, Hilda, Elsie, Laura, Opal, Eva, Dorothy, Isabel, Helen e Hildegarde; Dorothy, Dorothy, Dorothy.

CINCO CHICAS DE COLOR: Quinteto de doncellas pigmentadas. Quinteto de pigmentadas doncellas. Quinteto femenino de pigmentación.

LA SEÑORA FRANK TULL: Antes de casarse, Valerie Jones. Frank fue una desilusión para ella. Ella fue una desilusión para Frank. En su vida hubo también otras decepciones. Por ejemplo, la naturaleza no la había dotado de la adorable belleza de la que ella creía estar

dotada, de forma que para aumentar lo poquito que tenía, se cubría de objetos bellos y adorables, y a través de ellos se añadía lo que le faltaba. De los pequeños orificios que tenía en las orejas, colgaba pendientes de oro y pedrería. Dentro de los poros de sus mejillas ponía grasas y ungüentos de suaves olores. Sobre las piernas llevaba medias de fina seda. En torno a sus muñecas colocaba pulseras de plata y piedras brillantes. En sus dedos deslizaba pequeños aros de metal adornados con carbono. Contenía el abdomen con una faja. Adaptaba sus pechos dentro de cazoletas. Colocaba en sus pies pequeños zapatos. Sobre sus hombros situaba pieles de animales; llevaba el pelo constantemente ondulado. Se ponía polvos en el cuello; debajo de los brazos, que previamente lavaba con cuidado, se aplicaba un desodorante. De esta forma lograba cambiar su color, su figura y su olor, y al mismo tiempo brillar con metales, pieles, sedas y piedras de colores. Sin embargo, por el cielo, ni siquiera así lograba alcanzar toda la belleza que tanto había deseado; y a causa de ello enfermaba de vez en cuando, y nada podía curar su enfermedad salvo nuevas piedras que Frank compraba para ella.

HELEN: Mujer de Harvey. Estaba aquejada del vicio de mentir.

PERIODISTA DEL «*TRIBUNE*»: Ardath Williams. Mejor periodista que los hombres con los que competía. Al mismo tiempo, una madre. Al mismo tiempo, una hija.

UNA SEÑORA DE LIMPIEZA: Se alquilaba. Podía ser tenida.

LA MUJER LOBO: Maggy Szdolny. Una maldición pesaba sobre ella.

VOZ DE MUJER QUE TRANSMITÍA LA INFORMACIÓN SOBRE EL HOMBRE-OSO A JOB: Propiedad de Maxine McCourtney; una voz de contralto, gangosa, con algo de vegetaciones.

LAS BRUJAS: Hécate, Belre, Demisara, Pamphile, Haut Román, Lilith, Alicia, Robinette, Vignoche de la Stewart, Salome de Bessarabia y Perpetua de Galt. La bruja Druyse de los Cárpatos, las cinco hermanas de Nagasaki, Sybil de Panzoust, Klawtawnamam de la isla Fettiss, Hermana Anthony St. Villanova, Atropis, Mary Cornwall y las dos brujas de Skaldaeniry. Proserpine van Antwerp, Annie y Helen Panacea.

LAS SIRENAS: Jóvenes altas, de cabellos brillantes, de pálidas piernas ahusadas y enormes senos. Sus voces armonizan bien juntas.

GYPSY: Cecily de Brault.

RUBIA GORDA: Madame Stradella.

UNA MUCHACHA CAMPESINA: Veinticuatro años. Vive en un rancho. Por la mañana se levanta más o menos a la misma hora en que cierran los bailes. Ya ha ordeñado tres vacas cuando Frank Tull se está afeitando. Tiene un hermano y tres hermanas más pequeñas. Le gustan las películas si son del Oeste. No conduce con demasiada habilidad. Tremendamente amistosa. Después de intercambiar unas palabras con ella uno siente que no sea algo más atractiva. Da la impresión de que estaría perfectamente dispuesta a hacer todo lo que uno le propusiera. Pero es aterradoramente sencilla, y uno no sabe lo que podría salir de su boca después. Sin embargo, pese a aquellos dos defectos, un muchacho fue bastante lejos con ella en dos ocasiones, aunque después lo dejó correr.

ANCIANA: Una abuela. Más tarde, bisabuela. Es como un árbol mirando a los arbolitos que están creciendo. Los mira con orgullo, pero sin saber qué hacer con ellos si crecen torcidos.

UNA DE LAS LORELEI: Sus manos, sus pies y otras cosas, estaban encallecidos de tanto estar sentada en el Felsen esperando marineros que la llevaran por el Rhin. Soprano.

CIRCE: Convertía a los hombres en cerdos.

DONCELLAS CHINAS DE PIES VENDADOS: Sin lugar a dudas, el vendaje perfeccionaba sus andares; esto es, mejoraba la estética de sus andares. Les proporcionaba unos andares armónicos, como si llevaran zancos; no estaban designados para las largas distancias, ni para la utilidad, sólo para agradar a los ojos de sus dueños. Esta deformación adopta unos caracteres más dudosos cuando la adoptan las hijas de los pobres, hijas que han de trabajar en vez de agradar.

SECRETARIA DE FRANK TULL: Una graduada en comercio del tipo…

CHICA, ANTERIORMENTE CABRA: Una y otra vez, esas transformaciones han sido descritas en el Viejo Testamento. Hoy vivimos de forma más sencilla; el amor es menos ardiente.

VAHINE, A LA QUE SE COMIÓ LA SERPIENTE DE MAR: Una joven polinesia. Comía peces, fruta y vegetales. Cuando se la comió la serpiente marina, a ella le gustó menos que al pez cuando ella se lo comía.

UNA JOVEN NÓRDICA DE CABELLO CLARO: Elisabetli Poudre.

UNA JOVEN EN LA VIDA DE APOLONIO: Un recuerdo.

LA NOVIA DE YOTTLE: Tanto sus datos como sus medidas son cosas que nos faltan. Pero después de las nupcias, después de que les hubiera dejado, después de que su matrimonio se consumara en el cielo, los hombres de Woldercan todavía se acordaban de ella, evocando su belleza. Y cuando se echaban novia y la besaban, pensaban que era a la novia de Yottle a la que besaban.

LAS VÍRGENES DE WOLDERCAN: Una docena de chicas verdes, no probadas.

III. Los personajes infantiles

LOS HIJOS DEL FERROVIARIO: a) Ed Junior. Un chico de pies desnudos con las mejillas coloradas, pero que tenía las mejillas pálidas, por lo que su madre no le dejaba ir con los pies descalzos; b) el pequeño Howard. Su papá le daba muchos más azotes que a Ed Junior.

LOS NIÑOS DE ROGERS: a) Alice. Fue siempre la primera de la clase, pero se casó tan joven que nunca llegó a nada; b) Willie. Llevaba una estación de servicio cuando alcanzó la mayoría de edad; c) la pequeña Edna. Murió dos meses después de la actuación del circo en un accidente de tráfico. Era la más bonita de los hijos de Rogers.

EL PEQUEÑO NEGRITO GORDO: Durante siete años fue un comilón; luego, en pocos minutos, se convirtió en comida. En última instancia quedó incorporado a la estructura celular de la serpiente de mar, una distinción de la que no disfrutó.

EL NIETO DE LA SEÑORA ANCIANA: Peter R. Roberts. Se doctoró en Harvard años después. Enseñó historia en una escuela masculina. Se casó con la señorita Calanthe Devereaux. Al cabo de catorce años llegó a ser decano de su departamento. Nunca olvidó el circo del Doctor Lao.

NIÑO EXPULSADO DEL CIRCO POR LOS POLIS: Gonzalo Pedregón. A los diecinueve años fundó una orquesta que después sería famosa, Chalo's Chile Pickers, que a través de emisoras de radio y contratos de cine le proporcionó una sustanciosa vida a su director.

NIÑO MUERTO POR LA BALA DE «MAUSER»: Un chico tongshano llamado Da Go. Se hubiera reído con tanta facilidad como

sus conciudadanos de no haber sido él el alcanzado por la bala.

NIÑOS RANAS: Cretinos.

IV. Los animales

OSO POLAR: Blanco como el hielo sobre el que se pasea. La Gran Madre Naturaleza creó campos de nieve para los osos polares y bosques de pinos para los osos negros y montañas para los osos grises y tiendas para los osos de juguete.

MONOS: Los hermanitos morenos. Desde sus jaulas miran cómo les miramos a ellos; luego arrugan la nariz ante las bolitas de sus propios excrementos.

HIENA: En África resuena su risa.

OSO PARDO DE SONORA: Sobrino del que vive en México, de la gran familia del *ursus horríbilis*.

CABRAS HERMAFRODITAS: Parecidas a los gusanos que se usan para pescar. Nanny y Billy viviendo juntos en la misma cáscara.

PONY: Una vez, en el estado Middle Western se hizo una demostración de esa especie. Se rompió el armazón de la tarima. El pony cayó y mató a una mujer. Hubo una profunda consternación. Los ciudadanos se reunieron y discutieron. Finalmente decidieron que a menos que esos entarimados se hicieran más fuertes, en el futuro esa especie de espectáculo no se permitiría más.

CABALLOS: Anacronismos menos rápidos, menos bellos y menos eficientes que las máquinas que les han sustituido.

ASNO DORADO: Los lobos se convierten en mujeres, el barro en tortugas, los niños negros en serpientes, las cabras en chicas, los hombres en cerdos. Y Lucio Apuleyo, con la ayuda de Fotis, se convirtió en un asno.

PERRO DE LOS BOSQUES: Un sueño.

BURRO: No es un animal del hombre blanco.

MONSTRUOS GILA: Rosas y negros, torpes y venenosos, ponen huevos, comen huevos.

BESTIA DEL APOCALIPSIS: Una leyenda.

IGUANAS: El origen de las historias de dragones.

ZORRITOS: Pequeñas cosas peludas, furtivas y bonitas.

TEJONES: Hacen agujeros.

NAUTILUS: Animales marinos. No hablan, no ven, irreflexivos. Flotan sobre las olas, comen, se reproducen y mueren.

CALAMAR: Pulpo adolescente.

OBELIA: Gelatinas. Medusas. Sombrillas transparentes.

TIBURONES ELASMOBRANQUIOS: Comedores de hombres.

TORTUGAS GIGANTES: Las tortugas de las islas Galápagos y Aldabra.

COMPAÑERA DE LA SERPIENTE MARINA: Sabía lo que quería cuando le vio llegar entre las olas.

ESCORPIONES: Bichos muy antiguos glorificados en el cielo todas las noches.

CRUSTÁCEOS: Normalmente se cogen cuando se está pescando otras cosas. Colgando de tu anzuelo te enseñan las patas y las pinzas y tú te maravillas ante todas las fantasías que ocultan las aguas.

CORDEROS: Comida y vestido para el amo, e] hombre.

CUCARACHA: Habitante de las cocinas. Decentemente vestida de marrón o negro, discreta y humilde, vive en las chozas igual que en los grandes hoteles. Están con nosotros desde hace mucho tiempo. Se arrastraba entre la suciedad del hombre de Neanderthal como se arrastra entre la suciedad del parisino. A través de los tiempos se va adaptando y sobrevive. Vio morir al dinosaurio y al pterodáctilo y vio nacer los jardines de Babilonia.

ESFINGE: Icono de África.

ARMIÑO: Ser maloliente. LEÓN: Un símbolo.

HIPOPÓTAMO: A Dios deben de haberle gustado los animales feos puesto que creó tantos.

QUIMERA: Descrita por Rabelais, Flaubert y Finney.

TIGRE: En esquema, su color se parece un poco al del monstruo Gila de Arizona. Su ciclo de vida es un poco diferente.

MUJER LOBO: No procede del lobo americano. Probablemente tenga su origen en los Cárpatos o los Urales.

VISONES: Cazadores fieros y bellos que en cuanto se descuidan un poco se encuentran convertidos en abrigos y estolas.

GATOS: Son salvajes en el corazón de las ciudades, pero tímidos y asustados en el corazón de los bosques. Ya no están bien en ninguna parte.

SERPIENTE CASCABEL: Acosadas y muertas, ya no quedan muchas. Probablemente desearan, lo mismo que los indios aztecas, que las naves de Colón se hubieran hundido en medio del Atlántico.

SERPIENTES NOCTURNAS MANCHADAS: *Hypsiglena ochrorhyncus ochrorhyncus*. Una serpiente muy pequeña. Una serpiente muy bonita. Una serpiente muy secreta. La Madre Naturaleza le proporciona para su alimento lagartos muy pequeños, muy bonitos y muy secretos. Así, entre las hierbas de los campos regados, las secretas, bonitas y pequeñas serpientes cazan y se comen a los secretos, bonitos y pequeños lagartos. Y los lagartos que no caza reproducen más bellos y pequeños lagartitos para que las generaciones venideras de la hypsiglena puedan encontrar abundante comida. Por su parte, los pequeños lagartos comen pequeños insectos, que a su vez se alimentan de una vegetación que florece a costa de la carne en descomposición de los animales; así se forma un círculo de comedores en el que no está muy claro quién ha sido designado para ser comedor y quién para ser comido.

SERPIENTES SIN COLOR: Igualmente comedoras de lagartos, también se comen entre sí.

SERPIENTE DE MAR: Nadie ha contado todavía sus costumbres alimenticias ni ha computado sus parietales ni descrito sus supraoculares, aunque hay muchos a los que les gustaría capturarla y meterla en un museo para que la gente la viera.

PÁJARO FRAGATA: Recorren el océano de un extremo a otro apenas con un golpe de ala, en tanto que un canario ha de mover las suyas mil veces para ascender a la rama de un árbol.

SIRENA: Descrita en el texto.

SÁTIRO: Descrito en el texto.

AVE DE ROC: En realidad no es tan grande como pensaba Simbad, pero sí lo suficiente para hacer lo que él decía que hacía.

UNICORNIO: Elemento decorativo en una mostacera.

MEDUSA: Tan frígida como las figuras de piedra en las que convierte a los hombres.

MORSA: Comida de los esquimales.

CAMELLOS: Las hijas del desierto les tiran tierra a los ojos. Se produce a continuación una curiosa reacción y las hijas ríen.

BOA: Una serpiente que aprieta.

ANACONDA: Una serpiente gigante que aprieta.

SERPIENTE DE HIERBA: La que adornaba al perro de los bosques.

MOSQUITOS: La máquina voladora más pequeña que ha creado la Madre Naturaleza.

RATAS: Luchan con las cucarachas por las sobras abandonadas encima de la mesa.

En una ocasión conocieron la gloria: se comieron a un obispo.

SALTAMONTES: Restos de una plaga egipcia.

MURCIÉLAGOS: Insuperables como entretenimiento. El único momento en que pueden cazarse es al anochecer, cuando la luz es escasa. Se necesita mucha puntería para tumbar alguno.

TORTUGAS: Les gusta estar entre el fango, totalmente enterradas a excepción de los agujeros de la nariz. Por eso, la naturaleza dispuso generosamente para ellas encantadores cenagales en donde quiera que hubiera tortugas; y allí permanecían, enterradas, a excepción de los agujeros de la nariz. La naturaleza siempre proporciona cosas para el confort de sus criaturas.

TORTUGA (DE DOS CABEZAS): Murió enseguida. No podía dejar de discutir consigo misma a la hora de comer, pues cada una de

las cabezas deseaba toda la comida para ella sola. En una ocasión, Apolonio, para probar sus reacciones, colocó dos pequeñas tortugas hembra a unos pocos centímetros de cada una de las cabezas. Entonces la cosa se rompió en dos.

GRILLOS: Saltamontes etíopes.

SALAMANDRAS: Pequeños lagartos de agua, y no hadas de agua. Sin embargo, también son interesantes. Los bebés salamandra son blancos y viscosos y poseen unas agallas que les cuelgan con un aspecto atroz. Las salamandras adultas tienen un tono fangoso, y como hijas del barro son cortadas por los alumnos en las clases de anatomía comparada con un propósito nunca bien definido. Sin embargo, se podría decir que el único propósito por el que viven las salamandras es que en forma de criaturas del barro pueden ser cortadas en trozos por los alumnos en las clases de anatomía comparada, por algún propósito nunca claramente explicado. Sin embargo, puede sostenerse también que el único propósito de que vivan los alumnos es para que en las clases de anatomía comparada puedan cortar a las criaturas del barro por alguna razón nunca bien aclarada.

RANAS: Menestrales.

SAPOS: Menestrales también, a su manera, pero no tan virtuosos como sus parientes.

PECECILLOS DE AGUA DULCE: Peces bebé con los que se alimentan sus tíos y tías.

COLONIA DE PARÁSITOS: Formas inferiores de vida. Ciliadas y amorfas y equipadas de vacuolas contráctiles.

GARRAPATAS: Paradojas. Cuando no se alimentan de sangre, tienen un color rojo sangre. Cuando se alimentan de sangre, son grises, grises como el jabón.

CERDO DUROC JERSEY: Alimento del hombre.

CERDO DE GADARENE: Alimento para los sermones.

ERIZOS: Pequeños y calmosos cojines de espinas que odian la lluvia y permanecen impasibles ante las revoluciones de los hombres cuyos países adornan.

ELEFANTES: Nietos de los mastodontes.

GANSOS: Son agradables al paladar del hombre y por eso se les deja vivir.

GANADO JERSEY: Sobrevive por la misma razón que lo hacen los gansos.

CARACOLES: Hacen sus propias carreteras de baba y disfrutan de la sensación de viajar sin ir a ninguna parte.

PÁJAROS EXTRAVIADOS, SOFOCADOS POR EL CALOR: Seis gorriones. Un zorzal.

GROUNDHOGS: Marmotas de América.

GUSANOS DE PESCAR: A veces, junto con las criaturas del fango, los alumnos cortan también gusanos de pesca. Estos gusanos utilizados en las clases de anatomía son unos ejemplares enormes. Hay algo patético en ellos, porque para alcanzar un tamaño tan grande, un gusano ha de ser muerto para la disección. Los gusanos normales nunca tienen tanta comida como para llegar a ser tan grandes.

SAPO SURINO: Sapo de dedos delgados y nariz fina, venenoso, que bajo el agua parece una hoja. Es venenoso de la misma forma que lo son los hongos venenosos: hay que morderlos para resultar envenenados. Probablemente es el nadir de todos los sistemas venenosos. Un sapo surino es más instructivo de observar que una cesárea. Los bebés saltan de la espalda de la mamá y se van inmediatamente a ocuparse de sus asuntos.

V. Los dioses y las diosas

YOTTLE: Un omnipotente, omnisciente y omnipresente montón de bronce.

LARES DOMESTICI: Los dioses mantenedores del hogar.

PAN: Físicamente, el más amplio de todos los dioses. En su grupo hay yermares, Egipanes, basáridos, báquidos, evantes, ménades, faunos y silvanos. Todos le adoraban.

JESÚS DE NAZARET: Nacido de la Virgen María, sufrió bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado. Pero el tercer día resucitó de entre los muertos, y ahora está sentado en el cielo a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra.

BEL-MARDUK: Aquel a quien rezaban los babilonios.

BALDER: El Adonis del norte.

ADONIS: El Balder del sur.

AFRODITA: La diosa de la belleza.

MUMBO JUMBO: Señor del Congo.

SATÁN MEKRATRIG: Nuestro viejo enemigo.

VI. Las ciudades

TU-JENG: Ladrillo sólido. Allí todo eran casas de ladrillo rojo que exhalaban humo rojizo al aire muerto. Y la carretera que pasa por Tu-Jeng es roja porque está hecha de trozos de ladrillo. Y el agua del canal cercano a Tu-Jeng es roja y corre en medio de tierras rojas. Pero todo es de un rojo muerto, no del frío rojo del vino, ni del rojo cálido de la sangre, ni del rojo sanguíneo del odio.

ABALONE: Una ciudad desértica fundada por los Conquistadores.

ALEJANDRÍA: Glorifica todavía el nombre de su fundador.

TONGSHAN: Ciudad china con estación de ferrocarril y barracas del ejército.

TIENTSIN: Una de las ciudades monstruo del mundo. Escena de grandes guerras. Pero siempre que se abaten sus edificios, Tientsin construye otros mayores y mejores para remplazarlos.

BEESWAX: Una ciudad de Arizona.

SEDALIA: Una ciudad de ferrocarril en el corazón de la zona granjera de Missouri.

PEIPING: Peking. La capital del norte. Hermana mayor de Tientsin.

SHANHAIKWAN: La ciudad del extremo norte de la Gran Muralla.

LUGAR DE BARRO Y GENTES OSCURAS: No identificado.

WOLDERCAN: Un jeroglífico.

VII. Las estatuillas, iconos, artefactos e ídolos.

YOTTLE: Bronce.

KATE: Calcedonia camelia.

ESFINGE: (la de la señora Rogers): Terracotta.

ESFINGE (la de Winkelmann): Marfil.

ESFINGE (egipcia): Piedra.

UN HOMBRE ANÓNIMO: Piedra.

ONCE ESPECTADORES ANÓNIMOS: Caliza.

DIEZ MARINEROS BORRACHOS: Caliza.

EL BUDDA: Jade.

CRUCIFIJO: Oro.

QUIMERA (de Alejandría): Trapos, arcilla, piel y huesos.

QUIMERA (tibetana): Porcelana.

QUIMERA (de Kublai): Bronce.

DIANA DE EFESO: Palo de rosa.

LINGAM: Nogal negro.

HACHA DE PIEDRA SAGRADA DE YOTTLE: Basalto.

VIII. Preguntas, contradicciones y puntos oscuros

1. ¿Era un oso, un ruso o qué era?

2. Si la serpiente marina era tan venenosa como afirmaba, ¿por qué no mató a la quimera cuando la mordió?

3. ¿Por qué después de toda la discusión que mantuvo con su

mujer, Frank Tull no fue a ver al oso para comprobar qué era en realidad?

4. ¿Por qué Apolonio de Tiana, que sostenía que era superior a Jesucristo, tuvo que utilizar el crucifijo para hacer desaparecer al diablo?

5. ¿Por qué no se enfadaron los estudiantes al ser expulsados?

6. ¿Por qué el Doctor Lao no notó nada extraño cuando sorprendió a la señorita Birdsong y al sátiro en una posición tan comprometida?

7. ¿Cuál era el asunto que tenía que atender el hombre al que Apolonio resucitó?

8. ¿Qué hizo Mumbo Jumbo con la joven nórdica de cabellos claros?

9. Si el circo no llegó a Abalone por tren ni por carretera, ¿qué medio utilizó?

10. ¿Qué les pasó a las once personas que se volvieron de piedra cuando a la medusa se le cayó la venda?

11. Si Apolonio era un mago tan grande, ¿por qué perdía el tiempo en aquel circo de mala muerte?

12. La leyenda de Inasmuch nos dice que las quimeras son siempre del sexo femenino. ¿Por qué la del Doctor Lao era macho?

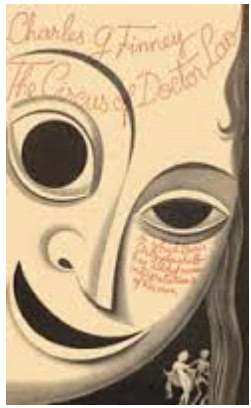
13. ¿Por qué Tu-Jeng era una aldea situada junto a la Gran Muralla cuando el Doctor Lao capturó allí al sátiro, mientras que ahora es un suburbio de Tientsin?

IX. Los alimentos

Filetes de cerdo. Lechuga. Lonchas de jamón. Placaminero. Heno. Soda. Huevos de pato. Ajo. Niño negro gordo. Azúcar. Cebollas. Pasteles. Pelícanos. Uvas. Proteínas. Caracoles. Cerveza. Ganso. Alimentos marinos. Hidratos de carbono. Pájaro. Mantequilla. Pollo. Pescado. Ranas. Bananas. Ostras. Papá del niño negro. Insectos. Llantén. Lombrices de pescar. Pequeñas plantas. Lagartos. Gusanos. Perros calientes. Serpientes de cascabel. Nueces. Avellanas.

Tientsin-Tucson, 1929-1934.

FIN



CHARLES GRANDISON FINNEY (Sedalia, Misuri, 1 de diciembre de 1905 – 16 de abril de 1984) fue un periodista estadounidense, conocido sobre todo por su faceta como escritor de literatura fantástica. Su novela más importante, *El circo del Dr. Lao* (1935), influyó mucho en otros escritores y fue adaptada al cine en 1964. Sus relatos se publicaron en revistas tan prestigiosas como *The New Yorker* o *Harper's*.

Sus padres le pusieron su nombre en honor al predicador evangélico homónimo del siglo XIX, con quien compartía apellidos. Estudió en la Universidad de Misuri. Entre 1927 y 1929 vivió en China, como miembro de la Compañía E del 15º Regimiento de Infantería del Ejército de los Estados Unidos. Fue en Tianjin donde (según contó él mismo en sus memorias) concibió la novela que le haría más popular: *El circo del doctor Lao*, por la que recibió el *National Booksellers' Award* en 1935. Tras su servicio de armas, regresó a Estados Unidos y trabajó entre 1930 y 1970 en el periódico *Arizona Daily Star* de Tucson.

La obra de Finney, especialmente *El circo del Dr. Lao*, ha influido poderosamente en otros autores de literatura fantástica. Ray Bradbury la incluyó en su antología *The Circus of Dr. Lao and Other Improbable Stories* y la homenajeó en su novela *Something Wicked This Way Comes*. Otros autores han declarado también su admiración por Finney y han escrito obras deudoras de sus personajes, estilo o situaciones, como Arthur Calder-Marshall en *The Fair to Middling* (1959), Tom Reamy en *Blind Voices* (1978), Peter S. Beagle en *The Last Unicorn* (1968) y Jonathan Lethem en *Chronic City* (2009).

El circo del Dr. Lao fue adaptada al cine en 1964 con el título de

Las siete caras del Dr. Lao (el título original en inglés fue *7 Faces of Dr. Lao*). El director fue George Pal, el escritor Charles Beaumont se encargó del guion y el actor protagonista fue Tony Randall. La película fue candidata al Oscar a los mejores efectos especiales en 1964 y su maquillador (William J. Tuttle) ganó un Oscar honorífico por su trabajo en esta película.